

Robert Jader García Ramírez
robertjadergarcia@hotmail.com
robertjadergarcia@gmail.com

300
SEGUNDOS

Dedicatoria
A Jehová

Con el tiempo te das cuenta
De que el que humilla o desprecia
A un ser humano, tarde o temprano
Sufrirá las mismas humillaciones o
Desprecios multiplicados al cuadrado

Jorge Luís Borges

INTRODUCCIÓN

El género novelístico en Colombia, particularmente en los últimos cien años, se caracteriza por estar estrechamente relacionado con los eventos más trágicos de nuestra historia. A comienzos del Siglo Veinte aparece la novela de la tierra. De éste movimiento, las novelas colombianas de mayor impacto son las que se enfocan a tratar la tragedia de la explotación de los peones y de los indígenas por los empresarios de las caucherías en la selva Amazónica. Entre éstas se destaca *La Vorágine*, de José Eustacio Rivera, favorecida por la crítica principalmente por la forma como acomete el tema, haciendo coincidir el lenguaje frondoso y avasallador con el desarrollo de la tragedia.

Más tarde, a mediados del siglo veinte, se desencadena otra tragedia, sufrida esta vez no en lugares remotos, sino particularmente por los campesinos, en las zonas más fértiles del país, en especial, la zona cafetera. La violencia política, que duró aproximadamente diez años, es tratada por un buen número de novelistas, formando con esto una corriente literaria. Pero de estos escritores se destacan dos novelistas jóvenes, poco conocidos hasta entonces. Gabriel García Márquez y Gustavo Álvarez Gardeazábal nos aportan dos obras maestras. Tanto *La Mala Hora* como *Cóndores No Entierran todos los días* tratan el tema de La Violencia en Colombia con particular lucidez, en un lenguaje breve y conciso, logrando que el lector tenga una visión clara y contundente de la adversidad sufrida por los campesinos.

Es interesante, sin embargo, que el tema contemporáneo de la actual tragedia, el narcotráfico, no haya sido tratado de forma frontal por nuestros novelistas de fama continental, sino que apenas han tocado algunos aspectos del tema sin enfocar de lleno su cruda realidad. García Márquez, en *Noticia de un Secuestro* trata solo un aspecto del Infortunio, sufrido en esta ocasión por miembros de la élite social colombiana. Por su parte, Álvarez Gardeazábal, se aproxima al tema de los capos del narcotráfico, en *El Divino*, sin visualizar su impacto desdichado sino más bien se detiene a tratar el endiosamiento de estos funestos personajes por las masas amorfas.

Dos escritores que abarcan el tema son Ezequiel Velásquez, con *El Gran Gamín* y ahora Robert Jader García. *El Gran Gamín* tiene la importancia de que no sólo enfoca el tema en toda su magnitud, sino que le señala al lector cómo el narcotráfico ha permeado toda la sociedad colombiana, particularmente los estamentos más distinguidos; y también nos revela el impacto de este tráfico infame en los estamentos gubernamentales de Colombia y los Estados Unidos.

Robert Jader abarca el tema de manera transparente. No se enfoca tanto hacia la forma en que opera el narcotráfico, sino más bien hacia los daños irreparables a la familia y a la sociedad colombiana. En lugar de orientar su narrativa a describir a los victimarios se proyecta hacia la tragedia sufrida por las víctimas. Además a diferencia de otros novelistas, Robert Jader utiliza un enfoque mítico. Según él, la tragedia que sufre Colombia tiene una duración mítica, fugaz; un momento en el cual el pasado, el presente y el futuro se funden en un instante. En tan solo 300 segundos.

Sin duda, aquí reside la grandeza de la obra que nos presenta Jader. Es una nota de esperanza en la cual un día despertaremos de la angustia espantosa que nos corroe, y volverá la historia de Colombia a su origen de gente buena, emprendedora y honesta.

Hugo Muñoz Ballesteros
Ph.D., Houston Texas.
Diciembre 21 del 2004

EL FINAL

Las paredes blancas del hospital pronto dejarán de serlo y se convertirán en un ramillete de nubes o de humo y no sé si serán las nubes del cielo o si serán los humos que brotan de las llamas del infierno. Mi vida pasó del cielo al infierno cuando me atreví a aceptar viajar al norte cargado con cinco kilos de droga dentro de mi equipaje. Ahora estoy en este cuarto, hundido en el silencio, la oscuridad y la enfermedad que me carcome cada vez que pasa el tiempo. El sida es una muerte lenta, silenciosa pero efectiva, da tiempo para recordar cómo se adquirió, para arrepentirse por lo que se hizo, y algunos hasta alcanzan a vengarse de gente inocente.

Mi historia es diferente, pero igual de sufrida. Todo comenzó hace un año, en mi tranquila ciudad, Guadalajara de Buga, donde la vida transcurre con lentitud cansina, pues sus calles no son avenidas ni están tan atestadas de gente como en las grandes capitales. Ciudad, ubicada en el paradisíaco y soleado departamento del Valle del Cauca, sitio cortado por las últimas estribaciones de la Cordillera Central y Occidental, en la margen derecha del río Cauca. Guadalajara de Buga posee el exquisito encanto de las ciudades medianas que conserva a pesar del óxido del tiempo, las huellas del extinguido periodo colonial español, ciudad bella, silenciosa y de gente amable.

Cuenta la historia que durante siglos esta vasta región fue habitada por civilizaciones indígenas, entre ellas se resalta la tribu antropófaga y valiente “los Bugas”, que fue la que más oposición hizo a la conquista española.

Etimológicamente la palabra “Buga” proviene del vocablo indígena “Bugaba” y la palabra “Guadalajara”, que significa “Río de Piedras” viene del idioma Árabe.

En el año de 1580 la ciudad era un pequeño caserío, el río, de su mismo nombre, corría entonces por el sitio donde ahora está el templo del Señor de los milagros. Al lado derecho del río, había un ranchito de paja donde vivía una india anciana cuyo oficio era lavar ropa. Ella soñaba poder comprar un crucifijo y para ello estaba reuniendo hasta que logró juntar setenta reales. Iba a comprarle al cura párroco su crucifijo para que de una vez le diera la bendición,

cuando pasó por allí un hombre padre de familia llorando porque le iban a mandar a la cárcel porque debía setenta reales y no tenía con que pagarlos. Ella se llenó de tristeza y prefirió dejar su anhelo para otra oportunidad y le ayudó al pobre hombre, éste, la bendijo por haberle salvado. Este hecho ante los ojos de los demás era algo normal; pero ante los ojos de Dios cuyas pupilas son la luna y el sol, no, y agradó tanto al creador de todo, que cuenta la historia que días después la viejita estaba lavando ropa sobre las piedras que se asomaban por encima del río, cuando traído por la corriente le llegó a sus manos un crucifijo, para ella fue como la joya más preciosa. Como no podía pertenecer a nadie pues río arriba era completamente deshabitado, se fue feliz con su hallazgo y le improvisó un altarcito y lo colocó amorosamente en una cajita de madera.

Una noche, de tantas noches que tiene el año, de tantos ruegos, y oraciones a un Dios sordo, oyó golpecitos en el sitio donde guardaba la imagen y se llevó una gran sorpresa cuando vio que el Santo Cristo y la cajita habían crecido notablemente, pero se imaginó que era ilusión de sus ojos debilitados por la edad; ella pensó que se estaba volviendo loca, por lo cual inicialmente guardó silencio. La imagen siguió creciendo y cuando advirtió, tenía ya cerca de un metro de estatura. La anciana le avisó al cura párroco y a los señores más importantes del pueblo, quienes al verlo y darse cuenta que la señora en las condiciones en que vivía, no tenía dinero como para obtener un crucifijo de estas dimensiones, corroboraron entonces que era un milagro.

El cuento se regó por todas partes, la noticia del milagro, avanzó como una ola gigante, inundando poco a poco las esquinas y casas del caserío; la gente corría a constatar con sus propios ojos la veracidad de las palabras. Los religiosos de la época, del mismo linaje que mataron a Jesucristo, los judíos, y, que desde hace años estaban esperando una señal desde los cielos, empezaron a quitarle pedazos para llevarlos consigo, y fueron deteriorando la imagen hasta que un visitador especial llegado de Popayán, ordenó quemarlo, aludiendo que era una imagen tipo hereje, un Ángel disfrazado de palo, en fin, si al primero llegado del cielo lo crucificaron, al segundo emergido de las aguas, lo quemarían. Al ser echada la imagen a las llamas, empezó a sudar, tan copiosamente durante dos días, que los vecinos empapaban algodones para llevarlos como reliquia y obtener

curaciones. Algunos que nacieron ciegos, con esta agua-sudor en sus ojos, vieron; otros, que estaban sordos, con unas gólicas en el oído, oyeron; quienes no caminaban, caminaron.

Después de esto, como algo indescriptible, la imagen se volvió más hermosa. La muchedumbre empezó a tener gran fervor con este milagro, y empezaron a llegar peregrinos de otras partes del mundo a visitar la imagen, obteniendo curaciones para los enfermos y beneficios. La gente de esa época pensó que el día de la tribulación estaba próximo, y el mecías bajaría de los cielos y todos lo verían. Desde entonces el ranchito de la anciana, que antes era un lugar de paso ante la indiferencia de todos, se convirtió en el espacio de reunión y se le dio el nombre por el cual se le conoce desde hace siglos “El señor de los milagros”. Desde ese momento hasta nuestros días, esta visita se volvió un paseo obligado de miles de familias de otros países a este sitio que se le denominó la Ermita.

Después de la defunción de la anciana se pensó en el lugar donde debía de colocarse el crucifijo. Como su ranchito quedaba junto a las aguas, se cambió el cauce. Se dejó el sitio libre cerca al lugar de su aparición, para construir allí su templo, se construyó pequeño y se le colocó el título: “La Ermita”.

Su imagen se ha conservado enternecedora, tallada en madera; pero reforzada con pasta y se conserva bien, a pesar de su antigüedad. La cruz tiene 1.70 metros de estatura y 1.30 de ancho, la imagen es de color oscuro. La cruz tiene el letrero INRI, de la cruz salen rayos de plata. Que le han obsequiado sus devotos y la corona es de oro y piedras preciosas. La cabeza del Santo Cristo está inclinada, por sus heridas, especialmente por el costado derrama abundante sangre, la cabellera también ensangrentada, cae en dos manojos sobre sus hombros. El rostro atormentado por el dolor conserva una expresión de resignación y de majestad impresionantes. Los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Aunque ésta imagen no representa en sí al verdadero Cristo torturado, pues Él está vivo, sí ha causado gran sensación en todo el mundo, y es un recinto de visita obligada por todos los presidentes de Colombia, lo cual hace que esta ciudad, sea considerada la mas idólatra, de Latinoamérica.

De repente, y mirando fijamente el reloj de pared **-9:45 A.M-**, empecé a ver como si fuera ayer, aquel día en que llegué a mi oficina

a iniciar labores de comienzo de año como ingeniero de proyectos de una prestigiosa empresa de mi ciudad, Guadalajara de Buga.

EL COMIENZO

– Ingeniero Juan Pablo, le llegó carta del jefe de la zona norte. Fueron las primeras palabras después del saludo con el que la secretaria me recibió un lunes, después de unas placenteras vacaciones por las playas de San Andrés junto a mi esposa e hijas.

Mi secretaria, mayor de cincuenta años, con dos matrimonios a cuestas, una cirugía en la nariz, un genio alborotado y dos hijos que solo la llaman a pedirle dinero, me entregó un sobre blanco sellado, con cierta malicia, como si supiera su contenido; lo abrí rápidamente, no con el afán de saber lo que estaba escrito, sino pensando en la cantidad de trabajo que tendría en el día de hoy para aprobar los proyectos eléctricos de este mes. Empecé a leer por la mitad para captar la idea y obviar tanta letra, me puse pálido, como quien no quiere creer o como quien no quiere ver lo que está ante sus ojos, entonces leí de principio a fin:

Guadalajara de Buga, Enero 13 de 2003.

Ingeniero

JUAN PABLO MÉNDEZ R.

Jefe Departamento de Proyectos

Ciudad

Ref: Terminación Contrato de Trabajo.

Estimado Ingeniero

Como compañero de trabajo le informo que, la Junta en pleno, en reunión del día 6 de Enero del presente año, tomó la decisión de prescindir de su valiosa colaboración en nuestra empresa, por recorte del presupuesto para el presente año. Entendemos que no es apropiado darle esta noticia justo el día en que regresa de vacacio-

abogado ante un criminal; ella bajó la cabeza, sabía que si le estaba hablando de esta forma, era porque algo grave estaba pasando.

– Si señor, quiero que sepa que fue accidental, escuché al ingeniero Daniel la semana pasada hablando con el interventor de la empresa. Entonces le pregunté empleando el mismo tono que al comienzo.

– Exactamente que oyó, pero por favor no me oculte nada. Cambié mi timbre de voz, de mandón a humilde. Ella, mirándome como quien muere de a poquitos por contar un chisme, me objetó. – Bueno, el ingeniero Daniel, le dijo al interventor que se sentía muy mal por tener que darle la carta de despido; pero que la situación de la empresa hizo que prescindieran de sus servicios para este año.

– Gracias. Lo dije, como resaltando que fuera tan comunicativa. Quedé tranquilo, ahora sabía que Daniel no tenía nada que ver en esto y que su dolor de la semana pasada ahora era el mío. Cavilé ¿por qué no me había informado de esto si éramos tan amigos? Me puse en sus zapatos y comprendí que era dañarme las vacaciones, además recordé que no había llevado el celular para evitar las llamadas de la empresa. Estaba hundido en mis pensamientos cuando reaccioné al escuchar el teléfono.

– Ingeniero, de parte del profesional Daniel. Gritó Miriam del otro lado.

– Por favor pásamelo. Objeté, cogiendo el auricular con desespero.

– Hola amigo Daniel. Expresé como recordándole los viejos tiempos en la universidad.

– ¿Cómo te fue en San Andrés? ¿Verdad qué llovió mucho? Inquirió Daniel, como esquivando la conversación que ambos deseábamos.

– Bueno, apenas llovió dos días y el resto fue sol y playa.

Y nuevamente preguntó. – ¿Cómo hiciste con las niñas para que te dejaran jugar por las noches con tu señora?

Sin ganas de seguir hablando del tema, impugné.

– De día jugaban las niñas hasta el cansancio, para que por las noches durmieran, y así poder jugar nosotros.

Iba a preguntarle sobre la carta pero no me dio tiempo porque continuó diciendo. – Mira Juan, sobre la carta que te dejé la semana pasada, hubiera querido que fuera lo último que tuviera que hacer en

la vida, pero te cuento que las torres de energía derribadas por la guerrilla el año pasado, produjo un desequilibrio en el sistema energético, por lo que se destinó parte del presupuesto de la empresa para pagar los trabajos a los contratistas encargados de levantar las torres de 115 kilovoltios, hubo necesidad de recortar los costos de personal para este año, afectándote no sólo a ti, como ingeniero, sino también a los linieros¹, en total fueron 50 trabajadores que salieron de la nómina y tú fuiste el único ingeniero que se incluyó en este recorte. Comentaba con el lujo de detalles, de quien da explicaciones a una esposa engañada.

– Bueno, pero los linieros despedidos pueden trabajar con los contratistas, pero yo no me puedo dar ese lujo. Argumenté, como tratando de sacar algo más que me levantara el ánimo.

– Luego te llamo a tu casa Juan, ahora estoy en reunión y me salí unos minutos para hablar contigo, nos vemos.

Escuché el tono del teléfono. Solo en mi oficina y pensativo, me pasé las manos por la cabeza, las bajé a mis sienes, cerré los ojos por unos instantes, me levanté del sillón, crucé los brazos y empecé a empacar mis cosas en una caja. Entendí que todo lo que tenía en este lugar cabía en una caja, y que la luna de mis noches y la luna de mis sueños ya no brillarían más en este cuarto, que fue mi oficina por casi cinco años.

Salí al parqueadero, observé todos los autos como despidiéndome de cada uno, reparé en los rayones, los hundidos y todos esos pequeños detalles que de empleado no se advierten. Desolado pensé si así serían todos los desempleados de Colombia, por culpa de una guerra sin sentido que sólo la sentimos cuando nos toca nuestro pellejo. Llegué a mi vehículo, color verde apodado cariñosamente por mis hijas: “El Sapito”. Era el auto menos costoso de todos los ingenieros de la planta, apenas mi sueldo alcanzaba para pagar las cuotas de la casa. Aquella casa que al principio se empieza con cuotas baratas y en tres años se hace inalcanzable. Entré en él, prendí la radio, arranqué el motor y salí por la puerta principal sin despedirme del portero ni de Rosita (la de los tintos), ni de los amigos de oficina; quería guardar palabras para cuando llegara a mi casa mirara a mi

¹ Capataz o persona que trabaja con redes eléctricas

esposa y a mis hijas, y se encontraran con los ojos del que no quiere ver, del que no quiere escuchar y mucho menos hablar.

– ¿Por qué llegas tan temprano, amor? Fueron las primeras palabras de mi esposa, al escuchar el ruido del auto, bueno de nuestro auto, el matrimonio es una sociedad. No sabía por dónde empezar, se me hizo un nudo en la garganta como si fuera el fin del mundo, soñaba con ascender en el escalafón de la empresa y en vez de subir, bajé como en caída libre. Ante mi corto silencio, que para Claudia era largo, expresé.

– Léelo tu amor. Le comuniqué mostrándole la carta que me entregara Miriam. Pasaron cinco segundos, quizás seis, cuando Claudia preguntó. – ¿Por qué esperaron justo después de vacaciones? No es justo, tú siempre te has entregado al trabajo con esmero.

– Fue lo mismo que pensé cuando recibí el sobre por la mañana. Contesté, pensando que siempre estábamos de acuerdo en las cosas de la vida.

Ella repuso. – Amor, esto simplemente es que te han removido tu queso, tu piso y tu amor propio por el trabajo, verás como vamos a salir de ésta y vendrán mejores momentos.

Sonreí porque eran esas las palabras que deseaba escuchar desde la mala noticia. Además Claudia estudió periodismo en la Universidad Autónoma de Manizales, ya seríamos dos buscando empleo.

Por la noche salimos los cuatro a visitar a mi suegro, quien estaba de cumpleaños. Llegamos como de costumbre, estacioné el auto, ayudé a bajar a Claudia y a las niñas, éstas empezaron a correr como si hubieran llegado a un circo. Claudia entró y la seguí en silencio por el largo zaguán que separaba la entrada del comienzo de la sala. Mi suegra estaba como de costumbre sentada en la silla de madera, tenía un vestido verde con botones dorados que le recorrían por la mitad del vestido, se veía alegre, quizás por tener de visita a sus tres hijas; Isabela, Maria del Rosario y Claudia.

Mi esposa la saludó con un beso en la mejilla y dijimos casi en coro. – Buenas noches a todos. Ellas contestaron a su manera el saludo: “Hola”, “¿Cómo están?”, “¿Qué hubo?”.

– Y ¿dónde está el quinceañero de la casa? Dijo Claudia desplazándose por el corredor que conduce a la cocina. Seguí su recorrido a medida que veía a las niñas correr con sus primas: Karol, Este-

fanía, Yesenia y July Andrea. Karol de nueve años, Estefanía, de siete años, hijas de Isabela; la mayor de las hermanas de mi señora. Yesenia y July, de tres y cinco años, igual ala edad de las nuestras, eran las hijas de Maria del Rosario; la menor de las hermanas. Todas mujeres, pensé por un instante si será cierto que en un futuro los hombres tendrán que treparse a los árboles. Solo basta con mirar las calles, hay más mujeres que hombres; basta con mirar los colegios, abundan mas las chicas que los chicos y, basta con mirar los supermercados, trabajan mas señoras que señores. Cuando llegue esa época de las “vacas gordas” seguramente, yo seré ya un viejo decrepito; de esos que solo se debe conformar con ver, a sus nietos trepados en los arbustos.

Mi suegro estaba en la cocina, como siempre: despeinado, sin camisa, con pantalones cortos, en medias y en pantuflas; con un fósforo se disponía a prender un velón ubicado encima de la alacena. Claudia se acercó, lo abrazó y le dio un beso, luego a mi turno le propine una palmada en la espalda, por lo que exclamó.

– ¡Ay ayyy muchacho por Dios! Recuerde que estoy mal de los pulmones. Mi suegro había sido un gran fumador de tabaco en su juventud y ahora estaba sufriendo de una tos continua que no le dejaba descansar.

–Lo siento, suegro, me emocioné demasiado. ¿Cuántos años está cumpliendo?

–Ya ni me acuerdo, son tantos años.

–No diga eso papá, tan solo son 63 añitos. Respondió Claudia al tiempo que le ayudaba del brazo a ir a la cama.

Las hermanas de Claudia se pararon de donde estaba mi suegra y procedieron a acompañar a don Emilio a su alcoba. Al ver a mi pariente sola me senté a su lado dando la espalda a la entrada de la casa, en ese momento escuché una voz bien conocida.

–Hola mamá, ¿cómo te va? Era su único hijo varón y el mayor de toda la camada de vástagos. Pasó por mi lado como si yo no existiera, le dio un beso a Tulia y se dirigió a buscar a don Emilio. Mi suegra se apoyó en la silla, lo siguió con la mirada y cuando ya estaba lejos de nosotros preguntó.

–¿Ustedes dos no se hablan?

–Doña Tulia, es mejor no tocar ese tema.

– Dígame la verdad ¡Yo quiero saber! Si no me cuenta le pregunto a Claudia.

Al ver la insistencia de ella, tomé aire, miré hacia arriba, entrelacé mis dedos y comenté.

– Hace tres años, una mañana mi auto no prendió. Claudia, quien en esa época estaba en embarazo de Daniela, me sugirió que le dijera a su hermano que me prestara su camioneta.

– ¡La de mi padre! Exclamó mi suegra.

– Si señora, la misma que aún tienen.

– Bueno y que pasó, siga Juan.

– Cometí el error de pedirle el favor, lo llamé por teléfono y éste no se negó, siempre y cuando se la entregara llena de gasolina.

– Él no cambia, con todos hace lo mismo, hasta conmigo. Y que más, siga contando antes que vengan todos para acá.

– Bueno, ese día me tocó ir a una vereda a supervisar un montaje de una línea de transmisión, me cogió la tarde y en el camino el eje izquierdo de la llanta del auto sufrió un golpe, empezó con un ruido leve y ya aquí en Buga, el ruido era mayor. Como era de noche arrimé por Claudia y juntos salimos a llevarle la camioneta a su hijo. Llegamos a su casa, él ya estaba de mal genio, necesitaba salir en ella a una de tantas reuniones. Cuando le comenté del ruido sus cejas se fruncieron, su cara palideció y dijo.

– Métase debajo a ver qué encuentra.

Me pasó una linterna, el piso estaba mojado por la leve lluvia de la tarde, me arrastré hasta llegar al punto donde supuestamente estaba el ruido. Él, mientras tanto, movía la palanca de cambios y constantemente me preguntaba.

– ¿Ves algo?

– No, no se ve nada.

– ¡Maldita sea! Justo esta noche que necesitaba la camioneta. Dijo mi cuñado.

– Juan, y Claudia ¿qué estaba haciendo? Preguntó mi suegra.

Claudia estaba sentada en el andén llorando, era un llanto mudo, solo salían lágrimas. A Claudia le dolía la forma como me humillaba su hermano y que la camisa nueva que me regalara dos meses antes, estuviera rociada con gotas de aceite. A pesar de que le pagué el arreglo de la camioneta y se la entregué llena de gasolina, su hijo y yo nunca volvimos a ser los mismos jóvenes que en el colegio com-

partiéramos todo: las comidas, las tareas y los deportes. Claudia desde ese día nunca volvió a subirse a esa camioneta y cuando la ve se le daña el momento, creo que a Daniela le pasa lo mismo.

– Y ¿por qué Daniela? ¿Qué tiene que ver mi nieta en esto?

– Claudia estaba en embarazo de ella.

Mi suegra quedó pensativa mirando el televisor apagado como si estuviera prendido.

– Yo no sé por qué mi muchacho es así, eso que el auto aún es mío, perteneció a mi padre, a veces le digo que lo necesito y ni siquiera me lo presta, ¿por qué será “que lo que es de los padres, es de los hijos; pero lo de los hijos no es de los padres”?

Mi suegra siempre me había sorprendido con sus dichos, pero este último si que había caído como anillo al dedo. Ambos nos quedamos en silencio, vi el televisor y recordé que sólo tenía que agradecerle a Alberto que me hubiera presentado a su hermana Claudia. Ella me mostró que los sueños de dos humanos que tenían distintos caminos, pueden recorrer juntos, un mismo destino.

Alberto desde muy joven había mostrado ser muy trabajador, a muy temprana edad empezó a trabajar en el granero de don Emilio, mostró con la buena forma de atender al público; y el mal trato a los empleados, el que iba a ser su comportamiento cuando creciera. Don Emilio le celebraba todo, veía en él al sucesor que manejaría los hilos de sus dos graneros. Establecimientos con los que por muchos años se había ganado el respeto de los habitantes de Buga.

Para Alberto, el dinero era lo primero, lo segundo el dinero y lo demás, era lo demás. Al igual que yo, encontró su media naranja, y como dice el dicho “Dios los crea y el diablo los une”. Ella le enseñó que el orden de prioridad era el siguiente: primero el dinero, después la familia y lo demás, era lo demás.

Su esposa Zoraida, nacida de una familia humilde, de mediana estatura, delgada, de piel blanca y cabellos cortos. Se conocieron gracias a que Claudia los había presentado en un paseo de fin de año organizado por el colegio Santa Teresita, donde ambas estudiaban, él en grado 11, ella en grado 10, bastó dos años de noviazgo, y tres meses de embarazo para que se casaran un marzo 31. Alberto abandonó sus estudios de agronomía y se dedicó de lleno al granero de sus padres. A los meses nació una linda niña a la que llamó María Natalia. Zoraida de repente fue cambiando, de ser una mujer comprensiva y

querida por las cuñadas y amistades de su época, se dejó conquistar por las buenas utilidades que dejaba el negocio de su marido, convenció a Alberto para que se fueran a vivir en el mejor barrio de la ciudad. Su carencia de afecto, por una niñez llena de necesidades, lo llenaba con el afán compulsivo de comprar todo lo que se le atravesaba en los mejores almacenes de cadena en Cali. Conquistaba a su marido para que cada año le regalara un viaje a Santa Marta, y cada dos, una expedición por la ciudad de Jerusalén, para darle gracias a Dios personalmente por haberle concedido un marido tan complaciente. Mientras ella disfrutaba de todo esto, las hermanas de Alberto vivían con lo mínimo, con lo justo. Isabela, madre soltera, vendía leche a todas sus amistades de puerta en puerta. María del Rosario, recién despedida de un consultorio médico, pasaba trabajos en computador y por las noches se ayudaba vendiendo chance. Ambas, para ganarse el mercado semanal, tenían que ayudar los fines de semana a atender en los dos graneros. Esos días eran los más congestionados. Era tal el miedo que le tenían a su hermano que no se atrevían a pedirle un favor, él siempre estaba de mal genio. Cierta vez y como casi todos los días lo hacía, estaba regañando a una de sus empleadas, uno de los clientes que estaba cerca y viendo la acción le dijo atrevidamente: “si así trata a sus empleados, como tratará a los de su casa”. Alberto que estaba de espaldas a él se volteó y con los ojos desorbitados le dijo: “claro es que desde afuera es muy fácil hablar; venga aquí adentro para que vea lo difícil que es”. Ese cliente no volvió a pisar jamás aquel granero, pero tiempo después se dio cuenta que en la casa de Alberto la que mandaba era su mujer, y, de seguro, eso era lo que más le había ofendido.

Claudia era la única que se daba el lujo de no trabajar a pesar de haber terminado periodismo en la Universidad Autónoma de Manizales. Ella nunca comprendió cómo el dinero había cambiado a aquella mujer, que fuera su mejor amiga en el colegio Santa Teresita donde hicieron toda la secundaria. El colegio estaba ubicado cerca de la Basílica del Señor de los Milagros. Había sido su cambio tan notorio, que hasta las hermanas de Zoraida la desconocían. Las dos familias: la de Claudia y la de Zoraida, estuvieron de acuerdo en una reunión, que era ella la que le había dañado el corazón y el pensamiento a Alberto, y al final de ésta dijeron: “esperemos que cuando caiga en cuenta de su error, ya no sea demasiado tarde”.

Zoraida le ayudaba a su esposo a administrar uno de los dos graneros. Una vez una de las empleadas (Clercey) había quedado en embarazo, ella al darse cuenta, le solicitó la carta de renuncia, ya que siempre les decía a sus empleadas: “cuidado con irme a traer barrigas a mi negocio, yo no las voy a mantener”. Aquella vez la empleada le preguntó: “¿me está echando por estar embarazada? Pero esto no se queda así, esto se hincha”, adujo la empleada colocando la mano derecha sobre su vientre. Zoraida por ignorancia no entendía que eran las EPS las que reconocían a las empleadas en embarazo todo el tiempo que no trabajaran por la época de maternidad. Lo entendió cuando la llamaron de la oficina de trabajo y le tocó reintegrar a la empleada. A las pocas semanas la muchacha embarazada renunció, no soportó el maltrato psicológico y la humillación por ser pobre, por ser una empleada. Zoraida la hacía subir al segundo piso hasta 60 veces en el día: “que necesito bajar un kilo de arroz, cinco de panela, diez de azúcar, que necesito que limpies el polvo de todo el lugar, que vayas por la leche a la esquina, que consignes en el banco tanto de plata”, ella esperaba que con tantos mandados cometiera algún error para regañarla, para recordarle quien era la que mandaba, para que se cansara y pasara la carta de renuncia, como estaba en embarazo no la podía despedir, ella esperaba la oportunidad de que se le perdiera la plata camino al banco – solo le entregaba consignaciones pequeñas. Clercey empezaba a cansarse, se conocía de memoria los 24 escalones de las gradas que comunicaba con la parte alta, ella se daba ánimos al saber que estaba haciendo ejercicio y que su hijo saldría un gran deportista, jugador de fútbol o algo parecido, luchaba día a día por no decaer, sabía que renunciar era perder los beneficios de la EPS y perder la incapacidad por el tiempo de maternidad, caminaba rápido a cada mandado, si llegaba un minuto tarde, el reclamo era fijo, Zoraida le decía mirando el reloj: “¿dónde te quedaste?, ayer te demoraste dos minutos menos, contesta”. Clercey guardaba silencio, cualquier respuesta no tendría validez, sus compañeros se hacían los que no oían ni veían nada, ellos entendían que esto era una crónica de una ‘renuncia anunciada’, sabían que los días de Cler – como la llamaban cariñosamente – estaban contados, sabían que cuando a su patrona se le metía algo en la cabeza, no descansaba hasta lograr lo que deseaba. Llegó el día, la empleada se le olvidó recoger la leche que Zoraida le enviaba a su mamá, en esa jornada le dijo

hasta de qué se iba a morir: “¿donde esta la leche? ¿Por que no la has traído?, Clercey repuso: “se me olvidó señora” y ella continuó como disfrutando: “como así que se te olvidó, como no se te olvida desayunar, bañarte, comer, dormir, y no se te olvida recoger el sueldo cada quincena”. Clercey colocó su mano derecha sobre su rostro para llorar en silencio, para no darle el gusto a su patrona de que la viera llorando, aun así la empleada no renunció, se comió las ganas, se tragó las palabras de gritarle que no la tratara así, de recordarle que ella también había sido pobre. Zoraida ese día estaba furiosa, no por la leche, si no porque no logró su propósito. En esos días Clercey había atendido a uno de los tantos clientes fijos del granero, era un cliente especial, aquellos a los que el negocio les fiaba por sus buenas referencias y recomendaciones de amigos, este señor se fue para España a buscar fortuna, no dejó nada valioso con que se pudiera recuperar el fiado, Zoraida llamó a Clercey y le dijo que como ella lo había atendido y entregado el producto, entonces le correspondía pagar lo perdido, ella se defendió, trató de hacerle ver lo equivocada de esta decisión. El valor del mercado era de \$850.000 pesos, los cuales le descontaría del sueldo en cuatro quincenas, no bastó las palabras, ni las lagrimas, tampoco bastó con quejarse ante Alberto. La ira de Zoraida fue mayor al saber que la empleada fuera hasta donde su marido a ponerle quejas, – ella no permitía que él hablara mucho tiempo con las empleadas, sentía celos o miedo de irlo a perder; una de las trabajadoras, de esas atrevidas, que no tienen pelos en la lengua para decir las cosas, dijo: “qué le cuidará a ese flaco, feo y culi-chupado”. Mas adelante se darían cuenta de la verdad: “le cuida el dinero”. Al final le dijo a Clercey que si presentaba la carta de renuncia, lo olvidaría todo, la empleada cayó en la trampa, y renunció.

Otro día don Emilio habló con Zoraida para que le diera trabajo a una señora de nombre Zoila que vivía en el barrio santa bárbara. Ella, de mediana estatura, piel blanca, pelo canoso, ojos claros, gordita y de caminar parsimonioso; fue ubicada en el granero ‘La Trece’ donde su nuera. La empleada estaba feliz de sentirse útil a pesar de sus años, el trabajo se le fue recargando poco a poco a tal punto que ella decía: “aquí soy la que limpia, soy la que vende, soy la que barre, soy la que trapea, soy la que hace todo”. Al mes completo Zoraida empezó a criticarle todo lo que hacía, hasta que llegó el día en que doña Zoila le preguntó: “Señora, ¿le incomoda algo sobre mi traba-

jo?”), ella, mirándola a los ojos y levantando la voz, respondió: “Es que usted es muy lenta: lenta para barrer, lenta para empacar, lenta para sumar, lenta para todo”.

Doña Zoila que tenía la esperanza con este nuevo trabajo de sostener a su única hija Carolina en la Universidad del Valle, rompió en llanto, se quitó el delantal y sin decir nada salió del granero para no regresar jamás. Ella conocía a Zoraida desde hacía muchos años, y una de las cosas que no perdona una mujer pobre, es ser humillada por un rico; que un día fue pobre. Ese mismo día, en las horas de la noche, Zoila, que vivía por la carrera 9 con calle 14, salió de su casa y fue a la casa de don Emilio y le contó todo: la forma como trataba a los empleados, el miedo que generaba más no el respeto de todos ellos, su desconfianza con el dinero. Al final don Emilio no entendió a que hora esa muchacha alegre, conversadora y melosa se había convertido en lo que hoy era. Se arrepintió de haber recibido en su casa a semejante monstruo, y se dio cuenta, que había dejado el granero en manos de alguien “que no-era la mujer para su hijo”.

Estas dos historias fueron la “gota que rebosó la copa” y mi señora le cortó el saludo, era lo único que quedaba entre ellas. Mi suegro se hacía el dormido cuando ella llegaba de visita por las noches, para que no lo saludara “con el beso de Judas” en la mejilla.

Las antiguas amigas de ellas dos, le reprochaban a Zoraida su cambio de actitud, le decían que ella estaba en la posición actual, gracias a que Claudia la había presentado a su hermano y por mucho tiempo les sirvió de Celestina para las salidas a bailar. Zoraida dejó de hablarles. Sus nuevas amigas eran aquellas ricas, nacidas ricas.

A Claudia le dolía saber que su hermano, su sangre, le diera más importancia a su mujer – una aparecida, decía ella – que a sus hermanas. Cierta día Claudia se llenó de fuerzas y en casa de ellos dos se reunieron un domingo, hablaron largas horas, les dijo de todo: “que esa no era la forma de tratar a los empleados, que una cosa era que el trabajador les tuviera respeto y no miedo, que hay que tener confianza en ellos, que hay que delegar funciones, que hay que pagar las horas extras trabajadas y más aún si era domingo”. En todo este tiempo Zoraida no dijo ni una sola palabra, ella dejó a Alberto y a Claudia que discutieran. Al final de la reunión no se llegó a ninguna conclusión. Fue peor el “remedio que la enfermedad”. Al día siguiente despidieron a Julio, uno de los trabajadores de confianza, supusie-

ron que él como amigo de Claudia, era el que había contado todo, cosa que no fue así, fueron sus propias hermanas. Lo único positivo que hizo Alberto fue pagar las horas extras y los domingos empezó a dejar abierto uno de los dos graneros, para no pagar festivos a todos y evitarse alguna demanda o llamado de atención de la oficina de trabajo.

Julio soportó el drama del desempleo, con esposa y dos hijos se fue sólo para España. Allá le tocó dormir en los parques, pedir para poder comer. Un español le dio trabajo en su finca, allí se engordó, recuperó el ánimo y como un milagro, a los días se ganó una lotería (sorteo que consiste en un formulario donde se llena con los marcadores de los equipos de fútbol, si logra adivinar todos los anotadores, se lleva el premio gordo, si son dos los que aciertan; se dividen el premio, así sucesivamente), volvió a nacer, le mandó plata a su esposa para que viajara y cada que puede le escribe por Internet a Claudia. A veces la maldad de algunos, les sirve a otros para progresar.

Alberto tenía la fea costumbre de que cuando un empleado cometía un error: al dar una devuelta, al llenar una factura o se le olvidaba el precio de cualquier grano, él les decía en su propia cara: “es que usted no sirve para nada”. Esto hizo que los empleados como en señal de venganza, le colocaran de apodo: “el patrón empanada”. En esos días a Alberto se le salió y dijo a uno de sus empleados (a Julio), que como Claudia no trabajaba, no servía para nada. Claudia se dio cuenta y en dicha reunión les dijo en sus propias caras que eran ellos los que no servían para nada: para entender a los empleados, para saber las necesidades de sus propias hermanas y sobre todo, para comprender que ese ambiente familiar de chismes y de malos tratos estaba acabando con la vida de sus propios padres. Esto les entró por un oído y les salió por el otro, las cosas siguieron igual. Zoraida siempre permaneció muda, probablemente el cargo de conciencia había empezado a tocarla, ella sabía que Claudia había sido su mejor amiga, sabía que gracias a ella había ganado muchas materias (y el título de bachiller), puesto que siempre le ayudó en los exámenes, quedó muda porque sabía, o mejor dicho, se acordó, que gracias a Claudia se había conocido con quien era su amado, complaciente y fiel esposo.

Ese día para mí fue inolvidable, era la primera vez que me sentí orgulloso de ser su esposo, era la primera vez que mi esposa se en-

frentaba a su hermano y a su ex amiga. Ese día y por la noche en nuestro cuarto, la besé apasionadamente, le di un abrazo fuerte, luego, le fui quitando vestido por vestido, le di un masaje en la nuca, en los hombros; deslicé mis manos por su espalda, luego por sus glúteos, y con la luz apagada, y con mi mano derecha tapando su boca para ahogar sus quejidos, hicimos el amor como si fuera la primera vez.

Cierto día le pregunté a Claudia.

–¿Por qué tu hermano no comparte uno de los graneros con tus hermanas, si éstos son una herencia de familia? Ella contestó: “¿Tú crees que él va a acabar con la gallinita de los huevos de oro?”, además “así paga el diablo a quien bien le sirve”.

Pensando en todos esos años que mis suegros habían entregado sus vidas al negocio de los graneros, repuse: “Nadie sabe para quien trabaja”.

Otro día, un amigo que conoce toda esta historia, estaba en misa, en la basílica del señor de los milagros, me contó que allí notó la presencia de Alberto y su esposa, estaban haciendo de todo: sentarse, pararse, arrodillarse, rezar, en fin, portándose como dos buenos feligreses. Ese día, según mi amigo, estaba oficializando la misa el padre Leiner Castaño – el más querido de todos los curas, según mi compañero –, después de la lectura del santo Evangelio, según San Lucas 12, 32-48, el padre dijo: “la mejor demostración de nuestro amor a Dios, es amando y ayudando a nuestros padres, y a nuestros hermanos”. Mi amigo me contó que al final de la misa comulgaron, demostrando con esto, que no solo estaban ciegos; sino también sordos. Para Zoraida y Alberto existían dos dioses, el Dios-creador y el dios-dinero, y como aquellos que tienen dos dioses, al final a uno lo terminan amando y al otro, odiando. El apego de ambos por el billete, estaba por encima a cualquier otro tipo de apegos. Ellos decían: “hasta que la plata nos separe”, y por esto luchaban día a día para poder estar siempre juntos.

Ellos dos se levantaban, se acostaban y soñaban con el dinero. Pero éste, unas veces es bendito y casi siempre por no decir otra cosa, se vuelve Maldito. El dinero no es malo o es bueno por si solo, depende del uso que las personas le den. Es Bendito, cuando con él, se realizan obras de caridad, cuando una familia con un sueldo módico logra sacar adelante a cada uno de sus integrantes; cuando se hace

un viaje deseado, cuando se compra ese vestido, esos zapatos o ese regalo que siempre soñó, bendito cuando se saca de apuros a ese amigo, cuando se termina una carrera universitaria; cuando por culpa de ese bendito papel, se mide el progreso de una familia: que una moto, que un carro, que una casa o esa finca.

La otra cara de la moneda: Se vuelve maldito cuando tu novia te cambia por otro, porque éste nuevo “amor” tiene dinero y llegó en carro, y tu la visitas en moto o en bicicleta; maldito cuando familias unidas por el amor a sus padres, se enfrentan luego en la repartición de una herencia. Se torna maldito cuando con él, se les cambia la conciencia a los presidentes, senadores, gobernadores, alcaldes y concejales de un país. Maldito, cuando con ese maldito papel moneda se compra una bala asesina y se ejecuta el siniestro. Cuando compras un coito y recibes a cambio, unos besos y unas caricias falsas.

Maldito cuando las niñas hoy día se dejan deslumbrar por sus timbales, cuando por un regalo (en especial los famosos celulares de todos los tamaños, colores y precios), entregan lo que han guardado por años; confunden la alegría de tener un celular, con la llegada del amor. Donde se haga un estudio serio en cada ciudad, de cuantos de esos celulares que se venden son invertidos en la pérdida de una inocencia; los padres de familia van tener una preocupación más.

—Nos vamos para la casa. Era la voz de Claudia, anunciando que la visita a mi suegro en su día de cumpleaños, había llegado a su final. Esa noche, compartí en solo unos minutos con mi suegra, lo que no había logrado en muchos años; ella seguía con su mirada fija en el televisor apagado, pensé que la historia que le conté sobre su único hijo la dejó intranquila. Algunas veces creemos que conocemos bien a nuestros hijos, y nos equivocamos. La saqué de su letargo cuando me levanté de la silla y con mi mano derecha me despedí. Salimos de la casa de mis suegros de la misma forma que entramos: las niñas corriendo y nosotros en silencio.

Amaneció, pensaba por dónde empezaría el día, si viajar a Cali donde quedaba la oficina principal de la electricadora para hablar con el ingeniero Daniel o llamar por teléfono desde mi casa y así ahorrarme unos pesos. Me levanté sin tener una respuesta en mi mente. Me cepillé, coloqué el agua para el café y otra olla para el chocolate. Era martes, siempre acostumbraba a salir a trotar y disfrutar respirando aire puro, pero aquel día no tenía ánimos para nada. Entré a

la ducha y al salir ya las dos ollas con agua estaban hirviendo, preparé las dos bebidas calientes para el desayuno.

Desperté a Claudia con una taza de café.

–Y mi beso. Asintió ella con melosería, me acerqué y le di un beso seco, ella lo notó, seguro comprendió al verme que no estaba sudando; no salí a trotar.

–¿Qué piensas hacer hoy? Dijo después de salir del baño.

–No se todavía. Repuse. Ella se aproximó, me dio un beso en la mejilla y sentí no sólo su apoyo sino su olor a crema dental.

–Ánimo amor, el mundo sigue su rotación y nosotros no nos podemos quedar quietos. Replicó con voz firme.

–Me levanté con la idea de viajar a Cali, aunque creo que mejor llamo por teléfono a Daniel para saber si ha hablado con sus superiores sobre mi caso.

– Pienso que en estos casos lo mejor es dar la cara. ¿Por qué no te vistes? Te vas temprano, para que llegues temprano. Acogió amistosamente.

Comprendí que tenía razón, uno da la cara cuando no debe nada, ni teme nada; y ese era mi caso.

Salí a las 8 de la mañana, aproveché mi desocupación para dejar las niñas en el jardín infantil, noté la cara de asombro de las profesoras al verme llegar con ellas, generalmente mi señora las lleva, pero no tuve tiempo ni quise dar explicaciones; dejé los cuatro mil pesos para la clase de karate de mi hija menor y de natación para la mayor.

Antes de subir al vehículo compré unos cigarrillos en la tienda vecina al jardín. Sólo fumo en las reuniones, pero ahora sentía frío o nervios de lo que me dirían en la empresa, iba a subirme al auto, cuando alguien habló a mis espaldas.

–*Hello my friend.*

Traduje al español su significado mientras volvía la cara buscando al dueño de la voz. Supe de inmediato que era mi amigo Julián Quiceno, al que no veía desde hacia 10 años, estaba residenciado en Canadá. Ahora tenía el cabello largo, un minúsculo arete en la oreja y barba tipo candado.

–Hola amigo. Y ese milagro, tu por estos lados. Dicen que te estás dando la gran vida por el norte. Dije con asombro, e inmedia-

tamente nos abrazamos y observé que estábamos casi de la misma estatura, él siempre fue un poco más alto que yo.

– Hombre vine a Colombia porque me aburrí del frío de la ciudad y de la mujer canadiense - repuso, mirándome de pies a cabeza. Y ¿tú qué has hecho? No te veo mal, ¿acaso estás haciendo pesas o algo parecido? Dijo riéndose.

– Bueno salgo a trotar día de por medio, hago doscientas abdominales y cincuenta flexiones de pecho. Contesté con sorpresa, aún no podía creer que después de tantos años volviera a ver a mi amigo de la adolescencia. Había tanto por contar, que no sabía por donde empezar a preguntar. Mientras pensaba le di oportunidad para que empezara él a hacerme las preguntas.

– Me contaron que te habías casado y que tienes dos nenitas. Afirmó con propiedad. Entonces le pregunté quien lo tenía tan bien informado de mis movimientos, respondió que su hermano de vez en cuando lo llamaba y le contaba todos los chismes, los fracasos, los éxitos de los que están vivos y de los que cada año fallecían por algún motivo.

– Cuéntame ¿cuánto tiempo estarás por estos lados? Le dije, cambiando de tema y agilizando la conversación.

– Te cuento que voy ha estar un largo rato, vengo de pagar tres años de cárcel y si me voy, será para otro país, en Canadá mi visa esta vetada. Asintió con cierta melancolía como recordando cosas no gratas. Prosiguió diciendo.

– He pensado inicialmente montar un concesionario de autos nuevos y usados, pero no sé si el mercado de Buga sea propicio para este negocio o montarlo en la ciudad de Cali. ¿Tú qué piensas? ¿Qué me aconsejas?

Me averiguó como si yo supiera mucho de autos.

– Julián, entiendo poco del tema, pero a simple vista me parece que Cali sería ideal por ser la capital del Valle y Buga es fuerte en la parte comercial, en lo referente al turismo y ahora la industria está colaborando con la oferta de empleo. Contesté con cierta propiedad, es algo que sabe todo Bugueño que se respete.

Él inmediatamente asintió.

– Por eso quiero que el negocio sea de autos usados y nuevos para atraer al pobre y al rico de la región, además estaría cerca de mi familia y amigos que me vieron crecer.

Luego hubo un silencio de segundos como queriendo cambiar de tema, pero yo terminé preguntándole.

– ¿Para, cuándo tienes pensado montar el negocio?

– Espero sea en tres meses, ya que estoy esperando una plata que me deben unos holandeses de un gran negocio que logramos pasar por los continentes de este planeta.

Aunque sabía que sus negocios estaban relacionados con droga. Le indagué.

– ¿Cómo has hecho si en esta época es muy difícil hacer llegar un viaje al otro lado del charco?

– Yo solo serví de intermediario entre mis amigos holandeses y la mafia colombiana, pero parece que fue vía marítima y la droga fue camuflada en un líquido negro que viajó en canecas. Una vez allá, el ingeniero químico que se inventó este método, procedió a separar la heroína de aquel líquido y según las autoridades, se comieron el cuento de que era para vacunar las reses de ese país.

Continuamos charlando y de repente me vi tomando tres cervezas y olvidando todas mis preocupaciones. Julián me contó que se había casado dos veces y del segundo matrimonio había quedado una hija, Adriana, quien era su adoración. En Canadá se dio el lujo de tener una de las mejores discotecas subterránea, donde se reunían todos los duros (narcotraficantes) colombianos para divertirse y concretar los envíos de dólares a Colombia y la forma de transportar droga a los Estados Unidos y Europa. El envío de los dólares producto del negocio lo hacían con la importación de autos a Colombia, los cuales iban repletos de dinero en sus llantas y cajones ocultos. La droga la transportaban en los intestinos de cientos de pasajeros, hasta que una vez la DEA, infiltró un espía latino y dañó lo que por años “alimentó” a miles de familias colombianas.

Allá en su discoteca conoció los capos más buscados, como los hermanos Rodríguez Orejuela, y unos bogotanos de apellido Mejía, quienes hicieron dos grandes viajes y se retiraron montando prósperas fábricas de calzado, venta de equipos para computadoras y se dedicaron a la construcción de apartamentos, pues uno de los hermanos de la familia estudió Ingeniería Civil en la Universidad Nacional de Colombia.

Al final terminó contándome que había sido tan rico como lo fueron los narcotraficantes de nuestro país, pero que una vez la DEA,

capturó a uno de sus colaboradores y a éste le ofrecieron dinero, inmunidad y cambio de identidad si servía de testigo contra él. Para enfrentar esta situación tuvo que gastarse hasta el último dólar pagando multas y así mermar su condena, el resto se lo gastó pagando a los abogados defensores de su caso, a los que en dos ocasiones debió despedir por ineptos; sus propiedades fueron confiscadas por el gobierno.

Después de oír todo su relato, le dije que podía escribir un libro y él irónicamente me contestó que estaba pensando decirle a nuestro escritor Gardeazábal que iniciara con su historia; pero le daba recelo que se negara el literato.

Recordamos los momentos más alegres, las experiencias que juntos vivimos en el colegio; ambos terminamos el bachillerato en el colegio académico, este plantel tenía en la ciudad fama de revoltoso. En esa época los muchachos eran más conscientes de la situación del país, ahora, la mayoría ya se acostumbró a los muertos, a los secuestros y los atropellos. Recordamos cierto día, una marcha de los estudiantes por las calles de la ciudad, estábamos tirando piedras, lo curioso de la vida y al pasar los años, éstos con piedras en la mano y panfletos en sus bocas, terminan sus días trabajando para el gobierno, como maestros de escuela, como agentes de la policía o del ejército. Ese día, celebraban un año más de la muerte de un compañero en manos de un policía. Un compañero con pinta de hippie, tiró una piedra a un almacén, quebrando el vidrio de la vitrina; la policía nos hizo correr a todos: los estudiantes con los maletines llenos de piedras, las tiraban; los agentes la recogían y respondían de la misma manera; pero a medida que los carros los protegían, ganaban terreno y lo único que nos salvaba era una buena carrera. Un muchacho llamado Gilberto, era el líder de la asonada, sus ideas Marxistas impresionaba a los ignorantes en el tema; lo apodaban el dólar, éste tenía un pie más largo, al caminar se meneaba de un lado para otro, por lo tanto subía y bajaba constantemente, como el dólar americano. En esa manifestación corría dando brincos. Lo chistoso de ese día, era que al verse casi alcanzado por los policías por no poder correr más rápido, al voltear una esquina, Gilberto se sentó en el andén, se recogió la manga de su pantalón, su pierna defectuosa mostraba una prótesis metálica, Gilberto levantó la mano derecha como disfrazándose de mendigo, nosotros pasamos por encima de él, los oficiales tam-

bién, sin darse cuenta que ese era el líder de la revuelta. Pasaron los años y nuestro compañero terminó metido en las filas de la guerrilla, y se tiró la vida. Esta agrupación infiltraba sus espías en las reuniones estudiantiles, invitaba a los alumnos a pertenecer al gremio, inicialmente les ofrecían a los jóvenes un sueldo a cambio de información: de cuales profesores estaban en contra de la revolución, de cuales escolares, sus padres eran adinerados, de cuantos padres de familia pertenecían a la policía o al ejército, y con esta carnada, trabajando de sapos, los comprometían, para luego llevarlos a la selva. Recordamos a otro compañero, de nombre Julio Mosquera, quien convencido en el tema del marxismo, enseñado por la guerrilla; tiró una granada a un camión del ejército repleto de soldados, con tan mala suerte para él, que el artefacto no explotó y todos los soldados del vehículo, desfundaron y lo fusilaron sin compasión. Después éstos aludieron que el personaje estaba armado y por eso dispararon, borraron con el codo, lo que hicieron con las manos.

Recordamos que en otra revuelta, los estudiantes se atrincheraron, no abriendo excavaciones en la tierra; pero si se resguardaban detrás de llantas encendidas; algunos teníamos el rostro tapado con pañuelos, otros con la camisa o el saco, la idea de cubrirnos el perfil era para evitar el olor a llanta quemada, pero lo más importante, era que la autoridad no reconociera ningún rostro; un estudiante apodado “uva”, con un afro tan alto, igual al de un cantante llamado Jerónimo; estaba en el grupo de los líderes: aquellos que pronuncian consignas contra el gobierno y la educación. Lo chistoso al recordarlo era que nuestro amigo se cubría la cara para evitar ser reconocido por los agentes; al otro día, llegaron por él, su afro lo delató.

Reímos por largo rato hasta que sentí que me dolían mis abdominales, por los recuerdos y las siete cervezas que habíamos consumido cada uno.

Nos despedimos con un abrazo igual al primero, quedamos en seguir reuniéndonos para compartir ratos más agradables.

Entré a mi auto y me dirigí a casa, con esos tragos no era inteligente viajar a Cali a reunirme con mis antiguos jefes. Conduje con cuidado, me sentía mareado y era mejor evitar encontrarme con algún agente de tránsito. Llegué a mi casa, pité como de costumbre para avisar que estaba cerca, me abrió la puerta del garaje mi esposa, y

con mirada de asombro se fijó en mí, me hacía en Cali hablando con mi amigo Daniel.

–¿Qué pasó? Fueron sus primeras palabras al tiempo que me daba un beso en la mejilla.

– Te cuento que me encontré con un amigo que no veía desde hace tiempo y sin querer nos tomamos unas cervezas, y fueron tantas que terminaron dándome mareo. Comenté esperando que no se enojara por desperdiciar un día tan importante, y ella asintió con cierto enojo.

– Y fuera de tomar cerveza y fumar cigarrillos ¿qué más le volvieron a la reunión?

Supe de inmediato que por el olor a cigarrillo me había descubierto cuando me dio el beso y que ya estaba pensando en que había chicas de por medio. Esa actitud siempre me había molestado de ella, se me subió la sangre a las mejillas, pero me controlé y le contesté seriamente.

– Mira Claudia, no vamos a empezar con escenas de celos, tú sabes que eso me molesta, simplemente compartí un rato agradable con mi mejor amigo de la adolescencia y en vez de preguntarme cuál amigo o de qué hablamos, me haces preguntas como queriendo pelear.

– Como quieres que no me enoje, me hubieras hecho una llamada y así estaría más tranquila.

– Está bien tienes razón, la próxima vez lo haré, me perdonas. Dije, pensando en calmar los ánimos, además ya me estaba cansando el hecho de pedir perdón por todo, pensé muy adentro de mí que siempre era yo el que tenía la culpa cuando discutíamos por cosas sin importancia, es cuando extraño la vida de soltero, uno no mide el tiempo cuando la está pasando bien, y creo que a todos los casados nos pasa lo mismo. Estaba en todas estas reflexiones, mientras ella continuaba hablando y solo alcancé a escuchar cuando dijo: “Y quien era ese famoso amigo que te hizo olvidar la programación del día”

– Se llama Julián Quiceno. Hizo una gran fortuna en el exterior y por no retirarse a tiempo lo perdió todo junto con tres años de vida que también perdió en una cárcel canadiense. Respondí mientras buscaba mi cepillo de dientes para quitarme el olor a cigarrillo y a cerveza.

– Me imagino la clase de trabajo que tenía, solo el narcotráfico lo convierte a uno de pobre a rico y de rico a pobre de un día para otro.

Fue lo más sabio que pudo haber dicho en toda la tarde y respondí.

– Te felicito, diste con lo que era, solo que él está esperando una comisión de unos holandeses para poder montar una compraventa de autos nuevos y usados, aquí en Buga.

– Siquiera ya tienes a alguien que te va a dar empleo en algo. Contestó con cierta picardía propia de ella.

Pasaron las horas de la tarde junto con mi mareo y mientras recordaba todas las anécdotas de mi amigo, caí en un profundo sueño.

Dos meses después.

Me levanté temprano como todos los días, respiré profundo, contuve el aire y luego lo solté como terapia para mi cuerpo. Era un miércoles como cualquier otro que hay en el año, solo que esta vez estaba desempleado. No había café en la cocina, prendí la estufa y coloqué bastante agua. Me dirigí hacia la puerta de salida de la casa, salí y al cerrar me encontré con mi vecino. Un señor de avanzada edad, pelo corto, canoso, tez trigueña y de contextura mediana, me saludó.

– Buenos días vecino.

– Buenos días don Justiniano.

Empezamos a caminar hacia el mismo sitio: la tienda de la esquina. Allí mi vecino me preguntó.

– Su suegro es el señor Emilio Antonio Grisales?

– Sí señor. Respondí de inmediato, y continuó indagando.

– ¿Por qué no ha vuelto por estos lados?

– Casi no sale de la casa y además ha estado enfermo. Objeté mientras esperaba mi turno para ser atendido en la tienda.

Él comentó.

– La última vez que lo vi por estos lados le ofrecí una de mis casas por cuarenta millones de pesos, y hasta la fecha no me ha dado ninguna respuesta. Yo, un poco imprudente y sin pensarlo le dije: – Don Justiniano, le cuento que conozco bien a mi suegro, él no tiene

plata. Mi vecino que en ese momento se encontraba recibiendo el pan para el desayuno se volteó rápidamente y elevando la voz dijo.

– ¿Cómo qué no tiene plata? si ese señor es millonario.

Repliqué con el mismo tono.

– Usted está equivocado y no tengo ningún motivo para decirle mentiras.

Don Justiniano me recalcó lo siguiente.

– ¿Pero su suegro no es el dueño de dos graneros: “El de la Trece y El de la Séptima”?

Por momentos guardé silencio, pero al ver a mi vecino mirándome fijamente, respondí.

– Si señor, él es el dueño.

Don Justiniano abriendo sus ojos, levantó sus manos a la altura de su pecho y volviendo a elevar el tono de voz respondió.

– ¿Y entonces?

Esas fueron las últimas palabras de mi vecino en aquella tienda.

Regresé a casa, me senté en el sillón de la sala y analicé lo equivocada que está la gente que rodea la familia de mi esposa, ya que por el simple hecho de tener dos graneros en el centro de la ciudad, no quiere decir que sean personas adineradas, además ellos no eran los administradores, sólo recibían un sueldo de parte de su hijo.

De repente la olla del agua, a la que mi suegra le llama “Putica” empezó a silbar y procedí a colar el café. Entendí que todos los afanes, las carreras y la tentación por hacer estas actividades cotidianas, se volvieron como la nada y desaparecieron de mi vida, ahora todo el tiempo que, antes no me alcanzaba, me sobraba hasta para charlar con mi vecino.

– Mija, mija despierta, aquí te traje tu tetero. Con estas palabras me dirigí a Claudia, a quien siempre la despertaba con un pocillo de café y después llevaba el verdadero tetero a nuestras hijas, quienes dormían en el cuarto adyacente. Le conté a Claudia sobre la experiencia que tuve afuera con nuestro vecino y reímos cuando al final le dije: “y yo que me casé con su hija, pensando que el viejo era millonario”.

Un rato después me entretuve en el baño afeitándome y cepillándome, mi señora se acercó y riéndose nuevamente me dice.

– ¿Sabes lo que me acaba de decir Daniela?

– No, dime.

– Pues como Manuela amaneció con fiebre y no va a ir al Colegio, Daniela me dice que ella tampoco, al preguntarle por qué, me contestó: “porque nosotros hemos dicho que las hermanitas siempre tienen que estar juntas; en las buenas y en las malas”.

Terminó estas palabras y réimos un buen rato, pues cada día nos sorprenden los hijos con sus ocurrencias y también nuestros vecinos.

Al final logramos convencer a Daniela para que fuera al colegio y mientras me vestía para llevarla, pensé en la coincidencia de cómo llegan las enfermedades, cuando hay en el hogar un ambiente de preocupación por parte de sus padres, a pesar de las risas que a veces le arrancamos a la vida.

LA INVITACIÓN

alí temprano en el auto a dejar la niña en el Colegio, ella aprovechó los minutos de viaje para acostarse en el asiento trasero y hacer pereza, me di cuenta que últimamente no hablaba con mis hijas a pesar de tener más tiempo en la casa; la cantidad de pensamientos de querer hacer algo productivo, bloqueaba mi deseo de ser un padre cariñoso y seguramente, hasta de ser un esposo apasionado.

Visualicé la entrada del colegio, acerqué el auto al andén, me bajé, ayudé a mi hija a salir y la dejé en la entrada del colegio, automáticamente me dirigí al vehículo, pero la voz de una mujer me detuvo.

– Don Juan Pablo. Era la voz de Lorena, la profesora de mi hija menor, quien preguntó.

– ¡Y Manuela!, ¿Por qué no la veo?

Se fue acercando a mi lado y antes de contestar, noté lo radiante que estaba apenas empezando el día; vestía una sudadera blanca pegada al cuerpo, sus labios gruesos, sus ojos grandes y su pelo corto, dejaban ver una belleza mañanera, me percaté que era ese tipo de mujer que se ven bellas al acostarse y bellas al levantarse.

– Don Juan. Volvió a repetir esperando una respuesta.

– Que pena, es que aún estoy como dormido, pero despierto al mismo tiempo. Respondí queriendo ser simpático, y como premio lo

conseguí, dejó vislumbrar en sus labios una sonrisa como las que pasan en los comerciales de crema de dientes.

– Usted y sus ocurrencias. Comentó esperando todavía una respuesta.

– Le cuento que Manuela amaneció con fiebre, y mi señora va a esperar como sigue en el transcurso de la mañana para saber si es necesario llevarla donde el médico.

– Me le lleva saludes y un beso. Además le recuerdo don Juan que hoy se completan dos meses de atraso de la mensualidad de ambas niñas.

Fueron sus últimas palabras, las que me hicieron aterrizar nuevamente de su encanto de mujer bella.

– A más tardar este viernes les cancelo. Respondí.

– Bueno don Juan, yo le digo a la directora, hasta luego.

Me dio la espalda y observé que era una mujer bella por delante y también por detrás. Me estaba volviendo a elevar, cuando una voz fuerte a mi lado apareció.

– Mi querido amigo, que bueno encontrarte nuevamente.

Rápidamente me di cuenta que era mi amigo Quiceno, el que bajaba de un coupe rojo, con vidrios polarizados.

Nos dimos un fuerte abrazo como cuando nos vimos por primera vez hace dos meses y pregunté.

– ¿Qué haces por acá amigo, y a esta hora?

– Acabo de tener una discusión con el profesor de mi hija Adriana y quiero averiguar si hay forma de matricularla en este colegio.

– ¿Y por qué? ¿Qué pasó? Inquirí.

– Fíjate que a mi hija le gusta preguntar mucho y a este caballero en vez de alegrarle, como que le fastidia. Continuó diciendo.

– Ayer la niña le preguntó por qué los hombres tienen tanto pelo en las partes genitales y los niños no, y éste, la regañó delante de sus compañeros provocando la burla de todos ellos, es por lo que mi pequeña ya no desea volver.

– ¿Por qué no le preguntas a la directora de este colegio?

Me dijo con pidiendo mi colaboración, a lo que me fue difícil decir que no.

Entramos por un pasillo largo y nos detuvimos en la oficina de la directora, doña Flor.

– Buenos días. Dijimos casi en coro.

– ¡Don Juan! Que milagro de verlo. Respondió la directora, ignorando la presencia de mi amigo.

Ella una mujer de unos 42 años, de mediana estatura, pelo corto, piel blanca y mirada siempre seria.

– Le presento a Julián Quiceno, un compañero de la adolescencia, él desea saber si hay forma, a estas alturas, de matricular a su hija en este plantel.

– Como están las cosas hoy en día, en cualquier colegio reciben a su pequeña. ¿Qué año está cursando?

– En segundo año.

Ella asintió.

– Se la recibo siempre y cuando traiga el paz y salvo del actual plantel.

Mi amigo se percató rápidamente de la insinuación de la directora y respondió.

– El problema no es económico, porque yo le puedo cancelar todo el año, si es necesario, lo que quiero es que sus profesores tengan la suficiente preparación para entender a una niña de siete añitos que nació en Canadá, domina el inglés, sabe algo de francés y pregunta mucho.

Nos miramos los tres como entendiendo perfectamente que estábamos hablando de una niña inteligente. Doña Flor dejó ver cierta sonrisa, no tanto por lo de la niña, sino por los doce meses que le pagaría de anticipado.

– Don Julián, esté tranquilo, mis profesores vienen de una de las mejores escuelas normalistas del Valle; ellos le darán a su hija un tratamiento especial, y será un orgullo para este colegio el tener a su niña.

Julián mostró una sonrisa de agrado y dijo.

– No se diga más, mañana mismo empiezo a traer a mi pequeña. ¿Cuánto vale la mensualidad y por qué tan caro?

Reímos los tres y pienso que era la primera vez que veía a doña Flor reír tanto en tan solo 15 minutos, luego respondió.

– Son \$150.000 la mensualidad, esto incluye 4 idas a la piscina, 4 clases de karate, ingresar a la banda del colegio, obviamente si la niña quiere, aquí no obligamos a nadie.

Julián respondió.

– Me gusta lo último que dijo, porque a los niños no se les debe obligar; como sí ocurría en nuestro tiempo. Aquí le pago por adelantado cinco meses, si las hijas de Juan Pablo estudian en esta institución es por algo.

La mirada seria de doña Flor cambió con los billetes de \$50.000 que sacó Julián de su billetera, los que contó de dos en dos.

– 100, 200, 300, 400, 500, 600, 700 y 50 mil pesos, en total \$750.000. Dijo Julián.

Doña Flor quedó en silencio, abrió la gaveta de su escritorio, sacó un facturador, que llenó en cuestión de segundos como no dando oportunidad de arrepentimiento de parte de Julián e hizo el siguiente comentario.

– Don Juan, yo estaba un poco seria con usted, pero espero me perdone por mi actitud porque hemos tenido muchos compromisos y porque muchos padres de familia están atrasados, no en dos, sino en varias cuotas y como usted siempre ha sido muy cumplido, me tenía mal acostumbrada, pero ahora que me trae a su amigo quiero decirle que no se preocupe si no tiene las cuatro mensualidades que debe de sus hijas, yo entiendo que está sin trabajo, más no quiero decir con esto que vaya a olvidarse de este compromiso.

Quedé un poco sorprendido, sentí pena con Julián, me rasqué la cabeza, bajé mi mano y froté mi nariz antes de contestar.

–Agradezco la comprensión de su parte y esté segura que no olvidaré mi deuda.

Nos despedimos de la directora, no de mano, sino de abrazo como quien da el pésame a un amigo, salimos de la oficina, Julián se había quedado en silencio, como quien entiende el dolor, de no tener dinero.

– ¿Por qué no me habías dicho que no estabas trabajando? Preguntó.

– Bueno, la última vez que hablamos, llevaba unos días sin empleo, pero tenía la esperanza de conseguir algo y nuevamente ubicarme.

Inmediatamente Julián añadió.

– Déjame invitarte a una reunión que tengo con dos amigos, uno de ellos es el gerente del Banco La Nación y el otro es un colombiano que viene de Canadá y me trae buenas noticias. Estoy se-

guro de que con ellos vamos a ubicarte en algo bueno, tú eres un profesional y cualquier cargo puedes ejercer.

Estas palabras fueron como una luz de esperanza que borrarían a medias las sombras de las preocupaciones.

– ¿A qué hora? Indagué.

– A las 4 de la tarde, toma mi dirección y teléfono. Por favor no faltes porque estoy seguro que te va a gustar.

Miré la tarjeta y como la dirección me era poco conocida pregunté.

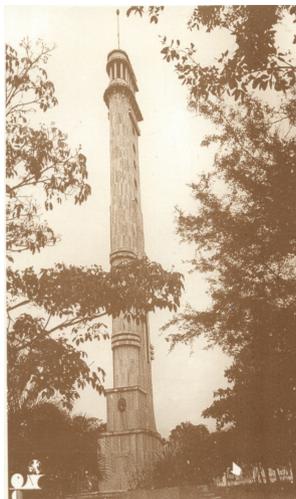
– ¿En qué barrio queda? No me es nada familiar.

– Queda en el barrio Alto bonito, subiendo hacia la loma.

Nos despedimos de abrazo y me dio unas palmadas en la espalda, como quien dice ¡ánimo!

Pude observar que no estaba solo en el auto, ya que se subió a su coupé por la puerta del pasajero, el auto arrancó rápido, dejando un olor a llanta quemada. Me acerqué a mi vehículo, entré en él y reparé que el radio no estaba en su sitio, menté la madre, golpeé el timón y pensé: “tras de gordo, hinchado”.

Arranqué el auto de la misma forma que el coupé de Julián. Pensé que debía ir obligado a la reunión y preguntarle al chofer de mi amigo si había visto algo o a alguien entrar al auto. Llegué a mi casa, cuadré el auto como tantas veces lo he hecho, cerré la puerta del carro, ésta se fue con cierta fuerza ocasionando un ruido indeseado.



El Faro 1960
Homenaje al Dr. Alejandro Cabal Pombo

LA MENTIRA

– ¿Amor eres tú? Se oyó el grito de Claudia, desde adentro de la casa y desde afuera repuse.

– Sí, soy tu querido esposo. Dije, queriéndome disculpar por el golpe que se oyó al cerrar la puerta del auto.

Abrí el portón y vi a Claudia con nuestra hija mayor en la mesa desayunando con huevos revueltos y café. Exclamé.

– Desde que el enfermo coma, quiere decir que no es grave la cosa. Claudia respondió.

– Le di una pastilla para la fiebre, y como le bajó, aproveché para que desayunara. Claro que parece que le duele la garganta, al masticar y tragar siente malestar. Hubo un silencio en el que nos mirábamos los tres, aproveché para acariciar el poco cabello de Manuela.

– ¿Quieres tomar algo? Rompió con su voz las partículas del aire.

– Sólo café con pan, pero deja que yo mismo me sirva. Me dirigí hacia la cocina mientras pensaba qué le diría a Claudia para poder asistir a la reunión con Julián y el banquero, pensé rápido.

– Me encontré con un liniero de la empresa, le conté que hace días que no hacía nada, y me invitó a cotizar un montaje de un transformador a una hacienda en las afueras de la ciudad.

– ¿Qué extraño? ¿Por qué no te había buscado antes? Dijo Claudia mientras fruncía el ceño.

– ¡Fue pura suerte! Exclamé.

– ¿Verdad? ¿Por qué? Protestó Claudia.

– Porque en ese momento iba en busca de un contratista, al verme, se acercó, me preguntó cuánto cobraba por presentarle un proyecto a la empresa, le dije que le cobraba lo mismo que otro contratista, al contarle que estaba desempleado, se apiadó de mi situación.

– ¿A qué hora quedaron de verse? Volvió a preguntar.

– A las 4 de la tarde y nos quedamos de ver en la puerta de entrada de la empresa. Respondí, adelantándome a su siguiente pregunta.

– Bueno yo pedí cita médica por teléfono, con el doctor Alain Herrera, luego me puedes dejar en la EPS y te puedes ir a tu cita. Gesticuló Claudia, con cierta desconfianza.

Pasaron las horas, los minutos y los segundos como tan lentos, que estaba algo desesperado para que las cuatro llegaran rápido y así poder saber algo de mi radio.

Claudia se subió al auto, de suerte lo hizo en la parte trasera para poder llevar a la niña cargada en sus brazos, nos fuimos en silencio como últimamente acostumbábamos a pasar juntos, extrañaba esa época cuando de novios, charlábamos hasta por los codos; y es cuando uno no sabe, si continuar con el éxtasis del noviazgo, o aterrizar y tocar piso, con la cruda realidad del matrimonio.

Llegué al sitio de la EPS, le di un beso a Manuela y otro a Claudia en la mejilla como lo veníamos haciendo. Recordé que esa era la forma de saludarnos cuando nos conocimos, empezamos con besar nuestras mejillas casi a la altura de la oreja, luego poco a poco y en cada encuentro nuestros labios buscaban estar mas cerca. Íbamos a un bar muy visitado por los intelectuales de nuestra ciudad, llamado “Utopía”, era un sitio agradable, sus mesas redondas, sus si-

llas blancas y cómodas, daba una sensación de tranquilidad y de paz, su música siempre precisa para la ocasión, su volumen calculado de tal forma que todos podíamos charlar y solo se escuchaba la voz del amigo o de la persona cortejada. Las cuatro paredes blancas de ese recinto estaban construidas en ladrillo a la vista, adornadas de diferentes cuadros en cada una de sus esquinas, el que más llamaba mi atención era un cuadro grande de mas o menos un metro de alto por setenta centímetros de ancho, constaba de diecinueve trazos, eran pinceladas en color negro sobre un fondo blanco, la figura que se construía con estas mágicas pincelas era la de un caballo. Fuimos varias veces y en cada ocasión acostumbraba a sentarme en el mismo lugar y siempre tenía el hábito de contar el numero de trazos en el cuadro, era una obsesión, trataba de entender qué mensaje quería dar el pintor con este número, acaso diecinueve eran los años de su novia, de su hija o diecinueve años de casado. Fue en medio de todas estas conjeturas que esa noche por primera vez besé a Claudia, mis labios temblorosos se sacudieron al tocar los suyos, esto nunca me había sucedido con otras chicas. Recuerdo que cerré mis ojos y conté hasta diecinueve, conté tan lento que me daba la impresión de estar dibujando ese cuadro en sus labios, y mis labios junto con mi lengua parecían ser el mágico pincel; sentí que el color de cada pincelada era rojo y no negro. Esa noche no dormí, había algo especial en ella, esa humildad al tratar a las personas que la rodean, esa dedicación a su familia y a sus tías; ella entendía bien el dolor ajeno, también era fiel creyente en Dios; pero ese resentimiento que la empezó a envolver con el comportamiento de su hermano y el de su esposa, había hecho que se fuera alejando de él, ya no iba a misa los domingos. Nuestros besos empezaron también a alejarse en cada encuentro, en cada despedida, ya no buscamos nuestros labios sino nuestras mejillas, ya no hacíamos el amor entre semana sino cada festivo, siempre había una disculpa: “me duele la cabeza, estoy cansada, estoy enferma, hoy no, mañana sí”. Hubiera deseado que ese encanto del primer beso que incendió nuestros cuerpos, no hubiera durado diecinueve segundos sino diecinueve años.

– Me cuentas esta noche como te fue. Añadió ella sacándome al mundo real.

– Espero que no te coja la noche por allá. Volvió a decir girando su cuerpo y con la niña en sus brazos. Al arrancar el auto observé

qué Manuela empezó a llorar y estiraba sus brazos hacia mí, me pareció raro en ella, era como si presintiese algo, como si con su llanto quisiera decirme: “papá no vayas a esa reunión”, la miré fijamente a medida que empezaba a alejarme, me contagié de su tristeza. Por un instante cerré los ojos y regresé en el tiempo cuando de niño mis padres me dejaban al cuidado de mi abuela Adela, hubo algo que me hizo abrir los ojos, no era el pare de la esquina, ni el gato que se atravesó a mi carro, era algo más, algo que me dejó perplejo, justo en ese momento recordé el rostro de mi abuela paterna, no era el recuerdo de su arrugado rostro el que llamaba mi atención, era el recuerdo de sus hermosos ojos azules, intactos en su brillo a pesar de los años, supe de inmediato que eran del mismo color de los ojos de Claudia. Entendí muchas cosas.



Desfile de Carrozas
Palacio de Justicia (1924)

LA LUJURIA

Enruté el auto hacia la parte nororiental de la ciudad. “Barrio Alto Bonito”, este nombre no reflejaba la apariencia del barrio, sus casas, sus calles y su parque central, no mostraban nada bonito; más sí por lo alto, cuya ubicación es en la parte alta de la zona perimetral de la ciudad, ya que para llegar hasta allá había que meterle la primera al auto y el acelerador al piso para recorrer tres cuadras que separaban el barrio de la parte baja de la ciudad. Sus casas; unas pintadas de blanco, otras de azul y otras sin pintar, dejaban ver de sus fachadas una imagen poco estética a la mirada del transeúnte.

Vi el auto de Julián, estaba ubicado justo en la dirección escrita en la tarjeta, estacioné mi auto delante de éste. La puerta blanca de la casa, se encontraba ubicada a un metro de dos columnas tipo construcción romana que se levantaban del piso y soportaban el cimientado del segundo piso. Toqué el timbre, observé que alguien miraba tras la cortina de la ventana del segundo piso y otro más por el ojo mágico de la puerta. Esta se abrió y apareció un joven de pelo largo tipo hippie pasado de moda, con un morado en el ojo derecho, de una textura robusta pero de mediana estatura.

—Siga señor, don Julián lo espera. Dijo sin ganas, al fondo apareció Julián. Este se acercó y me abrazó.

—Fíjate que casi mato a este hijueputa que te acaba de abrir la puerta.

Me quedé asombrado y pregunté.

—¿Qué pasó?

—Este desgraciado, no sabía que el auto que estaba estacionado en el colegio era tuyo, y como lo encontró abierto se metió y te sacó la radio, pero le pegué por dos motivos; uno porque me duele lo que le hacen a mis amigos y el otro porque le pago \$1.000.000 de pesos mensuales, libres de comida, hospedaje, mecató y pichada, aún así se ofrece a robar, actividad a la que se dedicaba antes de trabajar conmigo.

El tipo se quedó con la cabeza agachada, como niño regañado y Julián prosiguió.

—Ve y tráele el radio. Gritó al guardaespaldas.

El chofer se retiró hacia el fondo del corredor, Julián caminó hacia las gradas.

– Espérame Juan Pablo, tengo una rubia en mi cuarto.

Quedé solo, apreciando las paredes de la sala pintadas de un color hueso, vestidas con unos cuadros adornados de paisajes, de pájaros y de figuras humanas cuyos cuerpos y cabezas tenían forma ovalada. Me dirigí a la cocina, abrí la puerta de vaivén y mis ojos se quedaron estupefactos al ver a una morena de espaldas, con un trasero como el de la profesora de mi hija, solo que ésta no tenía sudadera blanca, sino una levantadora de nylon color blanco que terminaba donde finalizaban sus caderas, su tanga tipo hilo dental adornaban su bien parado y firme trasero, su espalda estaba semicubierta de una cabellera lisa que le daba sobre la cintura. Atiné a decir lánguidamente.

– Buenas tardes.

Ella, giró la cabeza, después su tronco, me miró con sus ojos negros, pobladas las cejas, su frente estaba cubierta por el capul de su pelo, sus labios rojos y carnudos dejaron asomar su lengua, que sacaba para recibir el vaso de cristal y al mismo tiempo responder:

– Buenas. Pensé que ya era de noche y esperaba escuchar un “buenas noches”.

Se me fue acercando. Advertí que tenía una perfecta nariz, como quien ha pasado por un quirófano. Me metió su mano derecha por el pecho y sentí un frío que corrió desde mi mente hasta el vértice de mis extremidades inferiores, provocando un desorden en los bolsillos de mi pantalón. Al tiempo que se iba acercando e inclinando fijó su mirada en mis ojos y exclamó casi cerca de mi boca.

– ¡Qué ojos, tan lindos! Y continuó diciendo. Ya tienen dueña, o será que los puedo alquilar por un rato.

Por instantes de tiempo sentí que todo era una ilusión, el solo verla me llenaba de erotismo, de ese erotismo, que a veces perdemos nosotros, los casados. Bajé la mirada y vi sus pechos desnudos, redondos y firmes, los cuales tocaron mi cuerpo.

– ¿Cómo te llamas? Atiné a decir, haciéndome el experimentado en estas situaciones.

– María Fernanda, es mi verdadero nombre y María, mi nombre artístico.

– ¿Acaso cantas? Pregunté mientras la besaba con la mirada y en mi mente empezaba a desvestirla; una a una caían sus prendas que le cubrían el cuerpo; imaginé la luz del brillo de su mirada, la humedad de su piel, el rubor que tiñe su pecho. Me sentí nervioso y mis palpitaciones se aceleraron. Desperté del trance cuando dijo.

– No canto, pero con mi cintura hago ver estrellas a los hombres.

– Me gustaría que habláramos más sobre este tema. Respondí un poco más calmado. Coloqué mi celular sobre la nevera. Ella retiró su mano de mi cuerpo, desabrochó mi camisa, mientras con su mano izquierda sostenía una copa de licor, continuó con su mano acariciando mi cuello, la bajó por mi estómago y luego por debajo de mi ombligo, y, luego dijo, al sentir el bolsillo de mi pantalón abultado.

– Veo que ya estás listo, toma un poco de licor.

Me pasó el vaso de cristal, principió a deslizar su lengua por mis labios, fijó sus ojos en los míos. Continuó bajando su lengua por mi nuca, abdomen y sin quitar su mirada de la mía, fue abriendo el cierre del pantalón.

Mientras observaba la escena, de esas que son cortas pero duraderas en la mente de quien las vive, ahí, ella de hinojos, acaricié su mejilla con mi mano derecha, luego con el dedo índice seguí el recorrido de su nariz, desde su punta hasta el punto medio de sus cejas. Sentí que un volcán empezaba a erupcionar, no hacia arriba, sino hacia abajo.

Ella aún arrodillada dejaba ver sus glúteos que sobresalían debajo de su cabellera larga y lisa.

Moría y vivía instantes inolvidables. Sentí lo que nunca había sentido, lo que nunca había vivido y que no olvidaría. Sin quitarme la mirada, se apartó lentamente de la misma forma como había empezado, me cerró el cierre del pantalón. Se puso de pie, me besó en el labio inferior y dijo.

– Este es un regalo por tener esos ojos. La puerta se abrió bruscamente y apareció Julián junto con una rubia de cabello corto, piel blanca, de mediana estatura, con cuerpo de guitarra y con grandes senos; que colgaban desnudos.

– Veo que ya se conocieron. Me “ivagino” que ya han hecho algo, lo noto en sus miradas de enamorados.

Dijo estas palabras, con cierta grosería y con algo de hechicería como quien adivina todo. Fernanda fue la primera en reaccionar.

– Este señor que está a mi lado, ¿es el gerente del Banco La Nación o el amigo de Canadá?

Julián se acercó hacia nosotros, nos abrazó casi uniendo nuevamente nuestros labios.

– Ninguno de los dos, este señor es alguien más especial, aunque no tenga dinero yo respondo por darle la mejor de las atenciones, y qué bueno que tú lo estés haciendo. Fernanda bajó la cabeza y se salió del anillo que estaba haciendo Julián con sus manos.

– Espero que los invitados no se demoren porque ya son las 6 y mi contrato vence a las 2 de la madrugada. Yo también necesito descansar.

– ¡Nuestro contrato! Repuso la rubia artificial, a medida que se preparaba un trago.

– Bueno, dónde está la música que la fiesta va a empezar. Dijo Julián, dirigiéndose hacia la mesa del comedor donde habían unos CD's, lo acompañé y le pregunté casi en secreto.

– ¿Quiénes son estas dos chicas?

– Son dos profesionales del sexo, y tienes que aprovechar para que tomes a la mona, es una bomba.

– Prefiero repetir con María Fernanda, tiene un color de piel canela que me enloquece. Aporté.

– ¡Ojo Juan Pablo! No olvides utilizar estas chuspitas, que llaman condones, uno nunca sabe, además por muy linda que tú la veas, recuerda que ella es una prostituta.

Quedé pensando en sus últimas palabras, no me gustó que la llamara de esa forma y repuse.

– Pienso que es más prostituto, el que paga para obtener un rato agradable, que la mujer que cobra para pasar un rato infeliz; en el hombre hay una dependencia; en la mujer hay una necesidad. El hombre entrega un dinero para calmar sus deseos y sentirse amado; el otro necesita el dinero para calmar su situación económica.

Julián miró mi rostro con asombro, se dio cuenta que la mujer me gustó y dijo.

– No quiero que me des clases de filosofía, es hora de pasarla bien y te voy a dar algo que te pondrá a pensar y te va a transportar a

la época en que de estudiantes nos trabábamos con marihuana ¿Hace cuánto que no la fumas?

– Hace 6 años, antes de graduarme de ingeniero electricista, tenía un vecino en residencias que la fumaba todos los días, y en esos días como había aprobado todas las materias, clausuré mi pieza con el humo de la marihuana.

De repente sonó el timbre.

– ¡Guardespaldas!, abre la puerta. Gritó Julián, mientras armaba un cigarrillo con la *Cannabis Sativa*.

– Don Julián, llegó Fernando. Dijo el chofer.

De inmediato, Julián proporcionó una soplada profunda al cigarrillo, me lo pasó y me envió hacia el patio, para que el olor del cigarrillo no se expandiera a lo largo del comedor. Se encaminó hacia la puerta, pero antes, se detuvo junto a la mesa del comedor, prendió la grabadora, colocó un disco compacto, se metió un chicle a la boca y luego se dirigió hacia el recién llegado.

Vi al chofer, venía hacia mí, al tiempo que prendía un ventilador.

– Siento mucho ingeniero haber hurtado su radio, pero no tenía idea que el auto era el suyo.

– No te preocupes loco, que eso ya está en tiempo pasado, lo importante es que no se te olvide entregármelo antes de irme, mi señora no sabe hasta el momento nada. En ese instante recordé que tenía familia y permiso hasta las 8 de la noche Pero con este olor me iba a tocar darme un baño antes de salir para mi casa. Le respondí después de darme la primera aspirada de marihuana.

– Deme una fumada patrón. Le pasó el cigarrillo al tiempo que le preguntaba.

– ¿Cuál es tu nombre de pila?

– Me llamo Gelbert, pero mi patrón me dice por molestar “Mister Bin”

– ¿Y eso por qué loco?

– Pues dice que soy un torpe, y lo único que hago bien es manejar autos.

– Pero manejar auto bien, no es quemarle llanta al coche como ocurrió esta mañana.

– Tiene razón, mi jefe me reprendió por eso.

Nuevamente se escuchó el timbre de la puerta, Gelbert me entregó el pucho y salió corriendo como si estuviera en una pista de atletismo, lo vi correr a lo largo del pasillo. La música sonaba exquisita, aunque no entendía ni jota, era una canción donde sonaba primero la guitarra, después los tambores, luego la flauta y por último los platillos, como una locura total sonaban todos a la vez. Entonces fijé la mirada al cigarrillo, que iba justo en la mitad y supe que ya estaba trabado. Volví a mirar hacia el pasillo y descubrí a Julián junto a tres personas, uno era calvo, gordo y de baja estatura, supuse que ese era el gerente del Banco La Nación, puesto que llevaba corbata puesta. El otro era de la misma estatura de Julián, de pelo negro, delgado, vestido de jeans y camiseta blanca, la tercera persona era una mujer joven.

Estaba solo, en este momento, tal vez, totalmente solo; sin DIOS, pero me puse a pensar y las tantas veces que leí la Biblia, y en ningún de sus capítulos, versículos, estatutos; y aun en los diez mandamientos, en ninguna línea, y en ninguna página decía que “no fumar marihuana”. Levanté la mirada al cielo, advertí la reja de seguridad tendida a lo largo del patio, absorbí lentamente una bocanada del cigarrillo, la solté de la misma forma y el humo se fue despidiendo de mis labios, haciendo figuras en el aire, distinguí un hermoso rostro y a medida que se alejaba ese rostro se transformaba en una calavera que al pasar *tras las rejas*, se desvanecía rápidamente por el contacto con la brisa de la noche. Sentí temor y no supe si estaba alucinando o era real lo que mis ojos vieron. De nuevo reparé en el cigarrillo y me di cuenta que lo había fumado casi todo, solo quedaba la colilla, esa colilla que delata a los que fuman marihuana, generalmente se queman con ella los dedos, las uñas y el bigote si lo tienen.

– Ingeniero Juan Pablo. Gritaron desde la sala. Por instantes pensé que era mi secretaria, pero recordé que hace dos meses que no la veía. Era María Fernanda que se fue acercando. Cuando estaba a un metro de mi cuerpo, fijó su mirada en mi mano derecha, donde sostenía con mis dedos la colilla del maldito cigarrillo. Dijo con tono de voz suave y mirando mi rostro.

– Tienes esos ojos rojos, deberías de usar gotas para aclararlos, se te nota que estas todo trabado.

Su voz se escuchaba lejos a pesar de estar tan cerca, pero entendí lo que decía.

– Sabes el nombre de esas gotas, las necesito para poder ir a mi casa.

Ella se aproximó más a mi cuerpo y respondió.

– Se llaman Maxitrol, pero no estás en condiciones de ir a comprarlas, necesitarías unas gafas negras para que no te delaten tus ojos.

Me quedé mirándola, aún llevaba puesto el vestido transparente; este dejaba vislumbrar su cuerpo color canela. Me percaté que el olor de su piel no era de este universo, sino una mezcla o fruto de la evaporación de la canela, la miel, la magnolia y el jacinto. Enloquecí por un momento, sentí un nudo en mi garganta; no supe si era por el efecto de la marihuana que no me dejaba ver lo que realmente estaba a mi lado, o si era esta misma droga, la que me mostraba lo que estaba frente a mi, o, si era que el sentido de mi olfato se había agudizado ante este ángel negro que estaba ante mis ojos; no supe, si estaba parado en el jardín del paraíso, o si esa esencia que ella emitía era una fracción del humo que conquista al hombre cuando está parado ante las puertas del infierno. En fin, nos observamos nuevamente sin parpadear, como quien trata de identificar las intensiones del uno o del otro con solo dar una ojeada; no supe si estaba aquí en este tiempo, las siete de la noche; si estaba en este lugar, la casa de Julián; en esta ciudad, Guadalajara de Buga; en este Municipio, Valle del Cauca; en este país, Colombia; en este continente, América, y en este mundo llamado Planeta Tierra, o, si el ahora era ahora, o el aquí era aquí. Bueno, lo cierto era que el olor de su piel era único en este cosmos nacido de la nada, y probablemente muy pronto, vuelto a la nada. Y en medio de este país, lleno de aromas, de asesinos, de violadores de niños, de secuestradores, de paramilitares, de guerrilleros, de falsos positivos de parte del ejército, de sacerdotes homosexuales, de falsos profetas, de políticos corruptos; en fin, en medio de esta Colombia de mierda, estaba naciendo una semilla, una mirada, una sonrisa y una ilusión. Probablemente, ante los ojos de los demás, esto que iba a acontecer en los próximos minutos, será llamado pecado; pero visto con los ojos de nuestras almas, con los ojos de nuestros cuerpos, esto que iba a suceder, será llamado amor, un amor indefinido, un amor sin dolor, un amor entre dos almas gemelas que se encuentran a destiempo.

Tomé de ese aire con tal profundidad, que sólo deseé retenerlo en lo más profundo de mis entrañas para guardar una fracción de su recuerdo. Su aroma de mujer era indescriptible; la deseé con tal fervor, con tal frenesí, que no me acuerdo haber ansiado a otra mujer en mi corta vida; y, si el destino me había llevado a vivir este momento tan escaso en mi existencia, tan esperado por muchos años, y estaba actualmente parado ante las puertas del mismo infierno, entonces tocaría en ella, para entrar y perderme en medio de sus piernas, y hundirme poco a poco en el fuego de sus pétalos de mujer.

Sus senos firmes tocaron mi pecho, sus labios tocaron los míos y nuestras bocas se entrelazaron en un beso largo y profundo; ella, volvió a bajar su mano derecha hacia mi pantalón y tocó lo mío. Me aparté, la cogí de la mano y la entré a un cuarto contiguo al patio; prendí la luz, cerré la puerta, besé sus senos, deslicé mi lengua por su abdomen, la volteé bruscamente, besé sus glúteos y con mi lengua recorrí sus bien torneadas piernas, mientras mi mano derecha afanosamente buscaba el vértice de sus muslos, e introducía mi dedo.

Ella acarició mi mano, la alejó de lo suyo y volteó su cuerpo; me levanté y volvimos a besarnos intensamente, mis manos tocaban todo lo que podían, su espalda, sus senos y su pelo. Ella retiró la camisa de mis hombros, me arrastró hacia la cama mientras mordía mi labio inferior, se separó, retiró mis pantalones junto con mis interiores, quedé todo al descubierto. Me senté en la cama, ella hundió sus labios en lo mío una y otra vez, se levantó, cruzó sus piernas entre las mías, se sentó y empezó a moverse lentamente haciendo juego al compás de los platillos, de la guitarra y de la flauta. Coloqué mis manos en la cama para no caer mientras nos besábamos sin control.

Miré fijamente sus ojos tratando de descifrar el hechizo que me envolvía, y me preguntaba si esta era la mujer que el destino había puesto en mi camino.

Ella respiraba agitada por su boca, colocándola sobre la mía. Sus manos se posaron sobre mis hombros, luego las deslizó sobre mi pecho y suavemente las colocó sobre mi espalda. No me atreví a cerrar los ojos para seguir soñando despierto. Me cansé de recibir su peso sobre mis manos entumecidas, dejé caer mi cuerpo sobre la cama y la abracé con ambas manos haciendo un candado con mis muñecas. Nos dimos un beso intenso que poco a poco se fue haciendo más fuerte, a tal punto de querer arrancar nuestros labios. Nuestras

almas confundidas, trataban de entender ese lenguaje mudo de nuestras lenguas húmedas.

Oleadas de placer recorrían como una corriente eléctrica nuestros cuerpos exhaustos, danzando como ejecutando una mímica simétrica que permite mirar, saborear y recorrer con deseo cada rincón, cada trozo de piel que quedaba al descubierto. Buscábamos encontrar una respuesta a la sed de ansia, de ardor, de cada beso, de cada caricia. La escena era como en una coreografía, lenta y fina. Sus labios dejaban escapar un murmullo sensual como rogándome que no acabara todavía.

Su cuerpo esbelto delineaba en su cadera el hueso sacro, que se movía rítmicamente haciendo compás con el mío y con la música que se escuchaba desde afuera. Mis labios sin descanso nuevamente absorbían con fuerza los de ella, y lentamente la efervescencia y el calor se fueron apoderando de la escena, en la que nuestros cuerpos se fundían en uno solo. El tiempo transcurría en medio de quejidos, de explosiones internas, de crujiir de líquidos, de miradas, de cambios de posiciones; entre dos almas despiertas, entre dos cuerpos calientes. Alcancé a escuchar la voz agitada de María Fernanda cuando dijo muy cerca a mi oído.

– Ya me he venido ocho veces, por favor termina tú, que no aguanto más.

Fue cuando entendí que el efecto de la marihuana había ocasionado el retardo de mi eyaculación.

Ya en la posición del misionero la besé intensamente, con mis codos apoyados en la cama y con mis manos alrededor de su cabeza fui parando de moverme; había dejado en ella la semilla de la vida, convertida en unas cuantas gotas.

Giré mi cuerpo quedando boca arriba, mirando la luz fluorescente de la lámpara que había permitido grabar en mis pupilas cada una de las posiciones, cada curva de su cuerpo y, sobre todo, dejar grabado en mi mente esos ojos negros que nunca olvidaría. Ella, mientras tanto buscaba debajo de la cama sus interiores, sus zapatos y su levantadora. Rápidamente se colocó lo poco que tenía. Me miró y sin decir nada salió a cumplir con su trabajo de prostituta, de mujer pagada por un coito, por unas caricias y por unos besos falsos que tendría que dar afuera, porque los verdaderos, los había acabado de

dejar aquí adentro; en este cuarto y en este cuerpo. Sentí celos, me pareció ridículo, puesto que apenas la estaba conociendo.

Era la primera vez que le era infiel a mi esposa Claudia y empecé a dudar de nuestro amor, siempre había pensado que aquello que ambos sentíamos, era tan fuerte que sería capaz de superar cualquier aventura, y más cuando la otra, era una prostituta.

En mi reloj eran ya las ocho de la noche, me puse de pie y ubiqué mis cosas, me las puse con rapidez. Aún sentía el mareo provocado por el paso de la marihuana por mis pulmones y mi cerebro. Salí del cuarto, mis pupilas se abrieron al ver al chofer y al presunto gerente del Banco La Nación bailando música trance, totalmente desnudos junto con María Fernanda y su amiga, quienes solo tenían puestos sus interiores tipo tanga. La música estaba suave, la luz estaba a medias gracias a unos interruptores que permiten bajar su intensidad. Las chicas rodeaban con su cuerpo los cuerpos desnudos de Gelbert y del otro. Al no ver a Julián Quiceno por ningún rincón, me dirigí hacia las gradas. Empecé a ascender por ellas, sentí que se hacían interminables, por un momento no supe si estaba subiendo o estaba bajando, cada paso era una tortura contra el tiempo y contra el espacio, me recosté a la pared. Al fin llegué al último escalón, coloqué mi pie derecho con desconfianza como si el piso se fuera a hundir, me detuve y al constatar que el piso estaba firme tomé aire y continué caminando por el corto pasillo, abrí la primera puerta que se cruzó por mi camino y mis pupilas volvieron a quedar impresionadas al ver a Julián y a dos personas más sentados en la cama contando un dinero en dólares y en cantidades que rebosaban la maleta. Julián sorprendido por mi entrada sin avisar, se paró rápidamente y dijo:

– ¡Juan Pablo, que sorpresa verte! Te presento a mi amigo Fernando Chávez y a su novia. Dijo con cierto asombro dirigiendo su mano derecha hacia el hombre de mediana estatura, pelo corto, piel oscura, nariz chata, labios gruesos y de unos 35 años.

– Mucho gusto, Fernando Chávez Perlaza, estoy a sus órdenes y le presento a Marleny, mi novia.

Ella, una muchacha con semblante de colegiala, vestida con unos pantalones cortos, una blusa pegada al cuerpo, cabellos largos, sus cejas largas servían de marco ante dos hermosos ojos que parecían salir de un lienzo; dijo extendiendo la mano.

– Mucho gusto, mi nombre es Marleny, me puedes llamar Marlen, como todo el mundo lo hace.

– El mío, Juan Pablo Méndez Rengifo, que pena haberlos interrumpido, al no verte Julián, te busqué para decirte que ya es tarde y debo irme.

– Pero hombre, como se te ocurre decirme eso, quedamos en que te iba a presentar al banquero, a mi amigo Fernando y no has hecho sino que culiar con una de mis chicas, no me parece bien que te vayas ahora que apenas empieza la rumba. Contestó Julián nuevamente con grosería. Me hizo sentir mal ante sus acompañantes, él tenía toda la razón.

– Bueno me quedo otro rato, pero más tarde me regalas una llamada para comunicarme con Claudia.

– *Very good my friend, let's go².*

Dijo Fernando Chávez y Julián procedió a meter el dinero entre la maleta y a esconderla entre la parte alta del closet. Salimos abrazados en parejas, Fernando con su novia y Julián y yo. Bajamos las gradas en un tiempo menor al que utilicé para subir. La sorpresa para mí fue grande cuando todos vimos que el chofer y el Banquero habían improvisado en el piso un colchón, ambos estaban acostados en dirección opuesta, mientras que las dos chicas encima de ellos hacían lo que sabían hacer con sus cuerpos. Julián sin sorprenderse les dijo.

– Veo que ya han empezado, pero sigan que nosotros nos vamos para el patio a prepararnos un marihuano.

Pasamos por encima de ellos, dando cada uno un salto, Julián se acercó a la mesa del comedor, preparó tres copas con aguardiente, nos las pasó a cada uno, luego abrió la gaveta del bife, sacó un cigarrillo de marihuana, prendió un fósforo y aspiró con fuerza para que él tomara impulso y no se apagara.

– Muchachos vamos para el patio, así el humo saldrá por la reja y mañana la gente del barrio no diga: “Julián anoche, fumó Marihuana”.

Volteé y vi como María Fernanda me observaba mientras tenía sexo con el chofer. Ella parecía no disfrutar de lo que hacía y por instantes me sentía igual.

² Muy bien mi amigo. Vámonos.

Seguimos a Julián hacia el patio, en su recorrido él cogió un pequeño ventilador, que estaba conectado a un tomacorriente con una extensión tan larga que permitía trasladarlo a cualquier parte. Allí prendió el aparato y ubicó sus aspas mirando hacia arriba; con el objeto de que la fuerza del aire levantara el humo de la marihuana. Cada uno de nosotros se recostó en la pared de ladrillo. Como el patio era angosto nos ubicamos en parejas, Julián y yo a un lado, Marleny y Fernando al otro. Mi amigo aspiró por segunda vez el cigarro y con todo el humo retenido en sus pulmones habló con la voz recortada.

– Primero las mujeres, Marlen, toma.

Se acercó a ella y mientras con su mano derecha le pasaba a Fernando el cigarro, con su boca dejaba toda la bocanada en los labios de Marleny. Por instantes pensé que estaba nuevamente alucinando, ya que después de dejar el humo en sus labios, siguió besándola por el cuello, abrió su blusa, subió su brasier y procedió a besar sus senos, estos eran grandes para ser una adolescente. Perplejo miré a Fernando esperando alguna reacción, pero él se encontraba observando todo, mientras contenía el humo del cigarro. Luego se percató de mi presencia y dijo.

– *Do you want?*³

– No, ya he fumado demasiado y de pronto me enloquezco, además hace rato tuve una alucinación vi un rostro bello y luego se volvió calavera.

Él replicó.

– No te estoy ofreciendo marihuana, te estoy ofreciendo a mi chica, si te gusta te puedes acercar y gozar un poco de ella.

– Gracias Fernando, pero ya he hecho el amor dos veces y creo que esta noche no voy más.

Julián continuaba besando a la chica, mientras ésta le acariciaba la cabeza, Fernando observaba la escena como si le causara cierto placer. Tratando de ignorar lo que sucedía, pregunté.

– Tu apellido Perlaza, no lo había escuchado antes por estos lados. ¿De dónde es?

– Pues mi pana, imagínate de dónde, de Buenaventura, mi tierra natal.

³ ¿Quieres?

Mientras decía esto, le pasaba el cigarrillo a Marleny, quien aspiró fuerte en dos ocasiones demostrando amplia experiencia como adicta. Julián ya no estaba concentrado en sus senos, sino en quitarle los pantalones cortos, Marleny por su parte no trataba de esquivarlo, por el contrario, colaboraba con su mano libre para acariciarlo.

—¿Tu conoces Buenaventura viejo? Preguntó Fernando mirando la escena, al tiempo que se metía la mano por entre sus pantalones.

—Estuve hace un año, en un curso sobre redes de alta y media tensión que nos dio la empresa electrificadora donde trabajaba.

—¿Cómo así mi pana que tú eres ingeniero eléctrico? A mí me hubiera gustado estudiar esa profesión, pero mi padre tuvo muchos hijos y solo trabajaba para darnos la comida.

Mientras charlábamos, vi que Julián ya le estaba haciendo el amor a Marleny. Ella expedía quejidos de placer y había subido sus piernas abrazando la cintura del cuerpo de Julián, sus manos colgaban de su cuello y sus bocas se unían en un solo beso. Julián con la camisa desabrochada, los pantalones en los tobillos y las manos debajo de los glúteos de ella movía su cintura con gran rapidez, ocasionando un golpeteo por la acción y reacción de sus cuerpos.

Fernando continuaba masturbándose con una mano mientras con la otra sostenía el cigarro.

La música sonaba al fondo, el humo del cigarrillo se terminaba, los quejidos de María Fernanda y su amiga se confundieron con los de Marleny y Julián, como si todos se hubieran puesto de acuerdo para terminar al mismo tiempo. Fernando mientras tanto movía más rápido su mano debajo del pantalón gozando así, del placer de ver a su novia en manos de otro.

El teléfono sonó. Por un momento pensé, ¿será mi mujer?, pero recordé que ella no conocía el número de este teléfono y menos la dirección de donde me encontraba. Me dirigí a buscarlo no sabía su ubicación, me guíé por el ruido hasta que lo encontré en la cocina.

—Aló, ¿a quién necesita? Dije elevando la voz, pues el ruido de la música y los gritos de las muchachas estaba ya en su máximo nivel.

—¿Con quién hablo?

Escuché desde el otro lado de la línea, era la voz de una mujer.

– Habla con un amigo de Julián Quiceno, ¿necesita hablar con él?

– Si señor, hágame el favor y le dice que es de su ex esposa desde Canadá.

– Espere un momento se lo llamo, no cuelgue.

Bajé el auricular, salí de la cocina y me tope con María Fernanda, que se dirigía hacia el baño ubicado debajo de las gradas, estaba desnuda y con sus prendas íntimas en las manos, pasó por mi lado con la cabeza baja como si yo la fuera a juzgar por lo que acababa de hacer. El banquero y la rubia también pasaron por mi lado ambos con una copa de aguardiente, pasaron abrazados, riéndose y totalmente desnudos, dirigiéndose hacia la sala principal, la cual se ubicaba en la entrada de la casa. Me acordé de repente que era a Julián que necesitaban por teléfono desde el exterior, giré el cuerpo hacia la izquierda dirigiéndome hacia el patio. Julián ya había terminado, se encontraba subiéndose el pantalón, Marleny ya no estaba en el aire brincando de placer, ahora estaba desnuda y arrodillada atendiendo a Fernando.

– Julián te necesitan por teléfono, es tu señora, perdón, tu ex esposa desde el Canadá.

– Voy mijo, pero prepáranos a todos unas copas de aguardiente. Dijo Julián al tiempo que se encaminaba hacia la cocina. Por instantes no supe si hacerle caso de inmediato o esperar a seguir observando lo que hacía Marleny ahí arrodillada sin nadie obligarla y dando muestras perfectas de no ser una niña; sino una mujer. Por momentos entendía que las adolescentes buscan en los hombres mayores el afecto que no tuvieron de sus padres; pero ¿qué buscan los hombres mayores en las adolescentes? ¿Acaso ser el primero o sentir con el contacto de ellas, la juventud que se aleja con los años? Estaba en todas estas conjeturas cuando escuché.

– Juan Pablo. Gritó Julián.

– Voy.

Me retiré caminando hacia atrás, mirando por última vez aquella escena de la cual me hubiera gustado ver el final. La maldita lujuria me tenía atrapado.

Julián se encontraba al fondo de la sala sentado en el sillón grande con el banquero y la rubia, Gelbert y María Fernanda baila-

ban, semidesnudos, un disco titulado: “Dime que quieres” del Gran Combo. Julián hizo señas con la mano para que me acercara y dijo.

– Amigo Juan Pablo te presento a Armando Cabal, gerente del Banco La Nación de Cali.

Éste totalmente desnudo extendió su brazo derecho mientras con el izquierdo sostenía la copa de aguardiente, estrechamos las manos.

– Disculpe señor, pero es la primera vez en mi vida que me presento desnudo.

– No se preocupe don Armando, eso demuestra que no tiene nada que ocultar.

Todos reían sin control y al rato asintió Julián.

– Todo un gerente, de un Banco tan importante, y lo tenemos aquí desnudo y pelado.

Nuevamente soltamos en carcajadas. En ese momento se acabó la música y Gelbert se dirigió a cambiarla. Aproveché para acercarme a María Fernanda.

– Quieres un trago Fernanda.

– No tomo aguardiente ni tampoco fumo marihuana, solo tomo agua.

– Bueno entonces déjame ofrecerte un vaso, acompáñame a la cocina, porque si no Gelbert te vuelve a coger y no vamos a tener oportunidad de hablar.

La cogí del brazo derecho y mientras nos dirigíamos a la cocina observé que venía Marleny y Fernando Chávez. Marleny se dirigía hacia el baño desnuda, con su mano izquierda sostenía sus prendas sobre su pecho y con la otra se tapaba la boca. Por mi mente pasaron cantidades de imaginaciones eróticas, de pasiones olvidadas y deseos de hacer lo mismo con Fernanda en la cocina. Fernando se nos acercó.

– Y esta preciosa, cuando me la van a presentar.

– Ella es María Fernanda, vino a alegrar a los invitados. Dije.

– Mucho gusto nena, mi nombre es Fernando Chávez Perlaza, nacido en Buenaventura; y ahora quisiera morir entre tus brazos.

Fernando se acercó y con sus dos manos cogió las mejillas de Fernanda, le dio un beso en medio de sus labios, sentí que iba a perder mi turno, pero ella tomó con fuerza mi brazo derecho y me arrastró hacia la cocina, sin antes decir:

– Disculpe don Fernando.

Tomé aire y lo solté en señal de victoria. Llegamos a la cocina, abrí la nevera, saqué el porrón de agua y le serví en un vaso, lo pasé a Fernanda al tiempo que preguntaba.

– ¿Cómo te has sentido?

– Bien y mal. Respondió, mirándome a los ojos. Me acerqué y le di un beso suave en los labios, nuestros pechos volvieron a hacer contacto como la primera vez que nos conocimos en ese mismo sitio.

– ¿Por qué bien y por qué mal?

– Mal porque lo conocí a usted, y bien porque me han atendido, junto con mi amiga, muy bien.

Por momentos no entendí su respuesta, había algo contradictorio, ella bebía el agua y mientras me miraba, supe que a pesar de que había llegado a hacer el amor con el que le tocara, era yo el afortunado de conquistar su corazón, al menos por esta noche.

– ¿Por qué dices que mal, no será lo contrario?

– ¡No, señor!

– Explícame, que no entiendo

Mientras dejaba el vaso en el mesón de la cocina, acto seguido colocó sus manos en mi cuello y acercó su cara, al lado de mi mejilla, para decirme al oído.

– Te puedo decir un secreto.

– Claro, dime.

– Pero es un secreto, sin que te vuelvas presumido. ¿Lo prometes?

– Lo prometo.

– Eres con el único hombre con el que he tenido ocho orgasmos en sólo una hora. Fue algo tan hermoso que ni con mi marido lo había llegado a conseguir.

– ¿Tienes Esposo?

– Lo tuve; ahora está muerto.

– ¿Hace cuánto lo perdiste y cómo?

– Es una historia larga, pero voy hacer una excepción contigo. Él trabajaba con un duro de Cali, le pagaban bien. Cada uno tenía nuestro auto, también una casa y un hijo. A raíz de la persecución de la policía a todos los narcotraficantes del Valle, mi esposo y el patrón cayeron en una emboscada en una de sus fincas. Hubo una

plata que se perdió y para callar todo fueron asesinados, sus cuerpos fueron entregados a la justicia; mas no el dinero.

– Lo siento, mucho.

– Ocurrió hace un año.

– ¿Qué pasó con los autos y la casa?

– Esa es otra historia, los hermanos del narcotraficante al quedar endeudados, optaron por expropiar mis cosas ya que estas fueron conseguidas con dinero del patrón.

– Y por esto te toca trabajar para sostener a tu hijo, ¿cierto?

– A mi hijo de 4 años, a mi madre de 50 y a mi padrastro que está sin trabajo.

– Ahora entiendo, si la gente supiera las historias de cada una de ustedes, seguro no las rechazarían y criticarían por lo que hacen para poder vivir. No has dado respuesta a mi pregunta inicial, ¿por qué dices que mal por conocerme?

– Porque lo menos que uno desea, en este trabajo es enamorarse de un cliente y más si es un hombre ajeno. ¿O acaso usted no es casado?

Nos miramos fijamente y deseé por un instante decirle que no, que era un hombre libre, que la estaba esperando por años, que sus hermosos ojos negros, su pelo largo y su piel canela despertaron las emociones escondidas que un hombre podía desear en una mujer. Pero era mejor no mentir, y menos cuando uno lleva un anillo dorado adornando el dedo de la mano izquierda.

– Si, soy casado y tengo dos hermosas hijas; una se llama Manuela y la otra Daniela.

– ¿Cuántos años tienen?

– Manuela tiene cinco añitos y Daniela tres.

Estábamos abrazados como dos viejos amigos, como dos amantes que se conocieran hace años, cuando nuevamente Julián nos sorprendía con las manos en la masa.

– ¡Ah, pillados!, así era como los quería ver, enamorados, eso esta bien, solo que ahora estamos en horas de trabajo y la clientela la solicita. Si quieren pueden verse en Palmira, cuadrar una cita amorosa o lo que sea pero necesito esta nena.

No había caído en cuenta preguntarle de donde era ella. Julián se metió en medio de los dos y tomándola del brazo salieron de la cocina.

Tomé un poco de agua ya que tenía la garganta seca. Vi mi celular encima de la nevera, intenté recogerlo pero decidí hacerlo cuando fuera hora de irme. Salí de la cocina y advertí como en el colchón que inicialmente habían improvisado el chofer y el banquero, ahora estaba ubicado en medio de la sala y en el estaban Fernanda y Marleny, arrodilladas una frente a la otra, inicialmente se acariciaban con sus manos, luego con sus labios y poco a poco se iban desnudando. Alrededor de ellas estaban sentados en los sillones de la sala Julián, Fernando, Armando y Gelbert, embelesados viendo, bebiendo, fumando y riendo. Del baño salió la rubia peli teñida. Acercándose me dijo.

– ¿Por qué has estado tan aislado de todos nosotros?

– Lo que pasa es que no estoy acostumbrado a este tipo de reuniones y me siento mareado y cansado. ¿Cómo te llamas? Pregunté mientras ella recogía su cabello con un gancho.

– Mi nombre artístico o mi nombre de nacimiento.

– Los dos.

– Mariana el artístico y Adriana el segundo.

– Y ¿cuál es el verdadero nombre de María Fernanda?

– Ella siempre se presenta con su nombre verdadero. ¿Te gustaría que te atendiera?

Dijo colocando sus manos en mi pecho.

– No, soy hombre de una sola mujer

– ¿De quién, de tu esposa?

– No, de María Fernanda.

Ella quitó sus manos de mi cuerpo y se alejó hacia Fernando, quien le hacía señas para que se acercara.

Ella se aproximó a él, y éste la colocó en la misma posición en que tenía hace un rato a Marleny. Me acerqué a Julián, él estaba cerca de Armando, y dije.

– ¿De quién fue la idea de colocar las dos chicas a que se besaran?

– De Fernando, como puedes ver, él se estimula cuando está viendo, de lo contrario no se le para nada. Además te cuento que él está pagando todos los gastos de esta fiesta y la plata que viste en la habitación es el fruto de uno de sus viajes al país del norte.

– ¿Cuánto dinero hay en esa maleta?

– Justo cuando llegaste de imprevisto, había contado alrededor de US900.000

– ¿Julián, y todo eso es de Fernando?

– Casi todo, la mitad de él, el resto de mi persona y de Armando, este último lava el dinero a través de su banco. Contestó Julián.

– ¿Y cuánto se gastan en esta reunión?

– Has la cuenta: las dos chicas un millón, el trago medio millón, la comida y el vicio otro medio millón.

– ¿Todo eso cobra cada chica?

– ¡Claro! Menos la novia de Fernando, ella no le cobra, pero con toda la perica que mete, le sale más cara.

– ¿Chávez es casado o soltero?

– ¿Tu que crees? Es separado. Su ex esposa vive en Tuluá y tiene un negocio de venta de materiales eléctricos. A él siempre le gustó la electricidad.

– Eso me contó hace rato.

– Ven Juan, charlemos con Armando que el te puede dar una manito a tu situación económica.

Este se encontraba fumando un puro, sin camisa y con pantaloncillo blanco que dejaba ver una descolgada barriga fruto del trabajo de escritorio y de poco ejercicio.

– Don Armando. Dijo Julián. ¿En qué le podemos ayudar a este ingeniero desocupado?

Armando se hizo a un lado del sillón, me invitó a sentarme y dijo: “muy sencillo, puedes pedirme que te haga un préstamo por tres o cuatro millones a dos o tres años, me firmas un pagaré y en solo un día te soluciono parte de tus preocupaciones”.

– ¿Necesito fiadores para este préstamo?

– No amigo, basta con que Julián se comprometa conmigo de que no vas a quedar mal en las cuotas mensuales y con eso es suficiente.

– No se diga más y brindemos por esto. Repuso Julián levantándose del sillón y en cuestión de segundos sirvió dos copas de aguardiente, las copas chocaron en el aire, el aguardiente salpicó el piso y el resto terminó en la boca de los festejantes.

– Oye Juan, tú eres el único que no se ha quitado la ropa. Acotó Armando, a lo que repuse.

– Lo que pasa es que ya me tengo que ir, no le dije a mi esposa para donde iba y ya debe estar preocupada. ¿Qué hora es?

Julián ojeó su reloj y dijo: “apenas son las 1:00 de la mañana”

– ¡Cómo! Pero si hace un rato eran las 8 de la noche. Julián y Armando rieron a carcajadas a tal punto que acapararon la mirada de Fernando, Gelbert, Adriana, Fernanda y Marleny. Las chicas pararon su escena de lesbianismo, creyeron que era de ellas que se estaban riendo. Gelbert se paró y caminó hacia el equipo de sonido, inmediatamente empezó a sonar el disco de moda titulado “hey sexy lady featuring shaggi”. Fue una locura colectiva, todos salieron a bailar uno detrás de otro, encabezaba el tren humano Adriana, detrás de ella Armando, luego Fernanda, después Julián, seguido de Marleny y por último Gelbert. Aproveché este instante para abrir la puerta de la calle, la cerré percatándome de que nadie fuera a verme. Salí y la lámpara del alumbrado público dejaba ver la fila de autos estacionados al borde del andén. Primero estaba el mío, después el de Julián, y detrás otros dos autos último modelo, uno color blanco y el otro verde oscuro. Abrí la puerta de mi auto, lo arranqué y al alejarme la música dentro de la casa se fue despidiendo poco a poco. Bajé por la empinada falda que caracteriza la entrada del Barrio Alto bonito. Tomé por la calle octava, crucé para continuar por la calle séptima. Las calles estaban solas, todos sus habitantes dormían en sus casas. ¡La una de la madrugada! todavía no lo podía creer. Empezaron las preguntas del caso ¿Por qué no llamé a Claudia? ¿Cómo me metí en todo este enredo? ¡Mi celular!, maldita sea, no lo tengo en el auto. ¿Dónde se me habrá quedado? En todas estas conjeturas estaba cuando hice el pare de la calle séptima con carrera doce; pasé el semáforo en rojo, crucé por la carrera trece, pasé por el Banco de Colombia y noté su largo corredor totalmente atiborrado de personas durmiendo: niños y campesinos desplazados por la violencia rural, ahí tendidos y a sólo unos metros de su posición se encontraba una inmensa bóveda repleta de dinero. Todas las noches acostumbraban dormir en ese sitio y como una ironía de la vida y de la pobreza en que vivían, vigilaban el dinero del Banco, fruto de la recolección de los impuestos que percibía la Alcaldía de Buga. Recordé que en esos días se había dado una masacre en la zona rural; en la vereda de Alaska un grupo de uniformados con lista en mano fueron llamando a sus pobladores y una vez juntos procedieron a matarlos. La guerrilla culpó al ejército; el ejérci-

to culpó a las autodefensas, las autodefensas culparon a la guerrilla y fueron 28 campesinos que murieron sin culpa. El holocausto nazi a veces vive entre nosotros, recordé la película “la lista de Schindler”. La marihuana empezaba a alejarse de mi cuerpo y con ella mis últimos pensamientos. Pasé con cuidado el semáforo en rojo de la carrera 13 con calle 6, constaté que en la entrada del Banco de Bogotá dormían más campesinos, dormían como muertos: unos cubiertos con cartones, otros con trapos y el resto con plásticos; pensé que en cierta forma ya estaban muertos, muertos en el olvido ante la mirada del transeúnte, muertos por nuestros dirigentes políticos, muertos en vida.

Recordé que anteriormente, cuando se daba inicio a las fiestas de cada año, el trago más amargo era el drama que vivían los bobos, los mendigos y desplazados. Algunos alcaldes tenían el vicio de mandarlos a recoger en volquetas y eran llevados a otra parte; esto se hacía con el propósito de que los turistas no vieran la realidad rutinaria de sus calles, para que no se sintieran mal, para que continuaran disfrutando de las ferias; para que por las noches de rumba, estos desgraciados que andaban sin rumbo por las calles, no durmieran en las bancas de los parques, para que no se aglutinaran a dormir en las entradas de los bancos, para que no dieran un mal aspecto ante el ojo ajeno. Recuerdo una conversación que tuve con un amigo: le decía que cuando tuviera dinero, mandaba a recoger a estos personajes típicos y les daba una comida y un sitio donde dormir. Él repuso: “si tuviera plata, los mandaba a recoger a todos y les daba bala para que se fueran de una vez por todas de este mundo y así quitarle tamaña carga a la sociedad“. Creo que mi amigo con este pensamiento, debe de tener su cupo en el infierno. Al menos en la época de los romanos, cada Emperador, sí les daba importancia a estos desdichados: Los mandaba a recoger, fueran esclavos, hambrientos o leprosos de la ciudad. Les daba un baño, los alimentaba por un corto tiempo con el propósito de que en las fiestas que se daban en los circos romanos, intentaran defenderse de las fieras hambrientas. Con esto, el Emperador les daba a entender, que estaban vivos, que eran importantes para él, y que sin ellos, las festividades no serían igual.

Esa marihuana estaba muy fuerte y los pensamientos se me alborotaron junto con mis nervios, era el sereno de la noche y el no saber que excusa dar a Claudia cuando la viera. Continúe por la carrera

13, detuve el auto en la esquina de la calle 5, miré para ambos lados, la casa de mis suegros estaba ubicada a solo dos cuadras de esta esquina, bajé por esta calle hasta la carrera 17, vi la puerta de mi casa, estacioné y la luz de la casa se prendió. Sentí un susto, sabía que Claudia no había podido dormir. La puerta del garaje se abrió bruscamente, era ella, estaba vestida con un pantalón verde y blusa del mismo color, entré el auto al garaje. Claudia estaba muda, esperó el momento justo en que cerré el portón.

– ¿Sabes qué hora es? ¿Dónde estabas? Pero habla no te quedes como mudo. Dijo moviendo los labios y con los dientes apretados, su desfigurado rostro mostraba lo enojada que estaba, atiné a responder.

– Claudia me encontré con Julián, me invitó a su casa, nos tomamos unos tragos, me presentó a unos amigos y el tiempo se me pasó volando.

– Y ¿para qué diablos se inventaron los teléfonos? Te he llamado al celular miles de veces. ¿Dónde lo tienes?

Claudia se acercó, metió su mano por mis bolsillos traseros y dijo.

– Estas pasado a trago, a cigarrillo y quien sabe a que más.

– Mira Claudia, el celular se me quedó donde Julián, mañana voy por él.

– Y ¿por qué no vas ya mismo? Adujo levantando la voz y con el Grisales fuera de borda.

La familia Grisales siempre se había caracterizado por tener un temperamento propio de ellos.

– Mira Claudia, por favor no vayas a empezar con tu mal genio. Dime ¿cuántas veces en el año me he ido a tomar desde que nos conocemos? ¿Acaso no es esta la primera vez?

– Si, es la primera vez, pero esta vale por mil, mírame, ya iba de salida para el hospital, para la policía, para...

El llanto ahogó sus palabras, me sentí culpable pero no me atreví a tocarla, su fino olor y su sexto sentido podría delatar el cigarrillo de marihuana que fumé y el perfume de María Fernanda en mi cuerpo. Me encaminé hacia el comedor y nuevamente escuché su voz ahogada en llanto.

– Ni siquiera me has preguntado lo que dijo el médico de Manuela. Nuevamente el sentimiento de culpa volvió a tocarme.

– ¿Qué dijo el médico? ¿Pasa algo grave? Claudia sin decir nada se dirigió al cuarto de huéspedes, cerró la puerta con fuerza. Fui al cuarto de las niñas, toqué el rostro de Manuela y constaté un ligero calentamiento de su piel, tenía sus manos pegadas al pecho y su cuerpo en posición fetal. Volteé a mirar a Daniela, estaba como siempre desarropada, tomé la cobija y la abrigué hasta la altura de sus orejas. Me senté en su cama, contemplé a Manuela y nuevamente la culpa se hizo presente. Cubrí mi rostro con las manos, cerré mis ojos con fuerza y se escurrieron dos lagrimas, las limpié con mis dedos, sentí el olor a cigarrillo y a marihuana, salí del cuarto, entré al baño, lavé mis manos, cepillé mis dientes dos veces y terminé en mi cama con la ropa puesta pues el cansancio fue más fuerte que la voluntad.

Amaneció, miré el reloj digital ubicado en la pared.

– ¡Las 10 de mañana! Dije con voz recortada. Me senté, caminé hacia el baño, cepillé mis dientes, salí y no vi a Claudia, ni en la cocina ni en la sala ni en la pieza de huéspedes, la cual estaba abierta.

Fui hasta el teléfono, busqué en mi bolsillo la tarjeta que me diera Julián, marqué el número, sonó varias veces y no obtuve respuesta, colgué, fui a la cocina y preparé café, lo acompañé con tostada. Todavía no podía creer todo lo ocurrido la noche anterior en esa casa, era como Sodoma y Gomorra; la pasión, el trago y el vicio, todos encerrados en cuatro paredes, y en pleno siglo veintiuno. Ese era el mundo de Julián y de muchos narcotraficantes. Me acordaba de todo; de cada fumada, del hermoso rostro que se volvió calavera, de cada trago, de cada beso con María Fernanda, de lo que hicimos en la cocina, en la cama, de nuestra charla. Pero me había olvidado pedirle su número telefónico y dirección. Miré nuevamente el teléfono, pensé en volver a llamar, pero seguro estarían durmiendo. Empecé a desvestirme, metí todo a la lavadora, la coloqué en bajo, la prendí y resolví bañarme para salir donde Julián.

Saqué el auto, conduje por la calle primera, pasé el patinódromo, seguí derecho, divisé a la distancia el árbol que se levantaba como un hongo gigantesco y daba sombra a la entrada de la portería de la empresa que por años me había dado para el sustento. Hice el mismo recorrido de la noche anterior. Llegué a la casa de Julián, su auto no estaba y supuse que él tampoco. Toqué, y para sorpresa era Julián Quiceno.

– ¡Hola amigo! Te nos volaste anoche.

– ¿A qué hora te diste cuenta que faltaba?

– Nos dimos cuenta por María Fernanda, ella fue la única que supo el momento en que te fuiste.

– ¿A qué hora se fue ella? Pregunté al tiempo que entraba a la cocina a buscar mi celular. Julián salió del baño y con el cepillo en la boca dijo.

– Acabó de salir con Gelbert en mi auto para la estación.

Coloqué mis manos a la cabeza y dije.

– Si me hubiera bañado más rápido, la habría visto.

Julián sacó el cepillo de su boca, escupió la crema dental en su mano izquierda y comentó.

– Y seguro la habrías montado nuevamente.

Caminé hasta donde estaba Julián y con el celular en la mano, añadí.

– ¿Tú lo hiciste?

Él se dirigió al lavamanos, se lavó y dijo.

– Yo no, pero Gelbert sí. No te sientas mal, mira te dejó un papelito con su número de teléfono y su correo electrónico.

Sacó de su bolsillo una servilleta, la tomó y observé que fue escrito con lápiz labial color rojo.

Julián se dirigió hacia la cocina y apuntó.

– ¿Quieres tomar un trago: aguardiente, cerveza o gaseosa?

– Prefiero una soda con alkaseltzer. Agregué mirando el celular y confirmando lo que Claudia había dicho, 20 llamadas perdidas, aproveché y grabé el número del celular de María Fernanda con la sigla MF, al tiempo que dije.

– Hola Julián, ustedes con todo ese dinero que vi anoche, ¿cómo es que viven en este barrio?

– Ahí esta la clave viejo Juan, no aparentar ante los demás que eres un millonario, esas eran otras épocas, donde el mafioso vivía en la casa más bonita de la ciudad y tenía los mejores autos, lo que no hemos dejado es el vicio de andar con las niñas más lindas. A propósito ¿Cómo te fue con tu esposa, que historia le inventaste? Dijo trayendo la soda que colocó sobre la mesa, sacó del bife la pasta de alkaseltzer.

Nos sentamos y comenté.

– Le dije la verdad y se enojó.

– Tranquilo Juan, hoy día la mujer que no joda es porque es hombre o tiene otro y esto es una herencia del progreso en la educación, ocurre aquí en Buga, en Canadá y en casi todo el mundo.

– Claudia a veces se sobrepasa, con decirte que ni siquiera puedo mirar a una mujer que pasa, porque ya empieza hacer mala cara.

– Te comprendo, porque las dos mujeres que he tenido son como la tuya, uno prefiere vivir solo y en paz, a que lo quieran estar manipulando o regañando como a un niño. La mayoría de los hombres se aguantan esta situación, pero llega el día en que nos aburrimos.

– Fíjate que una vez íbamos en el auto, pasó una linda chica en moto, era morena, de pelo largo y un cuerpo escultural, la seguí con la mirada y ¿sabes qué me dijo?

–! No ¡ dime

– Dijo: “Este cuentito de estar viendo a las muchachas que pasan, se tiene que acabar”.

– ¿Y tú que le dijiste? Preguntó Julián

– Primero sentí una corriente que me atravesó de lado a lado, cosa que como ingeniero electricista nunca había sentido, entonces arrinconé el auto al andén y le dije mirándola fijamente: “el hombre casado que no mira, es porque tiene moza”

Julián soltó en risa colocándose las dos manos en medio de sus rodillas, y continuó diciendo.

– Bien hecho. ¿Qué pasó después?

– Ella se quedó seria y creo que me dio la razón, ya conocía muchos casos donde el esposo tiene dos mujeres: la de siempre y la otra.

Julián prosiguió.

– ¿Sabes qué me dijo mi padre un día que estábamos hablando sobre este tema?

Me quedé en silencio esperando la respuesta.

– Dijo: “la mayoría de las mujeres se creen dueñas de sus esposos y de sus hijos, pero lo que no saben es que el único dueño de todos es Dios, desde el mismo instante en que empiezan a pensar en esto, desde ese instante empiezan a perderlos”

Hubo entre los dos un silencio tratando de entender las sabias palabras de su padre, y si la experiencia lo había llevado a entender esto, era por algo. Julián fue el primero en articular palabra.

– Todas se enojan pero al final ceden.

– Claudia es diferente, ella cuando se enoja dura semanas y a veces meses, con decirte que no se habla con su hermano mayor desde hace años.

Julián prendiendo un cigarro exclamó.

– ¿Y eso por qué? ¿Pasó algo grave?

– Solo pasaron dos cosas; una fue que hace años me humilló con un auto que me prestó y la otra porque a pesar de vivir tan bien gracias al negocio de la familia, no les participa de las buenas utilidades que deja el granero al año.

– Bueno, ¿por qué no hacen algo al respecto? ¿Acaso no tienen lengua?

– Él se hace el enojado para que no le hablen y para que no le reclamen. A esto súmale que la esposa le pone quejas de los empleados y con cada chisme como que lo está matando.

– ¿Y quién es esa mujer, la conozco?

– No creo. Pero de lo que sí estoy seguro es que fueron hechos el uno para el otro.

– Y eso de que lo está matando, ¿cómo lo sabes?

– “Entre cielo y tierra no hay nada oculto” nos dimos cuenta por los mismos empleados de que está enfermo, le dan cólicos, dolor de cabeza y un vómito que no se le cura con nada, con decirte que ha ido varias veces a Estados Unidos, se ha hecho cantidades de exámenes y ni así los médicos han dado con la enfermedad.

Julián aspirando ya la colilla del cigarro dijo.

– De seguro le falta hacerse el examen de conciencia, ya que esta la tiene enferma, si hubiera entregado a sus hermanas lo que por derecho les corresponde de la fortuna que ha gastado, se sentiría mejor. ¿Qué pasa si tu cuñado se llega a morir? ¿A quiénes les quedan los graneros y sus propiedades?

Noté que mi amigo, estaba bien informado de los acontecimientos de mis suegros, y comprendí que en una ciudad pequeña lo que tú hagas, lo que tú digas, tarde o temprano todos se enteraran. Voltee a mira a mi amigo y aporté:

– Supongo que sus pertenencias le quedan a su esposa e hija, pero como ella no tiene cabeza para manejar un negocio, lo más seguro es que éstos vuelvan a manos de mis suegros y sus hijas. Repuese mirando a Julián, que se rascaba la cabeza.

– Entonces ¿le mandamos a “hacer la vuelta” a tu cuñado?

Supé de inmediato que esta palabra era usada por los sicarios cuando querían eliminar a alguien, le seguí la corriente a lo cual aduje. - ¿y si así fuera, cuanto me costaría?

– hay un problema

– ¿Cual?

– Que es necesario acabar con toda la familia.

– ¿Y eso por que?

– Así funciona, si dejas uno vivo, después vienen las venganzas.

Entonces quedé cavilando, y de solo imaginar, que era necesario terminar con la vida de Maria Natalia, la hija de Alberto; nunca me lo perdonaría. Comprendí la gravedad de esta conversación, y advertí.

– No, hasta allá no soy capaz de llegar, si así fuera, estoy seguro que Dios me castigaría.

– ¿Y por qué Dios no hace nada para cambiarle a tu cuñado la forma de pensar y de actuar?

– No lo sé, pero además quién puede saber lo que Dios le tiene preparado y creo que si ese milagro se diera, lo primero que debe hacer Dios es cambiarle a su esposa la forma de ser, según comentarios, es ella la que lo volvió así.

Julián colocándose la mano derecha en la barbilla preguntó.

– ¿Tú crees en Dios?

Lo miré e imitando con mi mano derecha su posición, y con mi mano izquierda debajo de la axila derecha dije.

– A veces tengo mis dudas.

– Creo que sí crees en Él, de lo contrario no le tendrías miedo a su castigo. Si me das tu autorización de “hacer la vuelta” yo te hago el favor, no te cobro ningún peso, y serán muchos los pesos que vas a ganar, probablemente termines administrando uno de los graneros.

Ya incómodo con el tema aduje.

– Además Julián mi esposa dice que “si nacimos sin nada; así mismo vamos a morir”.

Julián repuso inmediatamente.

– Tienes razón, pero recuerda que tienes dos hijas y lo que uno deja en este mundo material es para los hijos, para que luego no se prostituyan por unos pesos o ¿por qué crees que hay tanta prostitución en nuestro país? Porque sus padres no pensaron en ello.

Buscando cambiar de tema pregunté.

– ¿Cómo van esos envíos?

– Van bien, estamos pensando en realizar uno a Miami, tenemos todo comprado.

– ¿Y siempre han usado este método?

– No, este método es viejo, anteriormente lo hacíamos vía marítima pero ya nos tienen descubiertos.

– ¿Y eso por qué?

– Es un poco largo y también es algo secreto, como para contártelo.

– Cuéntame. Tengo tiempo y sabes que puedes confiar en mí.

– Okey te voy a contar con pelos y señales ya que eres de confianza. Primero construimos una lancha rápida que llamamos ‘gofast’ y que vale aproximadamente trescientos millones.

– ¿Por qué tanto dinero?

– Porque se construye en secreto, con cuatro motores que valen cada uno \$20.000.000. Esta lancha corre a una velocidad de 60 millas náuticas cuando está vacía, y cuando va cargada con 2.500 ó 3.000 kilos de cocaína su velocidad es de más o menos 35 millas náuticas.

– ¿Cuánto vale un kilo aquí y cuanto allá?

– Aquí vale \$7.500.000 y allá vale US16.000 el kilo.

– ¡Me sorprendes! ¿Cómo hacen para sacarla del sitio donde la elaboran y luego enviarla?

– Ese es otro paseo. Si la sacamos por Buenaventura hay que pagar a la guerrilla US60 por kilo, si lo hacemos por el Chocó toca pagar la misma cantidad pero a las autodefensas. Por este valor ellos la acarrean de la ciudad a la zona costera.

– ¿Hasta dónde la llevan?

– La línea es a través del río San Juan, el cual desemboca en mar abierto, por este medio se transporta hasta Guatemala y de ahí a

México. En México se descarga la lancha y nuestras conexiones la trasladan hasta Estados Unidos.

– ¿Qué hacen con la lancha y sus ocupantes una vez terminan el trabajo?

– Se destruye lo material y a los ocupantes los denunciarnos a la policía para que los deporten por falta de documentos.

– ¿Destruyen una lancha que costó 300 millones?

– ¡Claro ¡ junto con los radios, los navegadores (GPS), los motores de repuesto, todo se quema, el negocio es muy rentable.

– ¿Qué tan rentable?

– Tanto que se paga el cargue, el descargue, la guardada, el transporte del dinero, la revisada del mismo para verificar que no sea falso, el lavado y por último el transporte al destino final.

Escuchamos un auto llegar. Julián se puso de pie y abrió, era Fernando Chávez, entró, nos dimos un abrazo y dijo sentándose en el sillón.

– Te perdiste lo mejor, al rato de irte coloque las tres chicas en cuatro sobre el colchón, totalmente desnudas y con lo mío empecé a repasarlas una a una, fue un goce para mí y un susto para Armando y Gelbert que estaban convencidos de que cuando acabara con ellas; seguirían ellos. Los tres reímos sin parar.

Al rato Fernando armó un cigarrillo de marihuana que Julián también fumó, menos yo, argumentando que no estaba acostumbrado a hacerlo de seguido. Le pregunté a Julián por la hija, contestó que ella estaba con los abuelos. Subimos a la alcoba de Julián y de nuevo volví a ver la maleta llena de dólares. Contaron que eran las utilidades de los viajes que semanalmente hacen a los Estados Unidos, que había una “línea” donde tenían todo comprado; policías, agentes de la aduana y de migración. Tenían planeado trabajar todo este año para luego retirarse, “no hay felicidad que dure cien años”. Ofrecieron ayudarme si yo lo pedía, ganaría en sólo un viaje cincuenta millones de pesos libres de gastos, fue tanta la emoción que solicité un trago doble.

Mientras ellos contaban el dinero, bajé, prendí un cigarro y llamé por celular a María Fernanda al tiempo que preparaba una bebida.

– Aló, hablas con Juan.

–Hola amor, he estado esperando tu llamada. ¿Cómo te acabó de ir anoche?

–Regular, pero después te cuento. ¿Podemos vernos mañana?

–Claro ¿Dónde me recoges?

–Dime tú. ¿Dónde vives?

–Vivo en el barrio El Recreo de Palmira. ¿Sabes por dónde queda?

–Obvio, por ahí queda la oficina de la electricadora, empresa donde trabajé aquí en Buga. ¿Te recojo a las 4 de la tarde en la esquina de la empresa? ¿Te parece bien?

–Listo, espero que seas cumplido, porque mi tiempo es oro. Chao.

Subí a la alcoba donde estaban Julián y Fernando, había sobre la cama dos montones de dinero, escuché que uno de ellos decía: “Esto es lo tuyo y esto lo mío”.

Les conté que me vería con Fernanda en Palmira. Fernando fue el primero en decir.

–Después le pido cita.

–¿Cómo? ¿A ti también te dio el número?

–Claro viejo, mira aquí lo tengo.

Se paró de la cama, sacó el celular, buscó en la memoria, y exclamó.

–Mira con el nombre que la tengo guardada “PRP” y su número es este.

Lo miré y efectivamente era el mismo número que tenía en mi celular. Así que pregunté.

–¿Y qué significa PRP?

–Significa puta reputa, lo tengo escrito en clave para que Marleny no me vaya a pillar.

Me dolió escuchar el significado de la sigla. Julián recogió el dinero, lo guardó y salimos de la habitación, bajamos al primer piso, allí nos sirvió aguardiente, Fernando entró al baño y aproveché que quedé solo con él y le comenté.

–Tengo una cita con María Fernanda y estoy sin un peso, ¿me puedes prestar algo?

Julián que estaba dándome la espalda me respondió.

–¡Claro! Pero recuerda que don Armando anoche se te ofreció para prestarte dinero, sin necesidad de un fiador. ¿Cuánto necesitas?

– Tienes razón me había olvidado de eso, bueno préstame doscientos.

– Te daré trescientos, María Fernanda no te va a atender gratis. Así fue, sacó de su bolsillo seis billetes de cincuenta mil y dijo.

– Cuando Armando te preste, me pagas.

– Bueno y ¿dónde localizo a ese gerente?

– ¿Por qué no habías dicho antes? Espera te doy el número del celular, lo llamas y le recuerdas.

Julían subió al cuarto a buscar su agenda, mientras tanto quedé solo con Fernando en la sala. Me preguntó.

– Y que mi pana, ¿si quedaste contento con la rumba?

– ¡Claro! Solo que mi mujer se enojó.

– No te preocupes, lo que pasa es que nosotros mismos las enseñamos mal; les decimos para donde vamos, con quien y a que hora llegamos. El hombre necesita tener libertad; no para hacer cosas malas, sino que necesitamos de un espacio y de un tiempo. La mujer que no entiendo de eso termina por aburrirnos y al final los que pierden son nuestros hijos. Te lo digo por experiencia, mi mujer era una mandona, ella quería gobernar mi vida y desde que me separé vivo tranquilo, en paz, y pienso que todos esos años que estuvimos juntos fueron para mí como una prisión. Con decirte que el hecho de fumar un cigarrillo era una tortura de solo pensar que ella me reclamaría. Imagínate una mujer que al verte fumar lo primero que dice es “me regalas una fumada”; sería algo divino que esa persona que amas no se ofusque por que tomamos un trago o porque nos perdemos unas horas jugando billar, o porque compartimos un rato con los amigos. Si nacimos libres ¿por qué nos quieren encerrar?

Quedé perplejo escuchando a Fernando, parecía ver el espejo de mi vida en sus palabras, continuó diciendo.

– Fíjate que la semana pasada estuve donde una hermana en Canadá, nos fuimos ella, su marido y yo a un club nocturno, las viejas bailaban a nuestro alrededor, se desvestían, nos tiraban sus prendas y Héctor Fabio, así se llama mi cuñado, se las colocaba en la cara, les decía cosas y sabes que hacía mi hermana Viviana al verlo.

– No, ¿qué hacía?

–Reírse hermano, reírse. Si las mujeres nuestras tuvieran la cultura del norteamericano o del europeo, de seguro no habría tantos divorcios.

Justo en ese momento llegó Julián, me entregó el radio de mi auto, el teléfono y la dirección de Armando. El número telefónico lo grabé en mi celular y la dirección la escribí en un papel; “Avenida 4^{ta} Norte con 43”.



Alameda del Guadalajara
Hoy paso del Río Guadalajara
Puente la Libertad

LA DEUDA

Me despedí, no sin antes darle un fuerte abrazo a mi amigo Julián y un apretón de manos a Fernando. El uno me llenó de ánimos para entender la vida y el otro me llenó el bolsillo para atender a María Fernanda.

Partí en mi auto, y como si éste conociera el camino, me llevó a mi casa, abrí la puerta y entré, supuse que no había nadie. Eran las doce, así que frité un par de huevos y coloqué un poco de arroz. Después de un rato marqué al celular de don Armando Cabal.

–Aló, ¿doctor Armando Cabal?

–Si con él. ¿Con quién hablo?

–Si adivina le regalo un millón de pesos.

Dije tratando de romper el hielo.

– No, no tengo ni idea, por favor hable que estoy corto de tiempo.

Al ver la cosa seria, afirmé.

– Con Juan, el amigo de Julián Quiceno.

– ¡Claro! Que pena Juan, pero como están las cosas eso que secuestran a gerentes de bancos para luego exprimirlos; no me puedo dar el lujo de chanzas por teléfono.

– Lo siento. Doctor llamaba para lo que hablamos en la casa de Julián, acerca del préstamo.

– No te preocupes, ven mañana, hablaremos de tu préstamo; estará aprobado. ¿Cuánto necesitas?

– Lo que me pueda prestar sin fiador doctor.

– Solo te puedo prestar hasta cuatro millones, tráeme copia del certificado de tradición de tu casa, el documento de compraventa de tu auto, fotocopia de la cédula y el teléfono de María Fernanda. Este último como requisito para ser aprobado o rechazado.

– Bueno doctor, así lo haré.

De todos los requisitos, el último fue el que más me dolió. No entendía como no le había pedido a ella el número en la fiesta, además, si no se lo doy llamará a Julián o a Fernando Chávez.

Bajé el arroz y comí con huevo frito. Claudia no llegó ni tampoco las niñas. Traté de llamar a mi suegra pero me abstuve, consideré que esta situación me vendría bien para poder verme con María Fernanda, sin tener que dar explicaciones.

Me dediqué a buscar la información que necesitaba para el préstamo en el banco. Llegué por la noche a mi casa y las niñas me recibieron con un beso. Claudia no me habló, pasaron las horas y al tiempo de dormir ella volvió al cuarto de huéspedes.

A la mañana siguiente, en un lenguaje mudo entendí que debía llevar las niñas al colegio, Claudia no se arregló. Recordé que había soñado que mis dos hijas estaban en un parque, de repente hubo que correr con ellas a la casa, se habían orinado y dado del cuerpo casi al mismo tiempo; mi madre decía con estos sueños, que era de buena suerte soñar con mierda.

Las dejé en el colegio, sin dejarme ver de la directora, puesto que aún le debía las mensualidades.

Tomé la vía panorama hacia Cali, era la más congestionada por tener un peaje menos que la vía Buga-Palmira-Cali

Llegué a la dirección del Banco La Nación, don Armando estaba ocupado, pero su secretaria ya tenía órdenes de atenderme. Le entregué mis documentos, los examinó, me tomó datos, firmé unos formularios y dijo: “Regrese a las dos que solo falta llenar este formulario y la firma del gerente”.

Aunque todo parecía tan rápido se me hizo una eternidad. María Fernanda me esperaba a las cuatro en Palmira, si a las tres estaba libre alcanzaría a llegar a tiempo a la cita.

Busqué un restaurante en la periferia del centro comercial “La Pasarela”. Me senté y pedí el plato del día, estaba terminando cuando una familia de desplazados hizo señas desde afuera del restaurante para que les diera algo de comer, el mesero corrió hacia ellos para alejarlos, lo llamé y le dije que les sirviera en una caja un almuerzo y se los diera. Esa familia al alejarse con la caja en sus manos, me agradeció con una bendición. Luego me entretuve viendo computadores último modelo de todas las marcas, porque en este sitio el 90% de los negocios esta relacionado con la venta de estos equipos.

Regresé a las dos en punto y lo primero que dijo la secretaria fue.

– Usted tiene un ángel en el cielo, es la primera vez que un préstamo se aprueba en un día. El doctor quiere saber dos cosas; una que si le trajo el número telefónico acordado, y dos, que si el préstamo lo necesita en cheque o en efectivo.

Revisé en mi celular y escribí el número en un papel. Por instantes pensé en un cheque por seguridad, pero las necesidades presentes me obligaron a solicitarlo en efectivo. Así fue, antes de las 4 estaba libre y con cuatro millones en efectivo en mi poder.



Antigua Plazoleta y Estación
Del Ferrocarril del Pacifico (1922)

LA INFIDELIDAD

Giré mi auto hacia Palmira, manejé a 120 kilómetros por hora aprovechando que no había curvas. Por momentos pensé que el almuerzo que les diera a la familia en el restaurante y la cruz dibujada en el aire por el campesino, habían hecho el milagro para que me aprobaran el préstamo.

Al llegar me dirigí al barrio El Recreo, faltaba poco por llegar, crucé por la calle 18, pasé frente a una iglesia, cuya placa decía: “Iglesia Cristiana Dios me ama”. Esta quedaba a dos cuadras de la empresa.

La recogí en la esquina donde habíamos acordado, estaba toda de rojo; su vestido, sus zapatos y su bolso dejaban ver ante la mirada del transeúnte que estaba vestida para el amor. Detuve el auto, abrí la puerta, se sentó y recibí de premio un beso. Dejó el bolso sobre sus piernas y dijo colocando su mano izquierda sobre las mías.

– Te felicito, donde llegues cinco minutos tarde no me encuentras.

– ¿Así eres de puntual? Aduje mirando sus senos apretados al vestido.

– ¿A dónde vas a llevarme Juan?

– No lo he pensado, pero he visto al bordear la ciudad un hotel llamado “Caricias”.

Prendí un cigarro.

– ¿Porque estas fumando tanto?

– Creo que por dos motivos; uno porque siento que se aleja un gran amor.

– ¿Y el otro?

– Porque siento, que otro se acerca.

Ella no dijo nada, pero empezamos a entendernos en el silencio.

Llegamos al hotel, entré el auto, luego nos dirigimos a recepción y pedimos un cuarto. La empleada dijo: “Son treinta y cinco mil por tres horas”. Saqué del fajo de billetes del banco uno de cincuenta. María Fernanda me observó y advirtió. – Debes tener cuidado de andar con tanta plata. Subimos al cuarto, nos desvestimos de inmediato. Estaba tan excitado que solo duré unos segundos dentro de ella. Apenado dije.

– Lo siento pero no me pude controlar.

– No te preocupes que tienes tres horas para desquitarte. ¿Por qué tienes tanto dinero?

– Bueno, vengo de donde Armando que me prestó cuatro millones con la condición de que le diera tu teléfono. ¿No te molesta?

– Claro que no.

– Y que sucedió en la fiesta ¿Por qué no le diste tu teléfono?

– No se lo di porque mi amiga Adriana estaba encaprichada con él, y al darse cuenta de que era un banquero me pidió el favor de que no se lo fuera a quitar.

– Creo que Adriana no es una amiga en la que tú puedas confiar.

– Y eso ¿por qué lo dices?

– Lo digo porque mientras tú estabas ocupada con Marlen en el colchón, ella se ofreció a atenderme.

Fernanda alzó su cara, frunció el ceño y expresó. – Si ves, en esta profesión ni las amigas te son fieles.

Tomé el control del televisor y coloqué el canal donde solo se veía vídeo pornográfico, luego pregunté. – Que hay de tu hijo y tu madre.

– Están bien, y tus hijas y esposa ¿cómo están?

– Mis niñas bien, pero mi esposa no me habla a causa de la fiesta donde te conocí. ¿Y tu madre sabe lo que haces?

– ¡Claro! y también mi padrastro.

– Y él no te molesta o trata de tocarte.

– No, él es una persona muy seria y me considera como su hija, algunas veces nos hemos quedado solos en la casa y ni siquiera lo intenta.

– Es el único padrastro en el mundo que no desea a su hijastra, y es que tu estás muy buena, Fernanda.

– Y tú no te quedas atrás, Juan.

Nos dimos un beso apasionado, acarició mi frente con su mano izquierda, besó la punta de mi nariz.

– Creo que me voy a enamorar de ti, pero no quisiera. Dijo ella.

– ¿Por qué lo dices?

– Porque hoy en día “la que se enamora, pierde” Dijo recostando su cuerpo al mío, fijó su mirada en mis labios, acarició con su mano mi pecho, luego la bajó por mi estómago y con una caricia suave volvió a despertar lo que estaba dormido, de nuevo la llamada del deseo encendió la pasión de nuestros cuerpos, imitamos por largo rato todas las posiciones que se observaban en el vídeo. No hubo un rincón sobre su cuerpo que mis labios no la tocaran, besé cada uno de ojos, de sus orejas, de sus dedos de las manos y de sus pies; metí mi rostro entre sus piernas, y por un instante deseé meter todo mi cuerpo y quedarme allá, en su útero, para sentir aunque fuera unos minutos, que ella era mi madre y yo apenas un embrión. Le susurré poemas mientras entraba y salía de su cuerpo, ella se quejaba, y emitía de su boca varios te amo, me haces feliz, yo, emocionado, le dije que éramos uno en el silencio, en la poesía, en el canto, en la pena y en el llanto, que éramos uno en la cama y sin cansancio; que éramos uno en la alegría y en el lamento, en su casa o en mi palacio; qué éramos uno en el silencio, con nuestros dedos anudados, con nuestros cuerpos enredados en un rincón de nuestra posada y como una huella de este momento, había dejado un cabello sobre mi piel. Más tarde, nuestros cuerpos sudorosos reclamaban un descanso, luego de unos besos apasionados y con sus piernas pegadas a mi pecho, logramos un éxtasis que no olvidaríamos ese día. Que recuerde, nunca; pero

nunca ni con Claudia, había hecho el amor así. Yo siempre soñé tener una mujer así, indescriptible y apasionada; soñé con ella para poder acercarme para poder tocarla para poder besarla; que fácil es soñar y que difícil es la realidad, sus muslos fuertes, sus ojos negros y su pelo largo, animaron la angustia de mi ser, de mi existir; pero ahora, en esta realidad que estoy viviendo, mi yo dormido le dice a mi cuerpo despierto, que encontró la medida exacta a mi pequeñez, a mi espacio, a mi tiempo; me dice, que encontró mis alas perdidas, mi amor verdadero; me dice, que es ella mi sístole y yo mi diástole, que es ella mi alma y yo mi espíritu, que es ella mi vida y yo sin ella mi muerte; pero querido lector, si usted; si solo pedí, pedí soñar dormido con una amada secreta, indescriptible y apasionada, tan solo, tan solo eso pedí.

Fernanda aprovechó el descanso para contarme que tenía una moto en la prendería y que la factura vencía el día siguiente, prometió pagarme una vez la vendiera, no pude negarme y menos sabiendo que tenía el dinero en mi bolsillo y el amor de una bella dama. Motivos por los cuales me deshice de dos millones que le entregué en calidad de préstamo.

Ese día la dejé en el sitio donde la recogí, llegué por la noche a mi casa. Agradecí que Claudia no se me acercara pues el olor a jabón y a cigarrillo me habría delatado.

Llegó el viernes y aproveché para pagar las cuotas atrasadas en el colegio de las niñas, la cuota de la casa en el banco, las facturas de energía, de agua, de teléfono, de celular, de TV-Cable y de fiado en la tienda. Sin darme cuenta había gastado los dos millones y los trescientos que me prestara Julián.

Pasé el fin de semana tranquilo, pero sin un peso, no tenía dinero para la siguiente semana, para verme con María Fernanda, para la gasolina. Sentía pena de volver a pedir prestado a Julián.

Al lunes siguiente empeñé mis cadenas de oro para poder pasar hojas de vida, pero en Colombia un ingeniero con más de treinta años ya es discriminado. La empresa había acaparado a casi todos los clientes. Si un empresario deseaba montar una microempresa, la empresa de energía le financiaba todo el proyecto eléctrico y luego le cobraba la inversión en la factura de energía. A pesar de la difícil situación económica por la que estaba pasando pensé que si volviera a

nacer, volvería a estudiar la misma carrera, volvería a casarme con Claudia y de seguro, volvería a vivir esta situación.

Me volví malgeniado, no hablaba con Claudia y tampoco me nacía pedirle perdón por lo de la fiesta, además ya estaba cansado de esas escenas de perdón. Las niñas empezaron a pelear entre ellas por todo. Empecé a hacer mis diligencias caminando para no gastar dinero en gasolina. Le pedí al espíritu de mi madre que me diera fuerzas para soportar ese momento. Empecé a llamar a mis amigos, esperando a que me ayudaran, me solicitaban una hoja de vida y de ahí no pasaba nada.

Cuando salgo a caminar por las calles de mi ciudad, recorro los caminos ya pisados por el paso de los años; pero no transito el mismo camino que andan los demás, pues es ver en cada ventana, en cada rincón, el óxido del paso del tiempo; es vislumbrar en el marco de cada puerta, la señal que deja el incansable transcurrir de los minutos, es ver lo que ha sido mi vida, afectándome en cada palabra que he dicho, en cada decisión que he tomado, en cada error; y me invade un frío temor de ir a seguir los mismos pasos de mi padre, él nos dejó: a mi madre y a mí, tomó la decisión de no vernos más, de no sentarse cada día en la mesa con nosotros, de no besar a mi madre en la mejilla como acostumbra en las noches, de no sentir su compañía, cuando uno de los dos nos enfermábamos, de no ser ese papá y ese esposo que se anhela; de no llevarme a montar cicla los fines de semana, por las calles menos transitadas, de no caminar mas cogidos de la mano; por esto muchas veces he callado cuando discuto con Claudia, cuando me reclama por mi actitud; este momento que estábamos viviendo era el más crítico de nuestra relación; hay una infidelidad de por medio y sé que ella me perdonaría todo menos eso, algunas mujeres lo permiten por los hijos, otras se aguantan por el dinero, el resto simplemente pagan con la misma moneda.

Cogí la costumbre de ir al parque central de la ciudad, el parque cabal; recordé las veces que siendo un adolescente me escapaba, allí, en ese sitio rodeado de palomas, micos e iguanas; esperaba largas horas que pasara mi padre, mi corazón latía con fuerza cuando de repente aparecía, lo admiraba en medio de su tristeza, si él me dirigía una sonrisa, me animaba el alma, como se alegra una rosa, al abrir sus pétalos al contacto con la lluvia; era una señal de que un buen negocio había realizado. Otras veces, en medio de la cotidianidad ur-

bana, me dejaba acompañar por la lectura de un buen libro; las bancas y los árboles fueron testigos mudos del voltear de las hojas de los libros; y es que cada uno de nosotros vivimos nuestras propias amarguras, y solo la nuestra, a nuestra manera; a veces somos una paloma solitaria volando en la lejanía, y otras veces, una paloma en medio de muchas recorriendo un parque. Nadie se atreve a vivir la agónica aflicción del otro, y nadie vive lo de nadie. Aun, nuestros familiares se quedan estupefactos ante el sufrimiento de aquellos que llevan por sus venas, su propia sangre, no hacen nada; mas cuando estamos pequeños, cuando papá y mamá proveen todo en la casa; ahí estamos unidos y compartimos las pequeñas cosas del día a día; pero ya grandes, somos como unos desconocidos, y cada cual defiéndose como pueda, en este mundo de miseria en el que vivimos; nos olvidamos que venimos de un mismo vientre, y salimos por una misma vagina, la cual llamamos DIOS.

Esto me llena de tristeza, tristeza que ya no sé como llamarla, simplemente llegó a mi vida sin ser invitada, sin ser deseada. No sé tristeza, si eres un títere del diablo o de aquel que creó todo. ¿Acaso te presentas como una amiga? Y no te basta con todos los que han muerto a tu lado, ¿Acaso cada día necesitas ser enterrada? y como Lázaro te levantas una y mil veces del sepulcro. No sé como te las arreglas para abrirte paso por el mar, por el aire y por los caminos polvorientos de nuestras vidas, en especial te gusta estar presente en los últimos días de Diciembre, en los fines de semana y en las horas de invierno.

No sé maldita tristeza como logras meterte en nuestros huesos y mostrarte con la condena de un cáncer, tampoco entiendo malvada asesina, como te metes en nuestros ojos y sales en forma de góticas de agua; o como entras por las bocas y luego sales en quejidos profundos; pero llegas para estar presente en la soledad de nuestras vidas, en el desengaño de la pareja, en la ausencia de un padre de su hogar, y rematas con gran estocada; con el funeral de un hermano; pero sí sé algo maldita tristeza, que cuando llegue una persona sincera que te haga compañía, que te cumpla una cita, que te hable al oído, que te susurre un poema, que te cante una canción y que te pinte un cuadro; solo así malvada asesina, lograrás huir de nuestros huesos, de nuestros ojos, de nuestros labios, de mi mente, de mi corazón y de mi alma.

En mi recorrido por las calles, a mí paso, se cruzaban uno que otro mendigo, yo, si yo; presentía que mis caminos de angustia eran los de ellos; que mis pensamientos eran los suyos. Comprendí que la desgracia a veces nos une en el camino que caminamos, y a pesar de todo, si, maldita sea, y a pesar de todo, seguíamos caminando aislados, sin importarnos la suerte ajena; si no nos importa nuestra familia; menos nos va a interesar la del vecino, la de aquel que pasa por tu puerta de la calle, sin comer, y lo ignoras. Yo no cargaba un costal de basura sobre mis espaldas; pero sentía el peso de las preocupaciones, y es que a nadie le importa lo del otro, ninguno vive lo impropio, a cada cual su propia tragedia, a cada cual su propia muerte. Sí, estoy llorando, pues quien podrá escribir o leer estas líneas, y no brotar al menos de sus ojos, una lagrima, por aquellos desafortunados, que no tuvieron la oportunidad de estudiar una carrera, por aquellos que de testamento, sus padres les dejaron las deudas, y necesidades del día a día. Cuanta falta me hace mi madre, desearía nunca haber crecido, haberme quedado niño para siempre, o ser un loco de remate de esos que se pasan toda una vida en una habitación, pintando pajaritos en el aire, para que no me importara lo que acontece a mi alrededor, para que nadie me mirara y me juzgara por mis errores, solo Dios sabe lo que me atormenta, lo que he vivido y lo que me falta por vivir.

Cierta vez estaba en la casa cuando sonó mi celular, este se encontraba en la mesa del comedor, vi en el tablero del equipo que era María Fernanda, porque aparecieron las siglas MF. Claudia estaba cerca y no supe como empezar, me preocupé, lo tomé y salí hacia el patio de la casa.

– Alo. ¿Cómo has estado?

– Bien Juan, ¿Por qué no has vuelto a llamar? Te he extrañado.

– Yo también pero he estado un poco ocupado, a propósito retiraste la moto de la prendería.

– No pude hacerlo amor, mi madre se enfermó y hubo que hacerle un cateterismo.

– ¿Qué examen es ese?

– Es una operación para limpiar una arteria obstruida, me costó tres millones de pesos, y eso que me hicieron un descuento.

– ¿Y cómo hiciste para conseguir el resto?

Hubo un silencio, y al rato repuso.

– Me tocó llamar a Armando. Llámame por favor o escíbeme nuevamente al correo electrónico.

Cortó y supe que no había vuelto a saber del papelito donde estaba la dirección electrónica. ¿Por qué me decía que le escribiera “nuevamente”? Nunca le había escrito.

Busqué en la casa por todos lados; en el carro, en mi nochero, en la camisa y en el pantalón con que estaba ese día. Regresé al patio, Claudia me siguió, se acercó y dijo después de varios días de silencio.

– ¿Buscas esto?

La miré, en su mano derecha estaba la servilleta donde aparece la dirección electrónica y el teléfono de Fernanda.

– ¿Cómo sabes que busco eso?

– Porque acabo de escucharte hablar con tu amante.

– ¡Mi amante! Estás loca, es una amiga.

– ¿Si, y este correo, qué significa? Mira lo que dice, yo le escribí haciéndome pasar por ti y mira su respuesta.

Nuevamente sacó otro papel, leí la nota y efectivamente era una respuesta de María Fernanda, la carta decía:

from: “Mariafer” Mariafer22@hotmail.com
to: JuanPablo33@hotmail.com
subject: FWD: Con mucho Amor
date: Mon 31 Marzo 2003 18:49:13+0000

Hola amor, te he extrañado, no te he podido olvidar desde la ultima vez que hicimos el amor, envíame una foto cuando me escribas.

María Fernanda

Sin mover la cabeza desvié la mirada a Claudia que estaba de pie en el marco de la puerta, por primera vez en mi vida, me daba rabia tener una mujer inteligente de esposa. Debí haberla escogido bien bruta, hubiera seleccionado esas mujeres que no hacen nada, y solo esperan en sus vidas a un hombre galán y con dinero; pero ya era tarde. ¿Cómo había dejado perder esa dirección electrónica? Maldita

sea. De no ser así, me habría negado hasta la muerte; pero fui descubierto, y Claudia dijo:

– Te pido un favor, entrégame el anillo.

– Claudia, ¡no seas ridícula!

Traté de entrar a la cocina pero ella se interpuso en mi camino. Colocó su mano derecha a la altura de su pecho, me apuntó con su dedo índice y levantando la voz, replicó:

– Es en serio, quiero que me entregues la sortija, no te haces merecedor a tenerla, me has faltado al respeto.

La observé y supe que estaba dispuesta a todo. Su cara palideció, sus dientes superiores mordían su labio inferior, sus hermosos ojos claros estaban a punto de estallar en llanto. Me dolió verla así, ella no merecía estar pasando por esta situación. Era la primera que-rella en la que la veía sufrir tanto, cómo pueden dos seres humanos después de tantos te quiero, de tantas promesas de ser fiel, de tantos besos, de tanto entrar y salir de su cuerpo; de subir a un altar en una iglesia y de espaldas ante cientos de invitados, decir un sí, ¿cómo por Dios? ¿Acaso tantas palabras no sirvieron de nada? ¿Acaso el amor tiene un límite? Ya éramos dos conteniendo nuestras lágrimas, y entonces sintiéndome culpable y sin poder defenderme más, pues un nudo tenía en mi garganta y mirando mi argolla, comenté.

– Está bien, si acepto, cometí un error y si esto te hace sentir mejor te la daré. Por mis mejillas corrían ya las gotas de lluvia.

Intenté quitármela, pero a causa de los años de uso se había atascado, se había oxidado junto con nuestra relación. Claudia cogió jabón del lavadero, se mojó las manos, tomó mi dedo y de un tirón la sacó, al tiempo que dijo con voz entrecortada. – Puedes quedarte el tiempo que quieras, pero tan pronto puedas te pido el favor de que te vayas. Me duele por mi padre, porque tú eres como un hijo, creo que él me entenderá; también me duele por nuestras hijas, no voy a negar que fueras un excelente padre; pero un mal esposo. Siento ganas de pegarte una trompada, pero eso empeoraría las cosas.

Claudia se alejó con lágrimas en los ojos. Las niñas no se dieron cuenta de nada, estaban en la sala viendo televisor.

Sentí que un baldado de agua fría corría por mi cuerpo. Ahora sabía lo que tenía que hacer; sin dinero, sin felicidad y sin esperanza de conseguir un trabajo. Visitaría a Julián, le pediría que me prepara-

ra para hacer un viaje. Era mejor tener dinero sin mujer, que no tener nada.

EL BRUJO

Ese día, después de la pelea con Claudia, por tarde llegué a la casa de Julián. Al ver mi rostro adivinó las intenciones de mi visita y dijo. – El próximo lunes hay programado un viaje, tu decides.

Me hizo seguir y continuó. – Sabía que vendrías dispuesto a viajar.

– ¿Cómo lo sabes?

– Porque tengo un brujo que me cuenta todo lo que va a suceder.

– ¿Y quién es ese tipo?

– Se llama Jhon, es venezolano, vive en Tuluá, en el barrio Palo bonito cerca al puente de las brujas. Allí llegamos todos los mafiosos del Valle a consultarle. No me ha fallado, con decirte que a veces me lee las cartas por teléfono y me previene de algunas chicas malas.

– ¿Y esta vez qué te dijo sobre mí?

– Dijo que vendría un gran amigo de la adolescencia, con problemas con su esposa y con deseos de trabajar para mí.

– O sea que si viajo, ¿me va a ir bien?

– Según él si, espero que así sea.

– Cómo lo conociste Julián.

– Me lo recomendó un socio, me dio el teléfono, lo llamé, le pedí una cita y fui.

– Cuéntame en detalle todo sobre él. Julián empezó:

– Cierta día llegué con una hora de anticipación a este barrio de Tulúa, ubicado cerca del puente las brujas. Antes de tocar la puerta del brujo, cuadré el carro en la esquina. Allí había una panadería; entré, me senté y me atendió un señor de edad, con barba y nariz aguileña; pedí dos cervezas e invité al señor a mi mesa. Le pregunté al tipo referencias sobre el brujo. Me dijo lo siguiente: “primero que todo no se le ocurra decirle brujo; se puede ofender. Jhon llegó a nuestro barrio hace un año. Al principio nos incomodó saber la forma como se ganaba la vida. Unos volantes se repartieron donde ofrecía la lectura de cartas, el tabaco y baños para la buena suerte. Nos contó

que es amigo personal del presidente Venezolano Hugo Chávez; que ha caminado de la mano de Dios y luchado muchas veces contra el diablo, por culpa de la gente buena, que se vuelve mala. En esos días, una vecina perdió a un hijo y no tenía ni para el ataúd. Jhon se enteró de la desgracia ajena y le regaló quinientos mil pesos; el cuento se regó por todas las casas y se convirtió de la noche a la mañana en el vecino más saludado por todos nosotros. Yo fui uno de sus primeros clientes. Aunque incrédulo en estas cosas, me atreví y fui. Estando en la primera sección con él, le conté que desde que me separé de mi esposa hace tres años, me ha ido como perro en misa: De tener ocho trabajadores en mis dos panaderías, quedé con una de ellas, con dos trabajadores, y con más de una deuda. Jhon me leyó el tabaco y me dijo algo que solo yo sabía, puesto que a nadie se lo había contado. Me recordó las últimas palabras de mi ex, cuando nos separamos: “te voy a ver comer mierda hijueputa”. Ahí me di cuenta que el tipo sí sabe. Él tomó unas ramas y empezó a hurgarme en la espalda. Las ramas se pusieron tostadas como del sol, pero sin haber sol. Supe que mi ex, le pagó a una bruja para que me fuera mal en los negocios. Como mi pasión es tomar café, una vez una amiga de ella me llevó al negocio una taza y, sin saber, lo tomé. Por las noches sentía que mi estómago me daba vueltas y un carraspeo en mi garganta; con los baños que me hizo Jhon empecé a vomitar cucarrones, cucarachas y hasta la cola de un alacrán. Resulta que en el café echaron los huevos de estos insectos y se estaban alimentando de mi cuerpo. La maldad existe señor y créame que si no es por que lo veo con mis propios ojos, no lo creería. Estuve en cama varias semanas; fue necesario hacerme 30 baños para quitarme este maleficio. Jhon cogió todos estos animales, los colocó en una botella, al lado de una veladora con el objeto de que este maleficio desapareciera; él me contó, pero no me dejaba ver. Un día llegó a mi negocio y me dijo que la botella donde estaban todos estos bichos se quebró. Ésta era la señal que él estaba esperando para mi cura total”.

Juan, yo estaba asombrado con esta historia, pedí un cigarrillo y otras dos cervezas; él continuo: “A los días las cosas me empezaron a funcionar mejor, mis antiguos clientes volvieron a buscarme para contratar la hecha del pan, de los buñuelos y los pandebonos. Busqué a mis antiguos trabajadores y nuevamente he vuelto a vivir. Le conté a un amigo que también estaba mal y él fue. Resulta que el

muchacho recibió una herencia de su padre, los otros hijos del señor por la envidia le hicieron un maleficio; cogieron un sapo y lo abrieron por la mitad, colocaron una foto suya en su vientre y lo cerraron nuevamente. A medida que el sapo se disecaba, mi amigo se enflaquecía, de pesar noventa kilos, estaba ya en sesenta, Jhon también lo curó. A otro vecino del barrio que tiene una venta de pescado y comida de mar, le cayó la desgracia. Le empezó a ir mal. Resulta que su mujer se fue de la casa con un camionero y lo dejó con dos hijos. Él, enamorado y todo, superó la crisis. De repente empezaron las dificultades económicas y las enfermedades visitaron su cuerpo. Visitó a Jhon y este le dijo: “A usted le hicieron un maleficio tan bravo que primero se iba a quedar sin dinero, después caería en cama y por último terminaría en la calle andando con un costal en el hombro lleno de tapas”, mi vecino le preguntó quien le había hecho este mal, el hechicero repuso que unos brujos de Buenaventura eran los autores materiales y los intelectuales eran su ex, junto con su amante; con el fin de quitarle los hijos. El trabajo que le hizo el experto lo curó, y, como todo mal se devuelve, el amante de la señora se enfermó gravemente, sus genitales se desprendieron, ocasionando su muerte. Nosotros le llamamos a Jhon el maestro de la ciencia blanca, debido a que él solo hace curaciones para la buena suerte y la prosperidad, si usted va para hacerle un mal a otra persona; él no se le mide. Aquellos que utilizan la magia negra para hacer daño; sí se les puede llamar “brujos” a Jhon, dígale maestro”.

Cuando terminó de contarme toda esta historia, sobre la mesa quedaban cuatro cervezas vacías y las manecillas del reloj pisaban la hora de la mi cita.

Julián terminó y un largo silencio envolvió el ambiente, yo tenía las manos en mi cara y los codos apoyados en las rodillas, estaba asombrado con lo escuchado, sin embargo recordé que a mi madre algo parecido le había sucedido. Bajé las manos colocándolas en mis piernas y pregunté. – Entonces ¿el brujo te leyó el tabaco? Julián repuso:

– No Juan, el tabaco lo utilizan para leer el pasado de las personas, para saber el futuro, leen el tarot. En este último, te dicen cómo te va a ir en los negocios, en tus relaciones sentimentales y hasta los nombres de las personas con las que puedes confiar.

– ¿Te dijo mi nombre?

– ¡Claro!, Tus dos nombres. Me hablo de que eres una persona de buenos sentimientos y que te enamoras muy fácil.

– Lo dices por lo de María Fernanda

– Sí, Juan

– Y el brujo ¿cómo es físicamente?

– Pues no mostraba tener cara de adivino: es flaco, trigueño, sin barba, sin bigote, camina cojo y con la mano derecha torcida.

– ¿Cobra mucho por sus servicios?

– No, pero él se da cuenta quienes nos ganamos el dinero con el narcotráfico, y cobra bastante porque sabe que su vida peligra si se llega a equivocar.

– Cuéntame ¿cómo es su casa?

– Es en un segundo piso, cuando llegas allí no ves nada de sala-comedor como se acostumbra en todas las casas. En sus piezas, solo hay asientos recostados a la pared, la gente se sienta y meten los pies descalzos en aguas sucias con matas; se observan también unas tinas llenas de esta agua con olor a cerveza y como cosa curiosa, vi a más de una dama de la alta sociedad. Yo, como había pedido cita me atendió rápido, le expliqué mi caso, mis negocios, y las cartas mostraron que este mes sería de los mejores en mi vida. Luego no te preocupes, aquí yo te entrego una maleta arreglada, la llenas de ropa y te ganas unos cuantos dólares paseando.

– ¡Y María Fernanda! si hago el viaje al exterior ¿la puedo perder?

Dije abriendo los ojos, y apretando mis puños.

– No seas tan inocente Juan, las mujeres después de que tú le des dinero y les hagas un buen sexo; ahí la tendrás para toda la vida. Tú a veces me das la impresión que no has vivido esta vida.

Si, quedé pensando en eso, tan poquito he vivido, tan poca experiencia he tenido; seguro la prisión, las esposas, el aislamiento por culpa de mi matrimonio, me llevó a no saber nada, a no conocer más de la vida, de lo que acontece a mi alrededor. Me sentí tranquilo por María Fernanda pues solamente necesitaba dinero para darle gusto en todos sus caprichos y necesidades; aún recuerdo el vértice de sus piernas, en ese ángulo que ningún matemático ha podido descifrar de cuantos grados mide, pues por ahí se pierde casi todo, y entre ese todo, muchos hombres buenos; algunos que miran al horizonte, hacia el mar, le llaman a ese monte de venus “el triángulo de las bermudas”, no

tanto por el hecho de que es un misterio y se pierdan barcos y aviones, no, sino porque por ese diminuto hueco, muchas almas que valen más que el costo de una aeronave, se han ido para el mas allá, para el hades; otros que miran al cielo, hacia las estrellas, le llaman al centro de ese monte “el agujero negro”, no por su aroma a hierro de la sangre por el periodo; sino que por ese clítoris pintado con un pincel mágico en el lienzo de la mujer, tiene el poder de atrapar todo a su alrededor. Pensé en la forma como ese monte de venus, siendo un pedazo de piel graso blando que cubre el hueso pelviano y que se recubre después de la pubertad con un vello espeso, y cuyo nombre se debe a la diosa romana del amor, Venus, pueda causar tanto conflicto en la mente del hombre una vez se ha coronado su cima; por un monte de venus, nuestra primera madre, Eva, convenció a Adán para que cayera en pecado, y con esto, como castigo los seres humanos, conociéramos la muerte; y ellas, ah, ellas, supieran que era parir hijos con dolor y de ñapa conocieran la sangre cada mes, por el resto de la humanidad; acaso no es por un monte de venus que vamos a un altar, y nos condenamos a vivir en esclavitud; esclavos noche a noche escalando la montaña; esclavos cada quincena, dejando nuestro sueldo en esa alcancía sin fondo; esclavos, cuando nuestras alegrías y nuestras tristezas, dependen si estamos bien o mal con ese monte. Conozco un amigo que cuando estaba de pelea con su esposa, le decía por la noche: “bueno mujer, yo estoy enojado con usted, pero con su monte de venus no, abra pues las piernas”. Acaso no fue el monte traicionero de Dalila, la que dejó sin ojos a Sansón, y probablemente lo último que observó ese día fue ese monte, y nosotros, aunque tenemos ojos, caminamos como ciegos, permitimos que nuestras vidas giren alrededor de una mujer, de un monte; desde que abrimos los ojos por la mañana, hasta el último minuto que los cerramos, justo cuando muere la noche; por una mujer dejamos nuestras madres, descuidamos nuestros cuerpos al no volver al gimnasio; algunos han dejado sus carreras universitarias, otros, dejan sus sueños de ser artistas; muchos detestan las carreras como el ejército, la Naval y la policía por andar vigilando un monte. Por ese monte, muchos están en cárceles; todos nacemos por ahí, y muchos mueren por él. Por un monte de Venus, imperios persas, del oriental antiguo cayeron ante los griegos durante la época clásica; en los tiempos del escritor Homero, por el monte lujurioso de Helena, esposa de Menelao, el rey de Grecia, luchó du-

rante 10 años contra el rey Priamo de Troya, pues uno de sus dos hijos, el menor llamado Paris, raptó a la bella mujer; igualmente Aquiles, por andar tras su propio monte, encontró la muerte; acaso también por un monte de venus sagrado, como el de la reina Ester, su esposo el rey Asuero quien reinó desde la India hasta Etiopía antes de Cristo, mandó a la horca a su mejor amigo, Amán hijo de Hemedata Agagueo, enemigo de todos los judíos, (como Adolf Hitler) y quien planeara un decreto para consumirlos y acabar con ellos; también presidentes de países de todo el continente han sucumbido por atreverse a escalar un monte ajeno, entonces yo, sí, yo, un simple humano, un simple peón en el tablero de un ajedrez, una pequeña partícula en este universo; un humano, y tal vez demasiado humano, demasiado hombre hecho carne, y demasiado pecador, no se pueda dar el lujo de tirarse una canita al aire, y si esto es llamado pecado, pues espero que Dios me perdone.



Batalla de Flores, Carnavales (1935)
Carrera 14 con calle 7

LA CAÍDA

El lunes siguiente llegué al aeropuerto en un taxi, el conductor del auto me ayudó a bajar mi maleta y sin perderle la mirada al equipaje fue recogida por un hombre de edad que trabaja llevando y trayendo maletas ajenas.

Ese día como cosa rara no había mucha gente viajando y menos llegando. El pasillo y los asientos de la aerolínea se observaban descongestionados. Continué detrás del maletero y me preguntó.

– Viaja lejos o cerca de nuestra ciudad.

Sin ganas de entablar una charla, respondí.

– Voy para Miami, en viaje de negocios.

El hombre entendió sin preguntar, adivinó que el recorrido con la maleta era hacia el área de vuelos internacionales.

Miré mi celular, eran la una menos diez de la madrugada, tenía el tiempo preciso para presentarme al sitio de recepción.

Llegamos rápidamente, saqué un billete de mi bolsillo, estiré mi mano como quien da una limosna costosa a un hombre con corbata.

Habían pocas personas haciendo fila, me ubiqué detrás de una señora mal encarada, seguramente por ser de madrugada que programaron el vuelo. Esperé pacientemente, repasé todas las indicaciones que me hizo mi amigo Julián Quiceno.

1. No mirar para todos lados.
2. Mostrarme sereno, tratando de evitar sospechas y si llegase a sudar, no usar pañuelo sino la manga de la camisa.
3. Leer una revista y esperar pacientemente la llamada por el alta voz, anunciando la salida.
4. Llevar en la mano derecha el sombrero blanco, era la clave para no ser requisado por los agentes de inmigración.

Mientras pensaba en ello, llegué al mostrador donde entregué mis documentos para su revisión.

– Motivo de su viaje. Escuché la voz de la mujer que me atendió, respondí. – Voy a visitar unos amigos.

La mujer miró los documentos y luego clavó su mirada fijamente sobre mi rostro, hice lo mismo con ella. Procedió a colocar unos sellos y me devolvió los tiquetes al tiempo que decía. – Esta es

una revisión previa, puede sentarse y esperar el llamado del vuelo 926, luego puede pasar al muelle internacional y allí otra niña lo atenderá. Gracias, respondí con el ánimo de haber superado el primer escollo.

Giré mi cuerpo hacia atrás, me di cuenta que la fila se había hecho más larga y no entendí a qué hora habían llegado tan rápido. Reparé en los asientos de la sala de espera y observé como una pareja se daba un beso cómo si fuera el último; al lado de ellos estaba un hombre bien abrigado masticando un tabaco y leyendo una revista, levantó su cabeza, me miró fríamente y volvió a meterse en su revista. Me senté tres puestos más adelante para no sentir el dolor del amor en mi alma, para evitar preguntas y olores de tabaco. En el asiento adyacente al mío, observé una tarjeta abandonada, la recogí y leí: “regresa a casa papi“, escrita por un niño, la dejé en su sitio.

Detallé mi maleta y pensé que era ridículo que ese prisma rectangular, pudiera contener el futuro de mi vida y la de mi familia. Estaba aún a tiempo de cambiar de opinión y retroceder, sólo tendría que caminar hacia la salida del aeropuerto y luego decir a todos que aquí corrí y no que aquí me cogieron. Era tan fácil de pensar, pero no entendía el por qué era tan difícil hacerlo. Dirigí la mirada al asiento y la tarjeta ya no estaba en su sitio, sentí nervios.

Estaba pensativo mirando las letras de la revista, pensando infinitas cosas, cuando se oyó por el alta vos: – Los pasajeros del vuelo 926, favor acercarse a la sala del muelle principal.

Me puse en pie como un resorte, no sabía si correr hacia la calle o hacia el muelle.

Vi como la gente se movilizaba toda en una misma dirección, y yo, que había llegado entre los primeros ahora estaba entre los últimos, tomé mi maleta junto con el sombrero blanco y seguí a la multitud. Eché un vistazo hacia atrás y descubrí como el hombre del tabaco era el último al lado mío. Volví a mirar el celular, 1:30, quise llamar a Claudia pero advertí que sería sospechoso. Sentí seca mi boca y húmedas mis manos. La fila fue avanzando lentamente, noté cómo las maletas de los demás pasaban por la cámara de rayos X sin ningún contratiempo. Al lado de las máquinas estaban dos agentes, uno bajito, gordito y con pequeño bigote, el otro alto, de pelo liso y con dos patillas poco usadas hoy, un tercero estaba en la cabina de las cámaras de video, me tranquilicé era la descripción que obtuve de

ellos. La clave para que no me requisaran era el sombrero que llevaría en mi mano sin colocármelo en la cabeza. Faltaban tres pasajeros para llegar cuando cinco nuevos agentes llegaron y se ubicaron en el puesto de control donde están las cámaras de video. El que estaba sentado salió con uno de ellos, los otros tres se dirigieron hacia la pareja de agentes que estaban al lado de las máquinas, hubo un intercambio de frases, me percaté que algo raro estaba ocurriendo, miré hacia atrás y el señor del tabaco me apretó con su mano mi antebrazo izquierdo y dijo en voz baja:

– Es mejor que se de la vuelta y salga caminando, algo salió mal. Sorprendido lo observé y supe que era alguien de los nuestros. Salí de la fila y empecé a caminar sin la maleta, me llevé el celular a mi oído como disimulando una conversación, apenas llevaba unos pasos cuando escuché.

– Deténgase señor.

Hice como si no fuera conmigo y continué mi camino, pero nuevamente se oyó el grito de otro agente.

– El hombre del sombrero blanco se va a detener o no.

Empecé a correr, tiré el sombrero al aire, pensé por instantes ¿por qué no había corrido antes? Antes de que empezara todo esto. Al voltear por el pasillo me tropecé con dos hombres, todos caímos, las maletas de ellos, mi celular rodó por el piso, alcancé a mirar a los dos agentes que empezaban a ganar distancia, me levanté, sentí que corría en cámara lenta y el desespero fue mayor al escuchar. – Alto o disparo. Un estruendo aturdió mis oídos, la gente a mi alrededor se tiraba al piso, yo seguía corriendo como si la meta fuera la entrada principal, salté por encima de un hombre que se arrodilló en el piso con las manos en la cabeza. Miré hacia la puerta y justo cuando estaba a punto de traspasarla, aparecieron dos agentes, traté de frenar pero me deslicé por el piso sin caer, uno de ellos me cogió por el brazo mientras el otro me apuntaba con un revólver, abracé al agente, estaba agitado, nervioso y paralizado, atiné a decirle en el oído al agente. – Por amor de Dios déjeme ir, tengo una familia, una profesión, no me perjudique. El agente me miró y dijo. – Usted es el que me va a perjudicar si lo dejo escapar, será mi profesión y mi familia las que pagarán los platos rotos. Lo siento pero usted cometió un error y ahora debe responder.

Lo miré sereno y supe que en el fondo, ese policía tenía la razón.

Llegaron los otros dos agentes que gritaban, uno de ellos me esposó las manos, el otro cogió mi brazo y empezamos a hacer el recorrido a lo largo del pasillo de regreso al punto donde estaba la maleta.

Incliné mi cabeza tratando de pegar el mentón a mi pecho y pidiendo a Dios que no hubiera ningún conocido que me identificara.

Sentía cientos de miradas atravesándome por todos lados, quería gritarles que me perdonaran, que no volvería a hacerlo; sabía que ya no era un niño y que ahora como hombre tendría que responder.

Llegamos al sitio donde empezó todo, el hombre de bigote ya no estaba, pero sí mi maleta. Uno de los agentes apuntando con su mano derecha preguntó. – ¿Esa maleta es suya?

Quedé en silencio, aceptarlo sería aceptar su contenido. Respondí:

– No, no es mía.

– ¿Entonces por qué corrió, cuál es su delito?

– No sé. Me asusté por la forma como el agente me ordenó que me detuviera.

– Usted miente. ¿Por qué no deja el teatro y nos dice que contiene la maleta?

Dijo ofuscado y continuó. – Entrégueme el tiquete aéreo.

Se acercó y sacó de mi bolsillo todos los papeles, dentro de ellos estaba lo que buscaba.

– Este número que aparece en su boleta, es el mismo que tiene la maleta, luego no puede negar que este equipaje es suyo.

Me sentí descubierto. Pero continué inventando.

– Pudo, pudo ser que, que alguien colocó ese tiquete en, en esta maleta y se, se llevó la mía. Tartamudee de los nervios.

Dos de los agentes se retiraron y hablaron en secreto, pensé que los estaba tramando y no sabían que hacer, luego se acercaron y uno de ellos repuso. – Vamos a un cuarto donde lo revisaremos a usted por dentro y por fuera, junto con ésta maleta que no reconoce como suya.

Nos dirigimos a las cabinas donde se hace la revisión de los equipajes, cuando un extraño apareció entre el público y me gritó.

– Señor, señor, ¿este celular es suyo?

– Levanté la cara y alcancé a ver un joven alto, vestido con chaqueta de cuero y corbata negra que se acercaba con un celular en la mano derecha.

Por momentos pensé que era el mismo hombre con el que me había tropezado en la carrera; pero éste era muy alto y yo le pasé por encima.

El continuó su recorrido, yo estaba con las manos atadas atrás de mi espalda, el joven se acercó de frente a poner el celular en mis manos al tiempo que me decía en el oído. – El patrón le manda a decir que esté tranquilo, que él lo sacará de este problema.

Lo miré al rostro como tratando de memorizar sus facciones, pero un agente nos apartó bruscamente, al tiempo que decía.

– ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Acaso conoce usted a este joven? Respondí que no, moviendo la cabeza hacia los lados y bajando la mirada. Me sentí como el apóstol Pedro, cuando negó tres veces a Jesucristo; y Sentí un poco de tranquilidad, al menos sabía que no estaba solo.

Entramos a un cuarto de paredes pintadas de un color azul claro, uno de sus lados se dejaba vestir de un espejo rectangular que cubría media pared. Colocaron la maleta en una mesa que estaba ubicada en medio de la habitación.

Éramos tres, dos agentes y yo. Se escuchó la primera exclamación de uno de ellos.

– ¿Por qué no nos ahorra tiempo y nos dice donde tiene escondida la droga? Si pegada a su cuerpo, si dentro de él, o si está dentro de la maleta.

Quedé en silencio, mientras uno de ellos me requisaba de pies a cabeza.

– Descartada la primera opción, la segunda es revisar sus intestinos, pero mientras tanto miremos la maleta. Siéntese por favor.

Sentí un poco de alivio por el trato, pero me fui llenando de nervios por lo que pudieran encontrar en la maleta.

El agente abrió el equipaje al tiempo que tiró todo boca abajo, cogió la maleta y revisó los bordes clavando un punzón, pero cuando clavó el objeto en la tapa que sirve de fondo se vio claramente como un polvo blanco se asomaba al sacar el punzón.

– ¡Eureka!, pensé que iba hacer más difícil, fueron sus últimas palabras.

El otro agente me preguntó. – ¿Usted qué dice al respecto sobre esta droga?

Repitiendo lo que siempre veía en las películas, dije: – Exijo la presencia de un abogado, soy, soy un profesional, un intelectual y no voy hablar nada hasta que no llegue, además tengo derecho a hacer una llamada, ¿o es que ya no funciona así la justicia de hoy?

Los dos agentes se miraron y uno de ellos acercó una silla a la mía, en posición contraria se sentó al tiempo que me miraba fijamente.

– Mire señor, si nos entrega el capo que lo metió en esto, podrá tener el derecho a una sentencia anticipada y a salir de la cárcel en seis meses, de lo contrario si no habla lo esperan cinco largos años en prisión; no decida por su persona, hágalo por su familia, por sus hijos, por su esposa; pero tome una decisión rápida porque al salir de esta pieza ya no podremos hacer nada por usted.

Mantuve mi mente en blanco por largo rato, la cólera bordeaba todo mi cuerpo y el arrepentimiento empezaba a llenar mi mente de maldiciones y rebotó por mis labios temblorosos las palabras ¿por qué, por qué, por qué?

– Le repito señor por última vez que no voy a hablar con ustedes sobre esto, por favor déjenme hablar con un abogado para saber que me aconseja y punto.

Fueron mis últimas palabras esa mañana. Estuve en ese cuarto durante más de 32 horas retenido, aislado de todo, de la gente, de mis familiares y del mundo exterior, sentí que empezaban a violar mis derechos, al menos a tener un poco de comida ya que solamente me dieron dos bolsas de agua. Dormí tirado sobre el piso casi todo el tiempo. Me sentía débil para intentar alguna fuga y menos cuando detrás de la puerta estaban varios agentes bien alimentados y bien dotados con sus armas. Se abrió la puerta y dos uniformados me ayudaron a salir del cuarto, pasamos por el pasillo del aeropuerto donde horas antes corrí por mi libertad. Llevaba las manos esposadas y un periodista con sus ayudantes y con sus cámaras, trataban de proyectar mi rostro, eludí bajando mi cabeza, tapándome la cara con mis manos y girando mi cuerpo hacia el lado contrario donde estaban las cámaras. Por fin llegamos al auto patrulla. Me vi transportado a lo largo de la carretera que conduce del aeropuerto hacia la ciudad de Palmira.

Bajé la cabeza hasta la altura de mis piernas y escondí la cara entre mis manos esposadas, tratando de encontrar alguna explicación a mi desgracia. Giré la cabeza a la izquierda y advertí que no viajaba solo, un hombre de poco pelo en la cabeza pero con bigote corto y aspecto fornido, estaba a mi lado, pensativo, también esposado, mirando los árboles y los transeúntes que se acercaban y luego se alejaban con el transcurrir del auto de la policía. Estuve unos minutos con mi mente en blanco y como mi acompañante me ignoraba, decidí romper el silencio.

– Perdone señor, se puede saber ¿por qué está conmigo? ¿Acaso también iba de viaje para el exterior?

El tipo me miró y volvió su cara hacia lo que inicialmente estaba observando, esperó un rato y respondió.

– Escuché a un agente que a usted también lo cogieron con droga, solo que a diferencia mía, la droga está en mis intestinos y la suya estaba en una maleta, para usted puede ser fácil negar la maleta, pero para mí es difícil, negar mis intestinos.

Quedé pensando en lo que dijo y sentí cierta esperanza, justo lo que él decía, era lo que yo estaba negando a los agentes.

Esperé otro rato, buscando con ello que el individuo me preguntara algo; pero al no oír nada, indagué nuevamente.

– ¿Sabe para dónde vamos en estos momentos?

Sin mirarme, continuó diciendo.

– A usted lo llevarán para la prisión más cercana de la ciudad, a mí a un hospital para acelerar la salida de las bolsistas que consumí con heroína.

Sintiendo que ya había roto el hielo, pregunté con más confianza.

– ¿Cómo lo descubrieron? Porque parece que usted ya lo había hecho antes y también había caído.

El hombre volvió la mirada hacia mí y se abalanzó, agarrando con sus dos manos el cuello de mi camisa y preguntado muy cerca de mi cara.

– ¿Cuidado desgraciado con lo que dice, acaso usted es un policía que está aquí para sacarme información de los autores intelectuales?

– ¡Tranquilo! Exclamé asustado, sintiéndome impotente, ante la actitud del individuo.

– Conteste maldito desgraciado. ¿Es usted policía si o no? Volvió a preguntar, con intenciones de agredirme, pero reaccioné con mis manos y con mis articulaciones vocales.

– No señor. No soy policía. Suélteme o hago detener este furgón.

El hombre retrocedió, me soltó, y ahora sus manos se aferraban con fuerza a los delgados barrotes que servían de ventana al mundo exterior.

– ¡Lo siento! Exclamó, diciendo a la vez. Es que de solo saber que me toca regresar a prisión se me daña el genio.

Ambos guardamos silencio, esperando tal vez llegar de una vez al sitio donde nuestros cuerpos serían tratados como delincuentes y nuestras almas quedarían encerradas tras unas rejas.

Al rato escuché nuevamente su voz.

– ¿Qué ha pensado hacer? ¿Se piensa declarar inocente, culpable o va a delatar a sus amigos?

Lo miré y observé un rostro más amigable, sin quitarse la máscara de la resignación y de la impotencia, le respondí.

– La verdad no sé qué hacer, estoy atrapado y es la primera vez en mi vida que no sé qué decir o cómo proceder, ¿usted qué me aconseja?

– Esperar, esperar a ver qué respuesta tiene de sus amigos, si es que se les puede llamar así.

Fueron las últimas palabras que escuché de él esa tarde.

Así como el extraño lo pronosticó, el auto se detuvo a las afueras de la ciudad de Palmira en una zona poco poblada, y justo en la entrada de la cárcel llamada “La Esperanza”, una muralla gigantesca, cuyas paredes fueron levantadas en adoquín y pintadas de color verde, para hacer alusión a su nombre verde—esperanza. Me recibieron dos agentes mal encarados y el auto prosiguió su camino hacia el hospital más cercano.

Cayó un rayo en la lejanía y un ventarrón siguió por toda la muralla abrazándola o vaticinando tal vez el infierno que me iba a esperar en esas paredes infinitas.

A la entrada había dos puertas, una gigantesca y otra pequeña, una por donde salían y entraban autos y otra por donde entraba y salía el personal de la cárcel.

Entré por la puerta metálica angosta, que comunicaba con un corredor largo, donde había cámaras de video de extremo a extremo. Sus paredes se levantaban cinco metros y terminaban en un cielo falso en icopor. Crucé el pasillo, delante de mí iba un agente y detrás otro, ambos estaban vestidos de un overol verde claro, en sus cinturas tenían una gruesa correa que sostenía un bolillo tan largo que parecía un bate de béisbol. El agente que iba adelante se detuvo bruscamente, giró su cuerpo 180 grados, quedó frente a mí y dijo.

– Por este pasillo sale el 90% de los presos que lo han cruzado.

El uniformado se quedó mirándome, esperando que hiciera la pregunta obvia. Lo complací diciendo: – ¿Y el resto?

– El resto salen muertos.

Nuevamente giró su tronco en sentido contrario al primero y prosiguió su marcha como un soldado obediente.

Llegamos a una sala más amplia donde se veían a mi izquierda unas divisiones en acrílico que se levantaban a partir de un muro de uno con cincuenta metros, el acrílico llegaba hasta el cielo falso construido en eternit. Estas divisiones separaban tres oficinas, una detrás de la otra y a la entrada de cada cubículo se veían los siguientes avisos: “Sala de Espera”, “Interrogatorio”, “Visitas”. Nos recibió otro agente de estatura media, gordo, de pelo corto y cara larga.

– Con que usted es el profesional que cogieron con droga en la maleta. Si esto lo hacen los que estudian como será los que no pasan ni siquiera por un colegio.

Sentí con sus palabras nuevamente el sentimiento de culpa, sentí rabia y apreté los labios para no responder. El hombre continuó. – Bueno, no se sienta mal, la semana antepasada cogieron a un abogado con tres kilos de droga, la pasada agarramos a un actor de telenovela y al día siguiente agarramos a un profesional del deporte con 1 kilo de heroína en su computador personal, iba para Argentina a visitar a su amigo Maradona. Usted es el primer Ingeniero Eléctrico que conozco y detrás de usted caerán médicos, sacerdotes y hasta el putas. Siga a mi oficina.

Quedé asombrado de la rapidez con que se riega la información, o, daba la impresión de que me estaban esperando desde el día anterior.

Entramos por una puerta en cuyo aviso se leía la palabra: “Interrogatorio”. Dentro de éste había un escritorio y dos sillas blancas

de esas que se usan en las fiestas. El gordo caminó detrás del escritorio, se sentó pesadamente en un sillón cómodo, tendió su mano derecha indicándome que me sentara en una de las sillas y agregó.

– Déjenme solo con el señor.

Los dos agentes que venían detrás se retiraron cerrando la puerta construida en madera hasta la misma altura de los muros y el resto en acrílico. El agente procedió al tiempo que miraba una carpeta.

– Bueno señor, su nombre es Juan Pablo Méndez Rengifo, nacido en Buga, profesional desempleado y ahora mula del narcotráfico. Tengo entendido que ya lo interrogaron y se negó a colaborar con la justicia, usted tiene derecho a permanecer callado y lo que diga puede ser utilizado en su contra o a favor suyo; esta es la palabra que siempre ha faltado decir en las películas “a favor suyo”. Porque si habla y nos da la dirección de los tipos que se aprovecharon de su situación económica, nosotros, lo digo en nombre de la justicia colombiana, le prometemos que va a pagar unos meses en la cárcel, más no años de prisión. Como puede darse cuenta en nuestras instalaciones el interrogatorio se hace en oficinas donde todo el personal de la justicia puede ver que no se golpea al sindicado mientras se le interroga, puesto que es usted el que decide si se clava el cuchillo o se lo clava a sus amigos narcotraficantes. ¿Va hablar o se sostiene en la actitud de callar?

Quedé pensativo con mis manos entrelazadas, nos miramos fijamente y por instantes sentí las ganas de colaborar, de darle la dirección y el teléfono de Julián Quiceno, pero me acordé de los dos tipos que en el aeropuerto hicieron contacto conmigo y el último dijo, “Julián lo sacará de este embrollo”.

– ¿Es necesario darle una respuesta ya o se puede después? Pregunté.

– Tiene que ser ya, porque es la justicia colombiana la que va a negociar con usted, dependiendo de la calidad de la información le dará una sentencia anticipada. Después de que usted hable con su abogado será él, quien lo defienda y no nosotros.

Nuevamente nos miramos fijamente, incliné la cabeza y reparé el piso vestido de mosaicos color verde y manchas blancas.

– Gracias por su colaboración, pero deseo llamar a mi abogado; él se llama Manuel Urdinola, es de Buga y el teléfono de la casa es el 2274542.

– ¡Bien pueda! Exclamó tendiendo su mano derecha con el teléfono a la esquina del escritorio.

El hombre se puso la mano en la barbilla y esperó a que yo llamara.

Extendí mis manos esposadas hacia el auricular, lo cogí y lo apoyé sobre mis piernas, con la izquierda levanté el auricular y con la derecha empecé a marcar número por número, esperé largo rato y no contestaban, se me ocurrió marcar a mi casa, corté la llamada y tecleé el número de Claudia, sonó una vez e inmediatamente obtuve respuesta.

– Aló. Era la voz de Claudia.

Sentí un nudo en mi garganta, apreté mis ojos y dos lágrimas cayeron sobre el teléfono. Claudia continuó preguntando desde el otro lado de la línea. – Aló, ¿quién es? Por favor, hable.

– Soy yo amor. Dije entre sollozos.

– ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

Tragué saliva y respondí con dificultad.

– Estoy en la cárcel de Palmira, necesito que localices a Manuel Urdinola para que venga a defenderme, es urgente.

– Pero, ¿qué pasó? ¿Por qué estás en la cárcel? ¿Qué hiciste? ¡Llevó dos días sin poder dormir!

– Pensaba salir del país y me encontraron cinco kilos de droga en mi maleta. Dije ya con los ojos mojados de lágrimas.

– ¡No! Gritó Claudia.

– Pero, ¿por qué?

– Haz lo que te digo por favor.

Colgué el aparato al tiempo que lo puse sobre el escritorio y tapé mi cara con las manos esposadas. El agente argumentó.

– ¿Ahora entiende por qué no golpeamos a las personas? Porque son ustedes mismos los que se hacen daño con estas cosas.

El agente le hizo señas a los que estaban afuera. Estos entraron y les ordenó.

– Llénenlo para el patio, cuando llegue su abogado lo llamaremos.

Me ayudaron a levantarme del asiento y como si mi cuerpo hubiera recibido una paliza, me dejé llevar.

Cuando levanté la cabeza ya estaba al frente de una reja donde otros dos agentes prestaban guardia, tras las rejas quedaba un gran patio. Los pasillos alrededor de éste estaban atestados de presos que se agrupaban unos con otros, el cielo lloraba, y el aguacero caía torrencialmente sobre el tejado y sobre el piso; en las alturas se extendía una reja de seguridad, detrás de éstas se observaban las garitas ubicadas en el vértice de las paredes, en cada una de ellas, dos agentes vigilaban.

Los guardias retiraron las esposas de mis muñecas, abrieron la reja y me hicieron entrar. Todas las miradas se dirigieron hacia mí, agaché la cabeza, caminé unos metros hacia el patio descubierto y permití que la lluvia me bañara por completo, para que mis nuevos compañeros no vieran que por mi cara corrían lágrimas, sino gotas de lluvia.

Pasaron los minutos y el chaparrón golpeaba menos mi cuerpo; el frío del agua me había hecho aterrizar para entender la situación que tenía que afrontar, si hablar con las autoridades o hablar con mi abogado, estaba en todas estas conjeturas cuando escuché mi segundo nombre a mis espaldas. – Pablo.

Automáticamente giré la cabeza y no me costó trabajo saber que el dueño de esa voz era de Ramón Díaz, un compañero de residencia, estudiante de ingeniería química apodado “El Gato” por su pelo liso y sus facciones de felino.

– ¡Por Dios! ¿Cómo me identificaste tan rápido?

Su respuesta fue un abrazo tan apretado que sentí que no estaba en la cárcel sino en un estadio de fútbol. A veces no les prestamos atención a las personas que nos rodean y de repente, nos las encontramos nuevamente en un momento de dolor o de alegría.

– Te vi al entrar por la puerta principal, dudé que fueras tú, le pregunté a un agente tu nombre, y cuando dijo que eras un ingeniero eléctrico de inmediato vine a saludarte. Pero ven, salgamos de este patio o nos vamos a resfriar.

Mientras caminábamos hacia los corredores le pregunté.

– Pero, ¿tú qué haces aquí, “Gato”? Hace años que no te veía

– Silencio, no me llames así, ese apodo no me gusta, ahora me llaman “El Indio”, claro que aquí nadie sabe que soy ingeniero químico